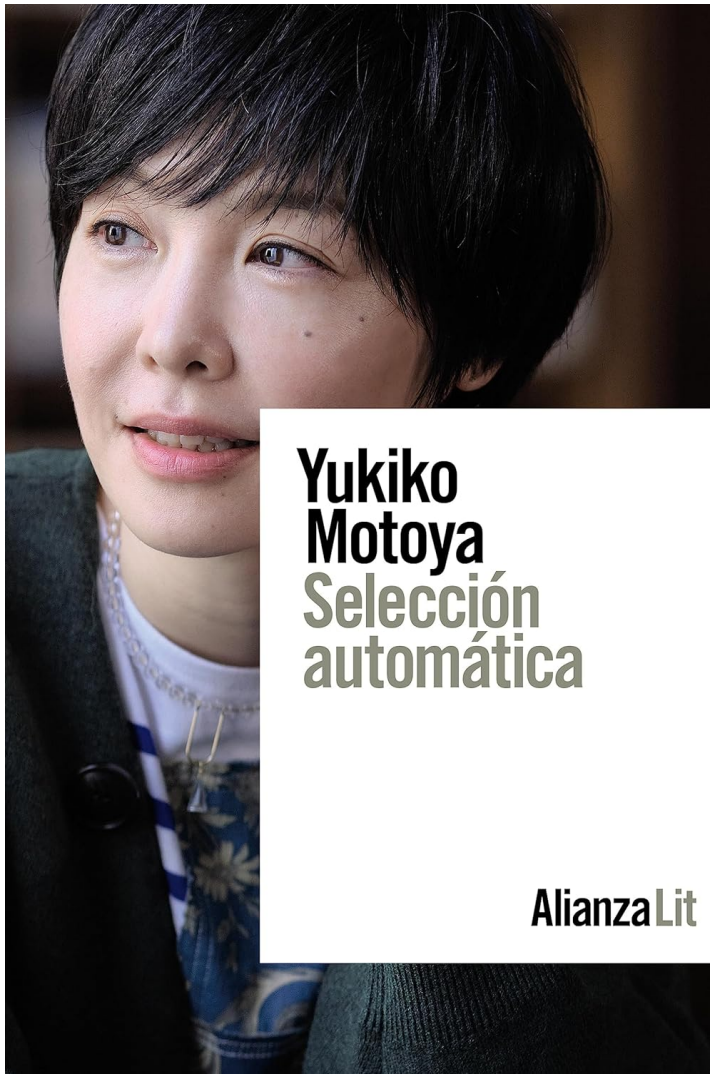

Yukiko Motoya

Selección automática

Alianza Lit

Yukiko Motoya

Selección automática
Mis eventos

Traducido del japonés por Emilio Masiá

Alianza editorial

Selección automática

Uno de los mejores barrios residenciales de la ciudad, bien conectado y relativamente céntrico. Las arboledas, ahora apenas sin hojas, en primavera y verano lucen con tonos verdosos en torno a los espacios ajardinados de casas y viviendas bajas; un barrio, según dicen, en armonía perfecta con su entorno natural. Es donde vive Oshiko Banji.

Aquel día, tras ponerse el abrigo, salió de casa, preparada para atravesar una de las pendientes más abruptas del barrio en su bici eléctrica y recoger a su hija del colegio.

Oshiko dejó la bicicleta con sillita infantil en el aparcamiento. Colocó el caballete y a paso ligero se dirigió a la entrada.

Con un gesto rápido quitó la cubierta del lector de datos en la entrada del colegio. Acto seguido, deslizó la mano derecha por él y el dispositivo leyó los datos de su microchip subcutáneo. Años atrás, los padres tenían que deletrear el código de seguridad 4188888 para entrar.

Oshiko pasó junto a un parterre de azaleas seleccionadas genéticamente y un espacio para dejar los carricoches. Tras la puerta automática, se accedía al interior luminoso y limpio del edificio. Después de desinfectarse las manos con un pulverizador ubicado sobre el zapatero, recorrió el pasillo que conducía al espacioso vestíbulo central del colegio. En momentos como aquél, al llevar o recoger a su hija, Oshiko, por alguna razón desconocida, se sentía contenta.

Desde el principio, tuvo mucho interés en matricular a sus dos hijas en este colegio de preescolar con muy buena reputación en el barrio.

Para poder matricularse allí se tenía en cuenta la puntuación más alta obtenida a partir de la situación personal y laboral del núcleo familiar; por eso Oshiko decidió tramitar su divorcio, sólo a efectos legales, sobre el papel. El objetivo era obtener más puntuación que otras familias al matricular a

su hija mayor, Tsumu.

Puestos a decir cuál era el mérito de este colegio, en primer lugar cabía mencionar el diseño del edificio. El vestíbulo principal de techos altos e interiores en madera natural lucía impecable, casi podría decirse que parecía más una cafetería de diseño que un simple colegio. Las claraboyas ovales de la sala principal contribuían a crear un espacio circular abierto, alrededor del cual se extendían radialmente las clases de niños desde los cero hasta los cinco años. Los dibujos de los críos decoraban las paredes como en una sala de exposiciones de museo. En las estanterías, antaño a rebosar de álbumes ilustrados, se alineaban de forma ordenada numerosos libros digitales de cuentos.

Las puertas de las clases todavía estaban cerradas. Sólo a través de las ventanas ovaladas se veía el interior de las aulas; con todo, Oshiko distinguió los acordes musicales del organillo eléctrico emitiendo la canción que entonaban los niños al concluir la jornada escolar.

Al mismo tiempo, escuchaba un vídeo en su *smartphone* a través de unos diminutos auriculares implantados en el lóbulo de las orejas.

Oshiko pasó el dorso de la mano por un lector digital instalado sobre la estantería de libros ilustrados. Una vez confirmada la hora de recogida de su hija, como no tenía nada que hacer, aceleró la reproducción del vídeo; por lo visto, todavía faltaba bastante para que acabase la última reunión de los niños antes de volver a casa. Se puso a ojear los dibujos colgados en la pared. Se percibía algo diferente en el vestíbulo entero, un ambiente escolar típico del mes de enero.

Oshiko solía fijarse primero en los dibujos lejanos de los niños más pequeños. La libertad de trazos dificultaba catalogarlos de cuadros sin más; sobre aquellas cuartillas de dibujo afloraba con total libertad su creatividad.

En los dibujos de los críos de tres años se apreciaba un cambio que le llamaba la atención: «Con sólo un año de diferencia realmente crecen mucho…». Cada uno de aquellos dibujos dejaba entrever en sus pinceladas, de estilo más bien descriptivo, una peculiar indiferencia hacia la fuerza expresiva

de la vida.

Los dibujos de los de cuatro años, de un curso superior, destacaban, en cambio, por su excepcional vulgaridad. En todos la tierra era marrón, verdes los árboles y los bosques, y el sol, naranja. Oshiko no recordaba haberlo visto jamás con aquel tono anaranjado. También le extrañaba la forma en la que los rayos solares irradiaban desde el centro de la esfera en aquellos dibujos calcados unos a los otros.

No obstante, que todos los niños colocaran simbólicamente en sus pinturas aquel sol confirmaba el éxito del enfoque pedagógico uniformador de este centro. No cabía esperar otra cosa de un colegio de preescolar como éste, que había acaparado la atención incluso de los medios de información internacionales. Oshiko se sintió satisfecha.

La buena reputación del colegio se debía, precisamente, al minucioso método pedagógico aplicado para desarrollar la uniformidad mental de los niños. Se alababa también el hecho de que el porcentaje de aprobados en las pruebas de acceso a colegios privados era muy alto sin necesidad de acudir a clases preparatorias adicionales. De hecho, Tsumu, la hija mayor, había conseguido plaza en el centro de primaria elegido como primera opción. Hara, la hermana menor, el mes pasado acababa de recibir el comunicado que confirmaba que había aprobado la prueba de ingreso en el mismo colegio.

Oshiko siguió ojeando los dibujos efectuando un barrido en el sentido de las agujas del reloj. En lo alto de la pared de la clase de los niños de último curso de preescolar, la clase de su hija Hara, se leía el lema de este mes: «A paso lento». Sobre las cuartillas proliferaban dibujos de caracoles, tan idénticos y calcados entre ellos que parecían, más bien, hechos con plantilla. Oshiko se fijó especialmente en un dibujo de estilo simbolista, donde destacaba la ausencia de naturalidad o vitalidad. Oshiko, al ver escrito en cera el nombre de su hija, «Bonji Hara», se sintió muy satisfecha; después se fijó en el dibujo justo contiguo y dijo en voz baja: «Como siempre, no es nada infantil».

En ese momento, de repente pareció abrirse una puerta. Oshiko, al darse cuenta de que era la madre de Kopi, apartó la

mirada del dibujo. Ahí estaba precisamente esa mujer, la madre del niño que había pintado aquel extraño dibujo. Trató de disimular haber descubierto, entre tantos caracoles idénticos, uno que era diferente, original, con unos trazos más maduros.

Con tono alegre, le dijo:

—Hoy tenías entrevista, ¿verdad?

—Sí, sí… ¿Ya tan pronto vienes a recoger a tu hija? —contestó la madre de Kopi, esbozando media sonrisa y sorprendida por el fortuito encuentro.

—A veces salgo un poco antes del trabajo.

—Ah, ya veo. Mucho que hacer, ¿verdad? —La mujer volvió a sonreír, pero en realidad parecía agotada.

Oshiko sacó un tubo de crema para manos de su bolso, después se echó un poco en la punta de los dedos y, mientras la esparcía rápidamente, miraba de refilón a la otra madre. Era una mujer alta y atractiva; las otras madres del colegio la apodaban MC, es decir, «mujer cavernícola». A pesar del mote, también hoy, como de costumbre, destacaba por su bella presencia, el rostro de modelo y la nariz de líneas perfiladas como a cincel. El flequillo negro y rectilíneo a la altura de las pobladas cejas combinaba bien con su rostro al natural, sin maquillaje. No aparentaba treinta y cinco años. El exotismo de su belleza aunado a la originalidad de su carácter le confería un aura de mujer inaccesible, distante. Entre las otras madres circulaban toda clase de rumores sobre ella: que se había divorciado por sus crisis nerviosas o que no sabía quién era el padre de su hijo, fruto de una relación sexual esporádica.

En realidad, sólo Oshiko conocía bien los avatares de su vida. Ambas eran madres divorciadas, pero a diferencia de ella, que lo había hecho por practicidad, la otra lo hizo por desavenencias con su marido respecto a cuestiones sobre cómo abordar la educación del hijo. La madre de Kopi estaba verdaderamente sola al cargo del crío. Tras separarse se mudó con él a un piso cerca de la casa de su acaudalada familia. No tenía la menor idea de que en ese barrio hubiese un colegio tan prestigioso por su modelo de educación uniformadora y que

era objeto incluso de titulares en la prensa extranjera. La única razón de matricular al niño en ese centro de preescolar fue su cercanía.

Oshiko se percató de que la madre de Kopi parecía exhausta. Se acercó prudentemente con movimientos reptilianos y le dijo:

—¿Es que te ha dicho algo el sensey Yoppoin? Si quieres, podemos hablar.

—Gracias, pero ¿no tienes que recoger a Hara *chan*?

—No pasa nada, he venido muy pronto, puedo hacerlo más tarde.

Oshiko se acercó a la estantería de libros infantiles y pasó la mano por el lector digital. Hace años los profesores de preescolar se enfadaban si los progenitores, una vez acabadas sus ocupaciones, no venían enseguida a recoger a sus hijos; ahora, en cambio, la educación preescolar se había convertido prácticamente en obligatoria. Se recomendaba que los niños pasasen el mayor tiempo posible con sus compañeros de clase en un entorno controlado como el del colegio. Por eso no estaba bien visto recogerlos demasiado pronto.

La madre de Kopi, aunque por un momento dudó, al ver que Oshiko cancelaba la hora de recogida en el dispositivo digital, se dispuso a hacer lo mismo en el otro terminal. Tras sacar parsimoniosamente el móvil del bolsillo de su abrigo, lo pasó por el lector. Oshiko se sorprendió al ver su smartphone.

—¿Todavía sigues con el mismo móvil? ¿Por qué no quieres uno nuevo?

La madre de Kopi se quedó en silencio, observando su viejo teléfono.

Hacía años se había puesto de moda un smartphone de nueva generación, usado por casi todo el mundo, que destacaba por su buen manejo y unas prestaciones y una capacidad muy mejoradas tecnológicamente. Oshiko, por supuesto, adquirió el nuevo aparato nada más ponerse a la venta; la madre de Kopi, en cambio, fue a contracorriente y siguió usando un modelo ya casi obsoleto.

—¿Y el chip? ¿No crees que va siendo hora de insertarte un implante? Creo que debes de ser la única que sigue utilizando

la aplicación del colegio.

—No me gustan esos aparatitos.

—¿Por qué? Se trata de un simple implante.

—Me parece que no hace falta llegar a tanto.

La madre de Kopi, reacia, dio por acabada la conversación. Oshiko, hasta el día de hoy, había recomendado este práctico implante a muchas madres y no acababa de entender el porqué de su oposición. Hasta los niños se insertaban microchips o diminutos dispositivos electrónicos. Al parecer, mejoraban la calidad de vida, ya que con ellos se podían hacer muchas cosas a la vez sin esfuerzo. Ella ni siquiera podía imaginar volver a vivir como antes. Todas las madres a quienes Oshiko había recomendado implantarse el dispositivo le estaban muy agradecidas. La constante oposición a los avances de la sociedad por parte de la madre de Kopi no hacía más que aislarla de su entorno.

Esta al principio se extrañó de que Oshiko fuese tan amigable simplemente por coincidir a la hora de recoger a los niños. Ya habían pasado tres meses desde que cambió a su hijo de colegio. En días como hoy, cuando Oshiko le hablaba tanto e incluso la invitaba a tomar un té, las demás madres le preguntaban, extrañadas: «¿Cómo te llevas tan bien con la rara? ¿De qué hablas con MC?». En esas ocasiones, ella dejaba caer, como al descuido, un comentario ambiguo: «Bueno, es que fíjate en su hijo… Vaya papeleta…», o, sin pensárselo mucho, contestaba: «Somos madres divorciadas, tenemos que ayudarnos, ¿no?». Por supuesto, ni siquiera ella pensaba que llegaran a ser algún día amigas de verdad.

Oshiko, a pesar de su gran afición por consumir todo tipo de contenidos de entretenimiento y servicios de internet, no acababa de sentirse satisfecha cuando dichos contenidos eran productos artificiales. Consciente de ello, trató de buscar otros más diversos y complejos. Se interesó por hechos imprevisibles, por ejemplo, temas de naturaleza o emisiones en vivo. En una palabra, fueron captando cada vez más su interés los hechos naturales de la vida, y, desde el momento en que empezó a desear esos contenidos no manipulados por el hombre, la madre de Kopi y su hijo, aquella pareja tan

«cavernícola», empezaron a captar su interés. Al principio Oshiko no se hizo muchas ilusiones, no era más que un entretenimiento. Sin embargo, cada vez le parecía más atrayente todo lo suscitado por las cosas más sencillas y naturales de la vida. El tiempo que pasaba escuchando las preocupaciones en cuanto a la educación de Kopi de aquella atractiva madre empezó a parecerle más placentero que cualquier aplicación de móvil.

Aquel día Oshiko había invitado a la madre de Kopi a una cafetería de productos ecológicos. La mujer usó la tableta de pedidos para comprar un café de cultivo orgánico:

—Entonces, ¿qué te dijo el sensey Yoppoin? —preguntó Oshiko, inclinándose hacia delante.

La madre de Kopi suspiró un poco, ya algo más tranquila que antes.

—Me dijo que antes de empezar la primaria convendría llevar a Kopi al médico.

Seguidamente, sacó un folleto del bolso.

—¿El departamento de psiquiatría del hospital universitario? —dijo Oshiko levantando la voz al ver en el folleto el nombre y las fotos del prestigioso hospital—. ¿Te ha dicho que lleves allí a Kopi?

—Sí, me recomendó ese hospital para que lo examinen cuanto antes en la consulta para trastornos de desconexión a la red.

—¿Eso te dijo? Entonces, ¿Kopi sufre desconexión a la red?

Al ver que Oshiko arqueaba las cejas, la madre de Kopi miró alrededor para cerciorarse de que no había nadie conocido.

—No, todavía no; no lo podemos saber hasta que lo diagnostiquen —contestó, enfatizando su respuesta.

—Ya, pero el profesor no lo habría dicho si no estuviese seguro, ¿no crees?

Oshiko hojeó el folleto del consultorio médico: fotos de ancianos y adolescentes sonrientes rodeados de teléfonos móviles y tabletas de última generación. Se leía lo siguiente: «Consultorio médico especializado en trastornos *offline* de desconexión a la red. Con nuestro tratamiento podrá vivir en un entorno *online* conectado permanentemente a la red las

veinticuatro horas del día».

Siguió pasando las páginas hasta detenerse en una con información sobre el programa de asistencia familiar de diez sesiones: «El trastorno *offline* de desconexión a la red conlleva que el propio afectado no sea consciente de su problema, por eso el primer paso del tratamiento consiste en hacer que se percate y decida venir a consulta».

—El profesor dice que en estos tres meses a cargo de mi hijo está cada vez más convencido de que ahí puede radicar su problema. —La madre de Kopi, mirando el texto del folleto, dejó escapar un suspiro que lo decía todo sin palabras.

—Vaya, no imaginaba que fuera capaz de hablar así ese profesor —comentó espontáneamente Oshiko.

De repente le vino a la mente la apariencia del profesor en cuestión, también a cargo de su hija Hara desde abril del año pasado. Todo su cuerpo, desde la cabeza hasta la punta de los dedos, tenía un perfil redondeado semejante a un buñuelo de pulpo o *takoyaki;* con todo, era un profesor bastante educado.

—Este último mes mi hijo hizo todo al revés que sus compañeros de clase. ¿No te fijaste?

—Ah, sí, ¿te refieres a los dibujos sobre el tema «A paso lento»? —dijo Oshiko, entornando los ojos para aparentar acordarse casualmente.

—El profesor me dijo que tuvo muy claro que no era normal al ver el dibujo de Kopi.

—Entonces, ¿será verdad lo que se rumorea de que es una prueba para detectar a los niños que son diferentes?

—No se me ocurre otra explicación. Si los críos siempre pintan lo mismo, ¿no te parece que, en lugar de proponer un tema, sería mejor decirles que pinten, sin más, un caracol?

Oshiko asintió dándole la razón y después dijo: «Qué cierto» mientras se pasaba rápidamente un dedo por la mano. Aburrida ya del contenido reproduciéndose en su móvil, se puso a buscar otro. Acto seguido, introdujo una mano en el bolsillo del abrigo, colgado en el respaldo de la silla, sacó el smartphone y se dispuso a colocarlo a la vista sobre la mesa.

El dispositivo digital de Oshiko tenía configurado por defecto la reproducción de múltiples contenidos simultáneos; a

ella le parecía lo más normal del mundo abrir diversas aplicaciones a la par que conversaba con alguien. La madre de Kopi la observaba por el rabillo del ojo mientras daba sorbitos a su taza café en silencio; daba la impresión de que el líquido, servido por un robot, le parecía insípido. En la cafetería había más clientes; la mayoría de ellos se entretenía observando el móvil colocado a la vista sobre la mesa. Sin embargo, había un cliente que mantenía fija la vista en lontananza sin más. Parecía que estaba escuchando música o viendo una película proyectada en el visualizador de retina. La operación de retina era de reciente implantación y, aunque todavía eran pocas las clínicas y los cirujanos capaces de realizarla, era una de las técnicas modernas que últimamente Oshiko pensaba probar sin falta.

La madre de Kopi miró disgustada a su alrededor y sacó un cigarrillo electrónico del bolso. En el entorno de Oshiko ella era la única que se atrevía a utilizar este objeto, tan obsoleto hoy en día.

—Si quieres fumar, sería más rápido el implante bajo la lengua. —Oshiko sacó un poco la punta para mostrarle el suyo. La madre de Kopi, al acordarse de que estaba prohibido fumar en la cafetería, guardó de nuevo el cigarrillo electrónico en su bolso—. Puedes elegir tu sabor preferido y además es ideal para hacer dieta.

A pesar de que Oshiko se refería a un tipo de dieta recientemente muy popular entre las madres, la de Kopi, nerviosa, no le hizo el menor caso.

—¿De verdad crees que es necesario un diagnóstico clínico? —dijo, enarcando las cejas.

Oshiko, mientras volvía a mirar la pantalla de su smartphone, repuso:

—¿No quieres llevarlo al médico? ¿Por qué?

—Bueno, ¿no te extraña que digan que el niño está enfermo por el simple hecho de disfrutar de hacer cosas sin necesidad de dispositivos digitales?

—¿Qué quieres decir? —Oshiko ladeó el cuello y volvió a preguntarle.

—Que si tú crees de verdad que los niños que son así están

enfermos.

—Bueno, enfermos no sé, pero muy normales no me parecen —dijo Oshiko, sin andarse por las ramas—. Kopi todavía no es más que un niño de seis años de preescolar, ¿verdad? A esa edad, si un crío se queda absorto mirando el movimiento de las nubes en el cielo, no le interesan las aplicaciones y, encima, le da por observar insectos o jugar con el barro, un poco raro sí me parece. Sin ir más lejos, el otro día me sorprendió que dijeras que Kopi se baña tranquilamente y no necesita ningún dispositivo para entretenerse en el agua.

La madre de Kopi escuchaba en silencio las palabras de Oshiko y observaba las gotas de agua adheridas al cristal del vaso de agua.

Al poco, dijo:

—¿Por qué no entiendes que no es normal todo esto? —dijo con voz nerviosa.

—A mí no me parece nada extraño.

—Pues a mí sí. Haz un poco de memoria. Hasta hace poco el Gobierno se comprometía a proveer de educación a quienes no pudieran aprovechar la alternativa de la inteligencia artificial. ¿No decían que educarían con equidad a los niños para fomentar destrezas de tipo no exclusivamente intelectual, no medibles por la nota de un examen o un coeficiente? Sin embargo, sin mucho sentido comenzaron a revolucionar el ámbito educativo, y eso a pesar de lo mucho que habían predicado a los cuatro vientos que los niños no se dejarían vencer por la inteligencia artificial; ¿acaso de repente no cambiaron todo para que entrase a formar parte de la vida de los críos? ¿No te acuerdas?

—Ahora que lo dices, es verdad —dijo Oshiko mientras alargaba la mano hacia la taza de café sobre la mesa; después puso cara de estar muy de acuerdo y añadió—: Es horrible, la verdad.

La madre de Kopi la miró; le pareció que se mordía los labios por no decir algo. Intentó convencerla de nuevo.

—Oshiko, hasta hace poco decían que los niños que estaban conectados a la red todo el día tenían un problema que diagnosticaban como «adicción a la red», ¿te acuerdas?

Entonces era habitual que los críos jugasen en la calle, ¿no?

—Sí, es verdad, hubo una época así. Qué tiempos. Pero…

—¿Pero?

—Si lo planteas así, ¿no crees que deberíamos vivir adaptándonos a los cambios de la sociedad?

—Por mucho que cambien los tiempos, ciertas cosas, como que los niños jueguen en la calle, jamás deberían dejar de ser normales, ¿no crees?

—Tal vez, pero ¿no te parece que siempre hablas de «aquellos tiempos»? Todo eso ya no vale hoy en día, ya te lo he dicho mil veces. ¿Por qué no acabas de entenderlo?

Oshiko, decepcionada, sonreía mientras ojeaba su dispositivo electrónico. No entendía por qué la madre de Kopi seguía tan apegada a los valores del pasado. Entendía que sintiese nostalgia por aquellos tiempos, pero lo cierto era que el mundo en ese punto límite de mayor caos producido por tantos cambios abruptos se había reformado y transformado por completo. Ahora había unos criterios completamente nuevos. Todas las creencias y cosas importantes del pasado carecían ya de valor; eran, incluso, objeto de risa. Ahora lo común era dar crédito a lo que antes se consideraba poco serio. Como ejemplo, las directrices sobre «crecimiento y desarrollo saludable infantil» de la Organización Mundial de la Salud Infantil.

Las recomendaciones del pasado de «jugar todo lo posible en el exterior» se transformaron en lo contrario: «Pasar en el aula el mayor tiempo posible». A su vez, de advertir sobre «el riesgo de usar demasiado tiempo dispositivos digitales», se pasó a recomendar «construir un entorno en el que estén en contacto con dichos medios el máximo tiempo posible». De esa manera se acabó de un plumazo con las tediosas discusiones sobre la edad idónea para permitirles acceder a dichos dispositivos.

Igual que en los hospitales maternoinfantiles recomiendan el método de cuidado «canguro», que mejora el vínculo afectivo entre madre y bebé cuando ésta le da el pecho y mantiene contacto físico con el bebé, ahora se recomienda algo parecido con internet: estar en contacto con la red desde edades

tempranas repercute en un mayor vínculo con la realidad virtual.

De repente, casi sin saber cómo, lo que estaba en boga era que los progenitores, agobiados por el apremiante reto de los cuidados al recién nacido, estén también a cargo de poner en contacto al bebé con el mundo digital desde su mismo nacimiento; ahora los padres debían remojar a sus niños bañándolos, literalmente, en las aguas de internet.

Oshiko y la madre de Kopi, casi de la misma edad, siempre habían oído lo de que «utilizar el smartphone o conectarse a internet en demasía daña el desarrollo»; ambas habían vivido, por los pelos, en esa época. Sin embargo, al contrario que Oshiko, que se había adaptado sin más, la madre de Kopi siempre daba a entender que «el mundo entero no hace más que darle la espalda a la realidad»; por eso en los pasillos del colegio se convirtió en el hazmerreír de las madres. «Mira, por ahí va la madre cavernícola analógica», decían.

—A veces sigo lamentándome al pensar en lo que podría haber hecho si volviésemos diez años atrás —dijo la madre de Kopi con expresión triste; tenía su flequillo rectilíneo a la altura de las cejas un poco ladeado y la mirada fija en la taza de café de aromáticos granos.

—¿Y eso por qué?

—¿Que por qué? Pues porque, si entonces hubiéramos levantado la voz, tal vez el mundo sería diferente. Si pudiera, me gustaría volver a vivir en aquella época en la que todavía no teníamos todos teléfono móvil.

—¿Qué harías si pudieses volver a entonces?

Oshiko ladeó ligeramente el cuello. La madre de Kopi lanzó una mirada de disgusto hacia el smartphone de aquélla, colocado a la vista sobre la mesa, y dijo:

—Es evidente. ¿No te das cuenta de que este aparato de mierda tiene la culpa del cambio y el caos de nuestra vida actual? ¿Acaso no ha transformado nuestra manera de pensar y de ser? En aquel entonces debimos hacer algo para evitar que se pusiese de moda este maldito artilugio. Nosotros tenemos que utilizar las herramientas, no ellas a nosotros; debimos levantar la voz y advertir a la gente: no podemos vivir dando

la espalda a la realidad.

Tras esas palabras, se mordió un poco los labios y se le humedecieron los ojos. Mientras, Oshiko borraba aplicaciones de la pantalla principal de su smartphone a la vez que miraba por el rabillo del ojo a la madre de Kopi.

—¿No crees que convendría no mirar todo tan directamente?

—¿Qué quieres decir?

—A veces creo que lo mejor es observar con una mirada vaga, como difuminada. Con demasiada resolución hasta una actriz hermosa pierde encanto. —Oshiko soltó una carcajada, apuró la taza de café y, tras levantarse, añadió—: Ya es hora de recoger a los niños, ¿pagamos?

Pasó la mano por el lector digital de la entrada y pagó enseguida. La madre de Kopi, en cambio, empezó a buscar en el bolso su monedero de piel. Después, mientras se demoraba rebuscando la calderilla, observaba con recelo el dispositivo digital que invadía de vez en cuando su campo de visión. Hasta hace poco estuvieron de moda los dependientes digitalizados con forma de androide, pero ahora apenas se veían más que sencillos dispositivos con forma de caja. Al parecer, su popularidad residía en lo compacta que resultaba al colocarla; además, por sus características evitaba que la gente se aburriese de su diseño. La «caja», desarrollada por una prestigiosa multinacional tecnológica, se comercializaba de forma casi monopolística y todos los dependientes robotizados lucían una línea idéntica que simbolizaba una nariz humana. Ahora, no sería exagerado decir que no había lugar en el que no hubiese una de las referidas cajas.

Se oyó como un tintineo; al dirigir la mirada en dirección al sonido, la madre de Kopi, arrodillada sobre el pulido suelo, alargaba con ahínco la mano por una rendija abierta bajo el mostrador.

—Vaya, me comprometo a no aburrirte tanto la próxima vez —dijo Oshiko en voz baja, mirando con interés, como si apreciara una obra de entretenimiento, el vaivén rápido de su retaguardia sobre el suelo.

Pasadas las seis de la tarde el vestíbulo del colegio comenzaba a llenarse de progenitores que acudían a recoger a los niños.

Oshiko pasaba entre las demás madres hablando casi con cada una de ellas, mientras que la otra fruncía el entrecejo y trataba de evitar las miradas.

Tras marcar en el dispositivo la recogida, las dos se dirigieron al aula donde esperaban sus hijos. Normalmente, siempre iban a Zupopo, la clase de niños de cinco a seis años, pero en esta época, como el aula se dejaba libre para las entrevistas, tenían que ir a Zepepe, la clase del curso de alumnos un año menor, en la que se juntaban todos los críos.

Cuando su hija mayor, Tsumu, iba al colegio, a cada curso le ponían nombres graciosos de fruta. La clase Manzana, Melocotón, Cereza… Sin embargo, desde hacía algunos años, con el fin de fomentar la uniformidad según la directriz educativa del centro, decidieron utilizar nombres sin ningún significado para denominar cada clase. Desde entonces, a Oshiko le costaba mucho recordar cómo se llamaba cada aula.

En el momento en que llegaban a Zepopo, una de las profesoras, al verlas, se asomó a la clase y dijo:

—¡Ha *chan* y Kopi, ya están aquí vuestras mamás!

Mientras esperaban a los niños, Oshiko se puso a escuchar un vídeo a través de sus auriculares a la par que echaba una ojeada a la clase Zepepe, en la que había estado su hija el curso anterior. Había un pequeño lavabo como de miniatura para lavarse las manos y, junto a la ventana, un animal acuático digital que casi parecía real se bañaba en una pecera igualmente digital.

Unos lemas impregnaban como un aroma de saliva infantil empalagosa toda la clase: «¡Seamos buenos amigos!», «¡Lávate bien las manos con jabón!», «¡Hacer de vientre por la mañana es muy saludable!», «¡Seamos iguales entre nosotros!», «¡Convirtámonos en niños y niñas iguales a los demás!»; Oshiko recorrió con la vista los caracteres desparramados por todas las paredes como si los coleccionase y juntase de nuevo; después se fijó en los nombres.

Al parecer estuvo de moda ese año llamarlos así. Muchos niños y niñas del curso de cinco años tenían nombres exóticos

de origen extranjero: Glass, Wood, Shower, etcétera. En cambio, en Zupopo, la clase de seis años de su hija, proliferaban los pictogramas referentes al cuerpo: nombres de niño tales como Ashiya, Zetsurō o Memi y de niña tales como Natsume. Oshiko, por su parte, no recordaba otra razón para ponerle a su hija Hara aparte del hecho de que estuviese de moda. Ciertamente, en la actualidad dicha costumbre era habitual para las familias de la generación de Oshiko; solía decirse que la facilidad con que se interiorizaba cada nueva moda se debía a la difusión de los recursos digitales de comunicación.

De repente, ahí estaba Hara, con su uniforme blanco, de pie al otro lado de la mampara, que llegaba a la altura de la cintura de un adulto.

—Mamá.

Hara miraba fijamente a Oshiko, su madre, con sus ojos ya de por sí grandes abiertos de par en par y despidiendo un brillo húmedo, tras la mampara de la clase; al poco repitió la llamada, «Mamá, mamá», en tono rápido. Llevaba en las manos una tableta que le habían dado en el colegio.

—Ah, Hara, ¿ya estás lista?

Oshiko por fin se percató de la presencia de su hija, que levantó la tableta y mostró, orgullosa, el dibujo calcado de lo que parecía ser un gato de tonos coloridos; ésta dijo con voz algo ronca:

—Mira lo que he pintado, mamá.

—¡Guau! ¡Qué bonito! ¿De verdad que lo has pintado tú sola? —la alabó Oshiko con interés.

—Sí, ¿a que pinto bien? —contestó la niña—. Mamá de Kopi, mira, ¿a que sí? —dijo Hara, mostrando la tableta digital también a la madre de Kopi, que estaba junto a la suya—. Casi parece un dibujo hecho digitalmente, ¿a que sí?

Cada parte del gato, la cola, la cabeza, el tronco, los ojos y la nariz, estaba pintada de un color diferente. La madre de Kopi observó con fijeza y cierto desagrado aquella animación tan realista; parecía que el animal estaba a punto de saltar maullando desde la tableta. Entonces preguntó a la niña:

—Ha *chan*, ¿te gusta que te digan que parece un dibujo

digital? Dime, ¿de mayor te gustaría convertirte en un dispositivo inteligente?

Hara abrió un instante sus grandes ojos y, sorprendida, contestó con alegría:

—¡Sí, de mayor seguro que seré como una de esas máquinas, sí!

Recientemente, la inteligencia artificial, con la que todo el mundo parecía estar familiarizado, había entrado de lleno en la vida cotidiana de los niños, entre los que goza de gran popularidad. El sueño inalcanzable de convertirse en un receptáculo cuadrado digitalizado ya no era nada raro entre los críos; cada año ocupaba el lugar más alto en la clasificación de aspiraciones para el futuro entre los alumnos de primaria; su sueño era convertirse en un ente inteligente de forma artificial. Entre los adolescentes menores de veinte años cada vez eran más los que se sometían a intervenciones quirúrgicas para quitarse el vello corporal con el fin de borrar todo cuanto sugiriese corporalidad humana; no se sabía hasta qué punto era cierto o no, pero, por lo visto, existían incluso sospechosos tratamientos para moldear rectangularmente los huesos; también se oía con frecuencia que los universitarios se implantaban glándulas lacrimales de última generación para reducir al mínimo el pestañeo ocular.

Ser funcionario era una de las profesiones más populares cuando Oshiko era pequeña. Se valoraba la «estabilidad de futuro» que ofrecía, pero, como recientemente los dispositivos inteligentes ya podían realizar casi todas las labores del funcionario público, dicho oficio ya ni ocupaba los últimos escalafones de popularidad. Los niños de la generación actual no tenían el menor interés en seguir la carrera de deportistas, ídolos o personajes famosos por el estilo que fuesen objeto de interés público o considerados personas diferentes al común de los mortales. La tendencia global convertía, hoy en día, las profesiones uniformes y carentes de individualidad en las de mayor atractivo.

Diez años atrás, la iniciativa política que abogaba por «una inteligencia artificial más cercana y apreciada» se transformó en un lema habitual muy del gusto de los medios de

comunicación: la inteligencia artificial o IA pasó a denominarse «enamorados de la inteligencia artificial» o, en su versión abreviada, «enamorados de la IA».

Al principio, la expresión sonaba mal, pero, poco a poco, como si tal cosa el término acabó por fijarse de tanto que lo usaban en los medios. De repente surgió una generación, como la de Hara, en la que desde que eran bebés lo normal era hablarles de inteligencia artificial utilizando la expresión «enamorados de la IA».

—Hara, Kopi tarda mucho, ¿puedes decirle que venga?

La niña, ya preparada para volver a casa, con la boina blanca del uniforme escolar y la mochila reglamentaria a la espalda, se volvió hacia la clase, desde la mampara, y gritó con voz ronca:

—¡Kopi!

A aquella hora, aunque los niños podían jugar libremente hasta la llegada de sus padres, reinaba el silencio en la clase. Sentados en sillas infantiles todos los críos manipulaban sus terminales digitales en silencio.

Entre ellos destacaba la figura de un niño sentado en el suelo, con la espalda recta y vuelto hacia la pared. Hara, detrás de él, insistió —«Kopi, Kopi»—, pero éste ni se inmutó. Se acercó entonces una profesora y se dio cuenta de que al niño le temblaban los hombros.

Al cabo de un rato, la profesora volvió a la mampara de la entrada de clase acompañada por Kopi. Como de costumbre, tenía un aire inocente, como si estuviera medio dormido, entre despistado y soñador. Saltaba a la vista que, con el flequillo corto calcado al de su madre, no era como los demás. Irguió la espalda para alargar la mano desde el otro lado de la mampara y, con una manera de hablar peculiarmente lenta, dijo:

—Ah, mamá, mira, mira lo que he hecho, ¿a que está muy bien?

—Guau, es la cabina de un astrónomo.

La admiración de la madre le llamó la atención a Oshiko; sin embargo, al fijarse en la mano de Kopi, sonriendo sin cesar, vio que no había nada.

La mujer le miraba sin parar la mano pegajosa por el sudor

a su hijo.

—¡Genial, de verdad!

—Sí, ¿a que sí? —repuso él—. Lo he hecho yo solo preguntándole al sabio. Éste es el asiento para manejar la nave. Éste, el botón lanzamisiles. Como es peligroso, sólo podemos tocarlo el sabio o yo. Nadie más. —Kopi, dejándose llevar por la imaginación, comenzó a dar explicaciones señalándose la palma de su mano.

Oshiko se percató de la mirada compasiva, como apenada, de la profesora que estaba junto a ellos escuchando al niño. El resto de los críos apenas se interesaba por los libros de cuentos ilustrados; tampoco jugaban a las cocinitas, los bloques de construcción ni simulaban perseguir monstruos. Ahora, con las aplicaciones digitales, se divertían de la misma manera; por eso debía de resultar digno de compasión un niño incapaz de aficionarse más que a juegos imaginarios. La madre de Kopi, al apercibirse de la mirada de la profesora, abrió la puertecita de la mampara y se llevó a su hijo, que no paraba de hablar.

—Vale, sí, sí, entendido, pero me lo sigues contando por el camino, ¿vale?

El característico uniforme colegial blanco inmaculado, confeccionado por un famoso diseñador, Kopi lo llevaba embadurnado de restos de comida y pintura. La madre de Oshiko acostumbrada a que su hija volviese cada día con el uniforme impecable; dijo sin pensárselo, como con lástima:

—Vaya, se ha puesto perdido.

La madre de Kopi, tras ponerle enseguida el abrigo a su hijo, se puso en pie y repuso:

—Siempre se pone así, no es nada del otro mundo.

Kopi anduvo en silencio hasta la entrada de la clase para recoger su mochila. Tenía una mano en una posición extraña, como si se tratara de un cuenco. Cuando Oshiko se preguntó qué pretendería con dicho movimiento, el niño abrió el bolsillo delantero de la mochila con sigilo y seguidamente inclinó la palma de la mano de esa guisa, como si fuera a coger algo con cuidado, con una sonrisa de oreja a oreja.

En medio de aquel enjambre de chiquillería que correteaba alocada y parecía una reproducción acelerada, destacaba como

una imagen retocada la figura tranquila del pequeño Kopi, que se movía sin prisa y gesticulaba pausadamente con un aire casi elegante.

Nada más salir del colegio, cuyos interiores mantenían una temperatura constante regulada durante todo el año, el viento frío se coló entre las solapas de su abrigo y le arrebató todo el calor corporal.

Oshiko se enfundó rápidamente unos guantes de seda y después se subió el cuello del abrigo.

Sobre la bicicleta, al recibir el viento de cara sintió más el frío. Al principio llevaba a Hara en la silleta infantil delantera colocada ante el manillar, pero en cuanto sobrepasó los diez kilos la cambió a la parte trasera de la bici. Ahora la niña se subía sola en el asiento. Por fin, tras medio año de espera, había conseguido comprar por internet una nueva funda protectora para niños que van en bicicleta muy popular entre las madres, dicha funda era de un material especial, fresco en verano y caliente en invierno.

Hara, desde el asiento trasero, totalmente resguardada bajo ella, como si estuviese en su habitación, manipulaba con habilidad el dispositivo que le regalaron al cumplir un año. El halo caliente de su respiración empañaba la superficie de vinilo de la funda. Oshiko comprobó que la bicicleta de la madre de Kopi ya no estaba en el aparcamiento del colegio. Quitó el pesado caballete y subió a la bici. Nada más empezar a circular, liberó a sus piernas del esfuerzo de pedalear. Ahora, por supuesto, ya se había acostumbrado del todo al sistema de asistencia eléctrico de la bicicleta; era como si formase parte de su cuerpo, pero recordaba que la primera vez que probó a montarse en una de estas bicicletas se sorprendió del peso y de la dureza del pedal antes de echar a rodar. Una vez en marcha, el paisaje ante sus ojos se inclinaba velozmente. Sentía que el peso de la gravedad le empujaba los hombros hacia el suelo. Asustada, tensaba los músculos de brazos y piernas y probaba, de nuevo, a pedalear con cuidado. Entonces eran las piernas las que parecían absorbidas o hundidas en el pedal y la bicicleta avanzaba con ligereza; desde entonces, cada vez que

había una cuesta activaba el asistente y la remontaba sin esfuerzo.

Cuando se subía a la bicicleta eléctrica, Oshiko tenía la impresión de liberarse de todo cuanto fuese superfluo para ser madre. Al montar a la niña en su asiento y subirse a la bici para mamás, dejaba de ser ella, mujer individual o persona, y se convertía en una verdadera madre con las características propias supuestas a toda progenitora.

Por cierto, en una ocasión en que compartió inadvertidamente estas ideas con la madre de Kopi, ésta mostró su radical oposición.

—La razón de que no nos vean más que como madres es que haya personas como tú —le soltó con ostensivo desagrado.

—Bueno, ¿acaso no lo somos?

Tras la contestación sorprendida de Oshiko, la otra añadió:

—Antes de ser madre, soy persona —rebatió en tono enervado—. Pues que sepas que cuando yo me subo a una de esas bicicletas con silleta infantil me siento presionada a ejercer el papel de madre, me dan ganas hasta de morirme. No entiendo por qué por el hecho de dar a luz tenemos que renunciar a nuestra personalidad, dejar de ser nosotras mismas. Dime, ¿por qué?

Especialmente, parecía desagradarle la expresión «maternidad inherente», como a menudo le recriminaba a Oshiko. Desde ese día, a ésta se le quitaron las ganas de repetir dicho comentario ante ella.

Al ver que la bicicleta de la madre de Kopi no se dirigía a casa, sino que tomaba una curva, ella también giró hacia la izquierda.

Al parecer había parado a comprar en un supermercado. Cambió la marcha del motor eléctrico de la bici del modo eco al modo rápido, aceleró y se puso a la altura de la bici de la madre de Kopi. Oshiko puso un pretexto. «Ahora que lo pienso, ya se me acabó el detergente», le dijo la madre de Kopi y entró en la misma tienda donde ésta acababa de aparcar.

Oshiko utilizó el buscador de la tienda sin dependientes para encargar el detergente y, tras pagar con su chip subcutáneo, en cosa de apenas tres minutos terminó su

compra. La madre de Kopi, en cambio, deambulaba entre las estanterías con una cesta de plástico.

—Podrías utilizar el buscador, ¿no? —dijo sorprendida Oshiko.

—Al menos la compra me gustaría hacerla yo sola sin necesidad de máquinas. —De nuevo se escabulló entre las estanterías.

Cuando Hara miró con envidia al dependiente virtual rectangular del mostrador, su madre le dijo que saliese con ella; después, la sentó en la bici y le dio la tableta. En ese momento, por fin, apareció la madre de Kopi con su bolsa ecológica, que al parecer había terminado la compra.

—Vaya, sí que has tardado, ¿qué hacías?

Tras estas palabras, la aludida, un poco reacia a hablar, dijo:

—Es que Kopi se entretuvo eligiendo su pasta de dientes preferida.

—¿Es que le dejas que elija él?

—Claro, es normal que escoja lo que le gusta, ¿o no? —replicó algo molesta a Oshiko, todavía sorprendida.

—¿No te dijeron en el colegio que conviene evitar nuestra percepción de las cosas basándonos en lo que nos gusta o disgusta porque eso es lo que nos impide ser felices?

—¿No te parece que lo raro más bien es educar a personas de manera que no sepan lo que les gusta?

—Pues en ese caso lo va a pasar mal en el futuro —dijo Oshiko.

Tras decir eso, observó a Kopi. Sentado ante la entrada de la tienda, se disponía a buscar hormigas en el suelo.

—¿No has oído lo que dicen ahora? Hoy en día los niños son más felices en la medida en que viven inmersos en la realidad virtual. Convendría que llevases a tu hijo al médico antes de que empiece la primaria. ¿No crees que lo mejor sería un buen diagnóstico? Cuanto más retrases el tratamiento, más afectará a su desarrollo.

Al escuchar los consejos de Oshiko, la madre de Kopi colocó la bolsa de la compra en el cesto de la bici y, dándole la espalda, dijo muy enfadada:

—¿Puedes decirme desde cuándo no conectarse a internet es

perjudicial?

—¿Desde cuándo? Desde hace diez años.

—Pues yo creo que mi hijo se comporta como cualquier niño se supone que debería hacerlo. Lo único que quiero es que aprenda a vivir y madure como persona humana que es.

—Entonces, ¿qué harás cuando en el futuro llegue el día en que no pueda dar ni un paso fuera de casa? ¿Acaso no decidieron ya que en dos años todo el ciclo escolar se realizará mediante clases a distancia? ¿No te cansas aguantando el alboroto de un niño que quiere salir siempre afuera porque no puede jugar más que en un ambiente real?

La madre de Kopi, con gesto sufriente, como si le estuviesen retorciendo el cuello, se volvió hacia ella.

—Oshiko, ¿realmente no te surgen dudas acerca de ese mundo uniformador en que estás criando a tus hijas?

—Mira, creo que ser diferente es lo que provoca más problemas. Si desde un principio no hubiese diferencias entre los humanos, no habría guerras, ni discriminación racista, ni vencedores ni perdedores. Todos seríamos felices. ¿No has oído nunca eso?

—¿Quién lo dice?

—Pues en internet es tan frecuente leerlo que casi aburre —dijo Oshiko como si tal cosa.

—Venga, vamos, Kopi.

La mujer, tal vez ya aburrida o claudicando de la discusión, levantó del suelo a su hijo acuclillado en plena observación de hormigas y lo sentó en el asiento trasero de la bici.

—Mamá, todavía no nos vamos, ¿verdad? Prometiste que a la vuelta iríamos al parque, respetarás tu promesa, ¿verdad?

—Sí, pero hoy ya es un poco tarde y hace frío, iremos mañana, ¿vale?

—¡¿Eh?! ¡No quiero! Mamá, las promesas hay que cumplirlas.

—Sí, sí, pero ya es de noche.

—Si no cumples lo prometido, yo tampoco.

—Vale, vale, entendido, pero sólo quince minutos. —La madre de Kopi, tras ceder al berrinche del niño, miró de refilón a Hara, que jugaba con la tableta resguardada del frío bajo la

funda protectora—. Adiós, Hara, hasta mañana. —Dicho lo cual, se alejó por una pendiente cuesta abajo con la bicicleta.

Oshiko observó al niño gritar contento desde el asiento trasero sin protector para el viento: «¡Bien, parque, parque!», y dijo a media voz: «De verdad, qué niño más raro»; después puso en marcha su bicicleta y circuló en dirección contraria a la tomada por la madre de Kopi.

Nada más terminar la cena, preparada principalmente con verduras orgánicas compradas por internet, la hija mayor, Tsumu, como de costumbre, se puso a hacer los deberes en la mesa del comedor.

Aquella tarea era diferente a la que se hacía cuando Oshiko era niña. No había ejercicios de escritura de *kanjis* ni prácticas para memorizar los nombres de países y ciudades. Las actividades consistían en reunir información valiosa de internet, pegar los enlaces de las URL y entregar todos esos datos de manera conjunta. Si se indicaba la fuente, no se consideraba plagio utilizar extensamente las citas de una tercera persona ni se tildaba de simple «cortapega». Tanto en el colegio como en las academias de refuerzo extraescolar lo que se valoraba más, por encima de expresar la propia opinión, era la capacidad de seleccionar y desechar información.

—Espera, por favor; antes de los deberes hay que quitar la mesa.

—Vale.

La hija mayor dejó la tableta y, sin un mal gesto, con movimientos rápidos como en reproducción acelerada, llevó los platos y cubiertos al fregadero.

Pronto sería alumna de cuarto de primaria y últimamente estaba mejorando mucho la homogeneidad uniformadora de su comportamiento gracias a haber entrado en un famoso colegio privado.

Antes de cumplir un año ya era asidua a la tableta digital y absorbía todos los contenidos que le proporcionaban en mayor cantidad que la propia leche materna; sin duda, era una niña ejemplar. A esa edad aprendió incluso a manejar la tableta sin necesidad de explicaciones. Oshiko, cuando la veía deslizar los

dedos por la pantalla, sentía una emoción indefinible, como la que experimentaba cuando lanzaban una versión novedosa de un dispositivo digital innovador.

Tal como había presentido en más de una ocasión, ahora los niños, en comparación con los de su generación, parecían, en muchos sentidos, completamente diferentes, como si formaran una nueva especie.

Los críos, hoy en día, por lo general, tenían los ojos y la cabeza de gran tamaño; eso les confería aspecto de extraterrestres, en comparación con los de la generación de Oshiko. Además, estos niños expuestos al consumo de contenidos desde recién nacidos habían desarrollado una capacidad anormal de manejar información; por eso se sentían frustrados si no tenían varias tareas que hacer a la vez; se caracterizaban por una velocidad acelerada de reflexión y movimientos.

Recientemente, se comentó mucho un artículo publicado en internet en el que se reflexionaba sobre la vida de los niños de la generación actual; se aludía a «una percepción el doble de rápida que la de generaciones precedentes», y por esas mismas fechas Oshiko leyó numerosos titulares de noticias: «¡Nuestro promedio de longevidad se renueva sin cesar de forma ilimitada!». La madre de Kopi en aquellos días, además de experimentar que el tiempo se le hacía más largo que de costumbre, se desesperaba al imaginar cómo envejecería Kopi dotado de un cuerpo casi inmortal. Se pasó una noche entera llorando arrepentida de haberlo concebido en ese mundo presente, según le confesaría después a Oshiko.

Cuando la madre de Kopi se lo contó, ella, mientras comía pequeñas ciruelas de cultivo orgánico, le aconsejó lo siguiente:

—Si te parece tan duro imaginar un futuro así, ¿por qué no pruebas a darle ya, desde hoy mismo, toda clase de dispositivos digitales sin restricciones?

Sin embargo, ella se negó en rotundo moviendo la cabeza en señal de rechazo, como de costumbre:

—Si hiciera eso, mi hijo dejaría de ser una persona de verdad.

—Bueno, entonces, ¿acaso piensas aficionarlo a la lectura?

—Pues lo pensé, pero creo que no serviría para nada.

—¿No?

—No, porque, si lo animase imprudentemente a interesarse por la literatura o el cine, correría el riesgo de convertirse en una persona que piensa demasiado. ¿Qué haría entonces, dime? En estos tiempos que vivimos, si empezamos a replantearnos el sentido de la vida, no nos quedará más escapatoria que el suicidio, ¿no te parece?

Oshiko observó a la madre de Kopi mientras se lamentaba; se enardecía al pensar que sólo era cuestión de tiempo que el crío, al empezar la educación primaria, se diese de bruces contra la soledad, aislado de sus compañeros.

Hoy en día, la manera de hablar de los niños de primaria, acostumbrados a ver vídeos a triple velocidad de reproducción, era abrumadoramente rápida. A Oshiko, a pesar de estar muy al día en cuanto a los avances entre las madres de su generación, con sólo oír hablar a los críos de ahora le daba dolor de cabeza.

Hara, como iba todos los días a clase con Kopi, al parecer no pensaba que fuese tan raro, pero su hermana mayor, ante la lentitud de movimientos de aquél, expresaba abiertamente su extrañeza; en una ocasión en la que Kopi fue a jugar a casa, al irse ella comentó:

—A ese niño parece que de verdad le falta una pieza. —Utilizó como si tal cosa aquella expresión, entonces de moda entre los jóvenes, para calificar algo como anormal o no bien ensamblado.

—Tsu, no te pases, no deberías decir esas cosas.

—¿Por qué? Salta a la vista que le falta un tornillo. Tú siempre nos dices que no hay que mentir; entonces, ¿por qué no puedo decir que es raro? Sólo decimos lo que pensamos *nosotrs*.

Desde que empezó el colegio, la hija mayor usaba muchos extranjerismos de significado desconocido al hablar. Las palabras en internet usadas aleatoriamente cambiaban a capricho de significado y se usaban de diferente forma; por ejemplo, el significado de «como efímeras luciérnagas veraniegas». Este símil antiguo sobre lo transitorio de la

existencia se transformó después de que alguien escribiera de forma repetida en la red: «Si no cesasen con el paso del verano, ¿no sería ésa una imagen de tenacidad más bien?», lo que dio paso a un significado contrario, «una persona tan tenaz e insistente como las luciérnagas veraniegas», etcétera. A la inversa, para expresar la idea de fugacidad, ahora decían: «Como el dispositivo de nueva generación comprado el otro día».

Por lo visto, como últimamente surgían tantas discrepancias concernientes a cualquier percepción, por más veces que les repitiese que *ore* (yo) es un singular masculino y por tanto *orera* (nosotros) con la desinencia plural *-ra* no debía usarse para referirse a sí misma, no lo entendían. Oshiko, aunque al principio se extrañaba, tal vez por seguir en una fase de oposición respecto a estos cambios, pero consciente de que, a fin de cuentas, la distinción entre «niño o niña» y «sí mismo y todos» era casi indiscernible, terminó por aceptarlo.

Acabada la cena, Oshiko tomó unos platillos y tenedores del aparador y los colocó sobre la mesa. Rasgó con las uñas el envoltorio de plástico de una cajita sacada de la nevera y abrió la tapa; dentro había un pastel de fresa y nata repleto de azúcar glas y un Mont Blanc; también varios flanes al horno. Ella nunca compraba dulces con tantos conservantes, pero no podía tirarlos sin más, se los había regalado esa misma tarde la madre de su exmarido, que vivía al lado.

—Niñas, la abuela me dio unos dulces para vosotras.

Hara, sentada muy erguida en el sofá, empezaba a manipular su tableta. Al oír a la madre, lanzó una ojeada al pastel.

—No me apetece —dijo, negando con la cabeza.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque nos han dicho que no hay que comer esas cosas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El profesor.

—Ah, ahora que lo dices, es verdad.

Oshiko asintió al acordarse de que habían reducido los aditivos del menú escolar y recomendado a los padres que, en lo posible, hicieran igual en casa. Basándose en las

recomendaciones de la Organización Mundial de Educación Infantil, que apuntaban a que «en el futuro no será necesario juzgar según el gusto lo que gusta o lo que no», este mes en el colegio había dado comienzo un programa de alimentación saludable para fomentar el hábito de no dejarse arrastrar por impresiones de agrado o desagrado ante el sabor de los alimentos.

—¿Y tú, Tsumu?

—No, no me apetece.

Oshiko, tras la rotunda negativa de la hija, se sirvió un trozo de pastel y dijo:

—Bueno, entonces me los comeré yo. —Sin embargo, al acordarse de que estaba a dieta ante la cercana ceremonia de graduación, finalmente decidió tirar los dulces a la basura.

Activó el dispositivo del dorso de la mano para transmitir sabor de pastel a la parte superior de la lengua. Después, se volvió para el fregadero y metió el plato, que había dejado sin utilizar, en el lavavajillas y lo puso en marcha. Hara, mientras, se fue al baño. Antes de meterse en el agua, colocó, como de costumbre, la tableta resistente al agua sobre la tapa que cubre la bañera.

—Voy a practicar para ser una «enamorada de la inteligencia artificial»… —Lo dijo sin moverse, como si su cuerpo estuviese detenido por falta de pilas mientras empezaba a mirar fijamente la pantalla.

Tras el baño, la madre se acercó a la habitación de las niñas, ya preparadas para dormir, para darles una palmadita en la espalda de buenas noches.

Los niños de hoy en día, en general entre los cuatro y cinco años, poco a poco dejaban de soñar por la noche; las hijas de Oshiko con sólo tres consiguieron liberarse de la necesidad vital del sueño sin necesidad de ningún aprendizaje.

Todavía no existía una teoría que explicase por qué dejaban de soñar. No obstante, la gran mayoría de los estudiosos del campo neurocientífico consideraba que dicho cambio se produjo cuando el cerebro empezó a activar un modo de reposo especial debido a la cuantiosa información acumulada durante el día; era tanta que durante el sueño el cerebro, al

procesar dicho material, sufría un colapso y se veía desbordado. Desde que Hara y su hermana mayor dejaron de soñar, se apreció una notable mejora de su comprensión auditiva. La razón estribaba en mantener una buena calidad del sueño sin la molestia de ocasionales pesadillas. Por la mañana tampoco remoloneaban por no querer salir del futón; además, las niñas disfrutaban ahora de un estado anímico sin altibajos, al igual que la temperatura ambiente del colegio constante regulada, y cuando dormían en su litera permanecían en posición bocarriba sin moverse lo más mínimo durante la noche.

Acostadas las niñas, Oshiko, contenta, se dispuso a tomar una bebida.

Las casas actuales se construían con materiales muy aislantes, por eso incluso en invierno podía tomar una gaseosa con hielo en camiseta corta.

El ventanal del suelo al techo del salón daba a un porche de madera que conectaba directamente con un espacio verde de césped no muy grande. En la esquina que daba al dormitorio había un pequeño parterre; los pensamientos y claveles chinos mejorados hacían gala de florecer durante todo el año. La casa estaba junto al hogar paterno de su exmarido; gracias a que les cedieron un terreno en el que había un cobertizo, construyeron esta casa nueva; aunque era estrecha, tenía un diseño sencillo y funcional. Aquel hogar era para ella su mayor motivo orgullo.

Su lugar preferido era el rincón junto a la cocina en el que colocaba el ordenador.

En teoría, aquel portátil de la mesita junto a la nevera podía usarlo toda la familia, pero prácticamente sólo lo usaba Oshiko.

Se sentó con la espalda bien apoyada en el respaldo de la silla. Relajada, destensó los músculos y se dijo: «Hoy de verdad he dado lo mejor de mí». En otras ocasiones, en momentos como éste se hubiera dicho: «Qué cansada estoy», pero, desde que se aficionó a ver vídeos de contenidos de crecimiento espiritual, según los cuales utilizar un lenguaje positivo mejoraba la calidad de vida, ponía en práctica dicho consejo sin falta. Tal vez debido a los ocho segundos de respiración

diafragmática y los abrazos de autoestima que realizaba a diario, Oshiko siempre derrochaba una actitud positiva.

Se rozó el lóbulo de la oreja y al tiempo que escuchaba música por los auriculares encendió el ordenador. En la pantalla tenía dos ventanas abiertas, una de la web del contrato de la cooperativa agrícola y la otra con el buscador abierto; enseguida tecleó «síndrome de desconexión *offline*».

«Lo cierto es que, tanto en cuestiones de alimentación como en contenidos digitales, nada mejor que lo natural sin aditivos».

Mientras tomaba una gaseosa, a la que últimamente se había aficionado mucho, decía esto entre dientes acordándose de Kopi y su madre.

Oshiko pensaba que vivir el matrimonio, el parto, el divorcio y la vida como «madre separada» era una actividad al alcance de la mano que se podía pagar con tiempo vital, dinero y esfuerzo; por eso le parecía catalogable como contenido natural.

Entre dichos contenidos, «cuidar a los hijos» le parecía el más elevado. Oshiko a menudo pensaba que no había otro entrenamiento capaz de generar tanto ensimismamiento desinteresado y consumo de tiempo como la crianza de los propios hijos. Naturalmente, ella tenía sus esperanzas puestas en disfrutar de ese entretenimiento cuando dio a luz a sus hijas, Tsumu y Hara, pero las dos se criaron tan bien que, de manera imprevista, apenas le dieron faena. Oshiko, que no parecía contentarse sólo con dos niñas, empezó a plantearse ir a por el tercero con esa sensación que se tiene cuando se reproducen al mismo tiempo varios vídeos. Al tratar a diario con la madre de Kopi y su hijo, pensaba que le gustaría tener un hijo como él, por mucha guerra que diese. Por costoso que resultara, ella conseguiría educarlo para que fuese un niño igual que los demás; era su sueño.

Con ese fin, ya había empezado a recopilar información sobre niños con síndrome *offline*. Aquella noche no esperaba encontrar ninguna información nueva en particular; sin embargo, en su búsqueda por la red dio con un libro agotado que, desde tiempo atrás, le había llamado la atención;

enseguida lo metió en el carrito de compra de la página web.

La tarea de ser humano: Enfoques de pedagogía práctica, de Sasazuka Sasago. A juzgar por el título, el libro resultaba algo sospechoso, pero era considerado casi una biblia en el campo de los estudios de pedagogía sobre el trastorno *offline* o de desconexión virtual por los padres con niños afectados por este problema. Oshiko echó un vistazo a la reseña del tratado de pedagogía mientras disfrutaba de la sensación burbujeante y tonificadora de la gaseosa en la garganta.

La autora se había dedicado, durante más de sesenta años, a la enseñanza y al parecer había estado a cargo de la educación de más de mil críos. Se fijó en diversos comentarios: «Los niños con trastorno de atención a la realidad virtual poseen un talento y potencial diferente a los demás», «Con esa convicción, en el internado de primaria y secundaria fundado por ella, sigue educando a niños venidos de todo el país. En un entorno totalmente apartado de dispositivos digitales, los críos pueden desarrollar sus capacidades latentes».

Oshiko, a su vez, consultaba la información de la web de la cooperativa de cultivo orgánico en la otra ventana que tenía abierta en el ordenador; eligió col de invierno, ñame y zanahoria de Kioto y los metió en el carrito virtual; mientras ejecutaba la operación de compra, leía en diagonal entrevistas del pasado a la autora del libro y diarios de padres que habían llevado a sus hijos a aquel internado en las montañas. Tenía muchos seguidores, pero, de tanto en tanto, daba con críticas muy airadas de algunos detractores: «Es una secta que se aprovecha malintencionadamente de las desesperadas familias de niños con síndrome de dependencia *offline».* A juzgar por la fotografía, sobre fondo de ciruelos, de la autora con sus gafas de lacado verde, se diría que no era más que una distinguida señora ya de cierta edad.

Justo la próxima semana tendría lugar una conferencia explicativa abierta al público titulada «Colegio *offline»* para enseñar a los padres el funcionamiento del centro. Ella ejercería como presidenta del consejo escolar. Oshiko, al encontrar la información, con un movimiento rápido del índice terminó de hacer la compra digital de la verdura orgánica y el

tratado pedagógico.

Por la mañana comprobó la compra de los billetes del *shinkansen*. Ya con los zapatos de tacón bajo puestos y vestida de traje en la entrada de casa, se percató de la presencia de su hija Hara, que la miraba fijamente.

—¿A dónde vas, mamá? Te veo diferente hoy.

Hacía años que Oshiko trabajaba en modo remoto desde casa. En contadas ocasiones se maquillaba o se ponía vestido formal.

—No voy a ningún sitio —contestó con una media sonrisa.

Lo cierto era que había pedido el día libre a la empresa. Llevaría a Hara al colegio y después pensaba asistir con la madre de Kopi a la conferencia explicativa de aquel centro algo sospechoso. Pasados tres días desde que solicitó asistir, tras recibir una carta con la información detallada, le comentó a la madre de Kopi la existencia de este texto considerado una biblia y, como si tal cosa logró, le recomendó el libro de pedagogía. Tal como imaginaba, la mujer, que apenas utilizaba internet, por lo visto desconocía la existencia de la profesora Sasazuka Sasago.

—Oshiko, ¿tú también lo has leído?

—Bueno, más o menos —contestó vagamente y le dio el mamotreto, comprado en una librería de libros antiguos.

Era impensable que Oshiko, que apenas leía, ni siquiera en formato electrónico, por mucho que el contenido tratase sobre el síndrome infantil de desconexión a la realidad virtual, leyese de principio a fin un texto de pedagogía que alcanzaba las trescientas veinte páginas. Y antes de que la amiga se percatase de que sólo había ojeado la reseña se limitó a enseñarle la tarjeta postal con la información de la reunión explicativa:

—Si te interesa, podríamos ir juntas —le propuso.

—¿Tú también? ¿Y eso?

—Hablando contigo me di cuenta de que tengo que pensar de verdad en la educación infantil. —Oshiko dio un pretexto adecuado para convencer a su desconfiada amiga y lograr que se comprometiese a acompañarla a la conferencia informativa.

Tras dejar a su hija Hara en la clase Zupopo, se encaminó

enseguida a la estación más próxima, pero vio a un niño de espaldas que miraba absorto una caja para cría de insectos que había sobre un estante del vestíbulo del colegio.

—Buenos días, Kopi. ¿Qué haces?

Ya habían dado las nueve y en todas las clases empezaba a oírse la melodía de los órganos eléctricos habituales a esa hora. En el vestíbulo del centro, en el que estaba estrictamente prohibido llegar con retraso, no había nadie.

El nene, con la frente pegada al cristal, observaba arrobado la cajita.

—¿Qué criais? ¿Escarabajos? —preguntó Oshiko.

Como los niños apenas tenían oportunidad de ver insectos reales, habían puesto esta caja; se trataba de un dispositivo cuadrado en cuya parte trasera se veían los insectos preferidos visualizados en una realidad virtual.

Era muy popular entre los críos, porque siempre había variedad de escarabajos y mariposillas *Pieris rapae* en su interior.

—¿Qué se ve aquí? —preguntó con tacto, para que el niño no se sintiese mal, pues lo que estaba mirando no era más que una caja vacía de cría virtual de insectos.

Kopi, resoplando por la nariz, se dio la vuelta muy contento.

—Pues qué va a ser, un nuevo ser vivo. Lo hemos pensado el sabio y yo solos; mira cómo ha llegado a reproducirse, hay muchísimos. Es chulo, ¿no?

—Un nuevo ser vivo, ¡guau! Dime, ¿cuál es su característica?

—Pues se transforman y se devoran entre ellos.

—¡Qué miedo!

—No, no dan miedo, aunque se devoran, como se reproducen muy rápido, enseguida vuelven a aumentar.

—¡Guau! —Oshiko, junto a Kopi, miraba la caja con fingido interés. En cierto momento, le preguntó como si tal cosa—: Kopi, dime, ¿por qué no te gusta jugar con la tableta, como a los demás niños?

—Pues porque no, por eso.

Tal vez no quería hablar porque en el colegio también le preguntaban lo mismo insistentemente. Se notaba que había

contestado de mala gana.

—Ya, pero a todos los niños les gustan mucho las tabletas, ¿no?

—Pues a mí me parecen un rollo. ¡Es un millón de veces más divertido jugar con el sabio del espacio!

—¿Y quién es ese sabio?

—Pues el sabio. Vive en el espacio, es la persona más importante de allí. Hablamos telepáticamente. Te lo conté una vez, ¿no? No me preguntes siempre lo mismo.

—Ahora que lo dices, es verdad. Perdona, Kopi.

Oshiko se disculpó, pero él, enfurruñado, no volvió a abrir la boca. Aunque ella le hablase, seguía mirando absorto la caja, como si se hubiese olvidado por completo de la existencia de la mujer. A ella le emocionó su carácter infantil, tan susceptible a la más mínima trivialidad; eso le hizo desear aún más ir a por el tercer hijo.

—¡Pero si estabas aquí, Kopi! ¡Te estaba buscando! Sabes que no puedes estar fuera de clase —dijo el sensey Yoppoin, vestido con un delantal rosado, al otro lado de la estantería—. Ah, la madre de Hara. ¿Qué hace usted por aquí?

—Profesor, mire, es que Kopi me estaba enseñando unos nuevos seres vivos.

El hombre, al oír su respuesta, dio la vuelta desde el otro lado de la estantería y echó una ojeada a la caja.

—Ah —dijo—. Es el ser vivo que inventó con el sabio, ¿no? Se reproducen en tal cantidad que rebosan, ¿verdad?

Al quedarse sola, volvió a observar el interior de la caja criadero. Por mucho que aguzó la vista, no vio más que una claridad luminosa e inorgánica de vacío virtual.

Oshiko compró *obento* en una pequeña tienda de la terminal de tren. Había pensado comer en el *shinkansen;* como no tenía tiempo para elegir la comida, optó por el *obento* más popular y, apresurada, subió la escalera mecánica hacia el andén. De haber estado concurrida la estación, tal vez se le habría escapado el tren, pero, gracias a que las distancias se acortaban de forma instantánea mediante internet, ahora se prohibían los trenes atestados por encima de su capacidad y el concepto de

trabajo presencial en la oficina había acabado por desaparecer; por eso los interiores de la estación estaban insólitamente desiertos.

El ruido de los tacones de Oshiko resonó por el andén instantes antes de subirse en el *shinkansen,* ya parado en la vía. A pesar de que habían reducido los trenes, el interior estaba casi vacío y enseguida localizó a la madre Kopi en un asiento junto al pasillo.

—Buenos días.

—Buenos días, Oshiko —dijo la otra, levantando la cabeza al advertir su presencia.

Durante las dos semanas siguientes a la entrevista en el colegio, apenas había probado bocado. Estaba algo demacrada; tenía la piel de la cara, antes blanca, ligeramente azulada y los ojos rojos como tras noches en vela. Acordándose de la reunión informativa del centro de primaria al que iba a ir su hija mayor, Oshiko se puso un vestido azul marino; sin embargo, la madre de Kopi llevaba un jersey con un logo, pantalones de traje y zapatillas, además de una chaqueta de estilo informal.

Quizá tenía previsto cambiarse de ropa después, pensó mientras se sentaba junto a la ventana. Seguidamente, le dio a la madre de Kopi una lata de té hojicha caliente que acababa de comprar en la tienda de la estación.

—¿Estás bien? ¿Duermes bien?

—Gracias, sí, más o menos —susurró la otra, aceptando el té.

—¿De verdad? ¿Estás comiendo bien? Pareces enferma.

—Con sólo pensar en el futuro que le espera a mi hijo, la verdad es que se me quitan las ganas de comer.

—Pues pensar demasiado tampoco es bueno.

Mientras hablaba, Oshiko colocó hábilmente sobre la mesilla desplegable el *obento,* la lata de té hojicha y el smartphone. Al quitar, contenta, la tapa de la comida, sonó una melodía que pareció hacer temblar el aire alrededor y el tren, con una fuerza magnética de gran potencia, se elevó sobre las vías, se puso en marcha en silencio y salió de la estación.

Oshiko sacó los palillos del envoltorio y empezó a comer el

makunouchi. A la vez, pulsó la pantalla del smartphone para cambiar la serie de televisión que había estado viendo desde que había salido de casa. A su lado se dio cuenta de que la madre de Kopi colocaba sobre la mesa plegable varios libros forrados.

—¿Son los libros de la profesora que te comenté?

—Sí, es la autora. Quería leerlos todos y los encontré en librerías de antiguo.

—¿Vas a leerlos ahora?

—No, qué va. Ya los he leído. Pensaba releerlos antes de ver en persona a la profesora.

—Ya. —Con los palillos tomó un trozo de *kamaboko*. Asintiendo con la cabeza y lanzando una mirada inquieta a la pila de libros sobre la mesita, añadió—: Vaya mamotretos, ¿por qué no compras libros electrónicos?

La madre de Kopi, con ojos algo enrojecidos, contestó en un tono que daba a entender que no comprendía el porqué de su pregunta. Después, aprovechó para darle las gracias:

—Oshiko, realmente tengo que agradecerte que me hablaras de la sensey Sasazuka.

—Vaya, ¿sí? Entonces, ¿es tan buena pedagoga esa señora?

La otra tenía un libro abierto entre las manos; del borde sobresalían numerosas notas de papel enganchadas de forma prolija en las páginas. Empezó a hablar, entusiasmada:

—Así es. En este libro están todas las ideas que yo pensaba hasta ahora y me hacían sentir desconcertada, todas esas cosas que no sabía cómo expresar en palabras. Estas dos semanas he estado dudando si debía llevar a mi hijo al consultorio, pero después de leer el libro de la profesora lo vi muy claro. Oshiko, jamás llevaré a mi hijo a una clínica como ésa.

—¿No?

—En el libro la profesora dice claramente que es mejor no llevar a los niños al hospital en estos casos.

—Entonces, ¿cómo piensas hacer que Kopi mejore?

—Oshiko, lo que le conviene es cultivar su sensibilidad; es una facultad esencial para vivir con autenticidad. Estoy pensando en llevar a mi hijo a esta escuela. Aunque sólo de pensar en vivir doce años apartada de él me vuelvo loca; creo

que sería peor dejar que lo eduquen para que sea igual que todos los demás y pierda su identidad en esta sociedad homogénea, ¿no te parece? En esta escuela Kopi podrá vivir como un ser humano y ser feliz de verdad. Una vez más, gracias por hablarme de ella. —Oshiko apretó con fuerza los palillos entre las manos. La madre de Kopi, al darse cuenta de que no articulaba palabra, reabrió el libro y añadió—: Bueno, voy a leer que, si no, no tendré tiempo.

Oshiko, mientras veía un vídeo, se llevaba a la boca una bolita de arroz que había partido con los palillos, una gamba rebozada con fuerte sabor a refrito y judías. Al poco, levantó la mirada y vio deslizarse en el cristal de la ventana el paisaje de casas antiguas y montañas; parecía un lienzo plasmado con trazos de acuarelas que fluían velozmente como cuando rebobinas hacia atrás. Oshiko contempló atenta el paisaje durante unos instantes. Después, como si nada, se concentró de nuevo en el smartphone; desde algún tiempo atrás, le costaba quedarse abstraída contemplando, sin más, un paisaje.

Antes de habituarse a los dispositivos digitales subcutáneos sincronizados con su cuerpo, Oshiko también tuvo una época en la que se sentía mal si no llevaba algún libro, como si incumpliese una norma no escrita. Por eso, igual que la madre de Kopi, siempre se esforzaba por llevar alguno para aprovechar el tiempo del viaje en tren. «Uno de esos libros que te cambiará la vida». «Un libro que querrás leer sin parar hasta el fin de tus días». Todavía hoy seguía llevando en el bolso, con muy buena intención, una de esas obras maestras recomendadas, pero al final siempre alguna lectura en la tableta le quitaba el protagonismo al libro y la obra en papel quedaba guardada hasta llegar a la estación de destino. Al fin, tras repetirse el proceso, Oshiko acabó por dejar de incluirlo en su equipaje. Cuando fue a darse cuenta, había perdido la capacidad de pasar pacientemente las páginas de un libro y detenerse a leer frases largas.

A veces tenía la impresión de oír una voz en su interior —«¿Estaré haciendo bien?»—, como un insecto que surgiese bullendo de repente en su mente. Si malgastas tu tiempo en eso, sin duda te arrepentirás en el futuro. Es necesario que

existan otras cosas para que lleves una vida plena. Escuchando esa voz interior Oshiko se ponía más nerviosa y se sumergía en contenidos si cabe más tóxicos que los habituales. Si en esos momentos no se inyectaba una dosis de información digital, su cuerpo interiorizaba la ansiedad; ahora era incapaz de quedarse abstraída sin hacer nada siquiera cinco minutos. Al final, desde que Oshiko se resignó a disfrutar continua y sumisamente de los contenidos recomendados por el algoritmo, aquella voz interior tan acuciante acabó por desaparecer.

Al fijarse en sus hijas, Hara y Tsumu, llegó a pensar, a veces, que había riesgo de que viviesen sin tener conciencia de sí mismas.

Tal vez ya no existía ningún niño entre los actuales que oyese su propia voz como en un tiempo oía Oshiko la llamada de su otro yo íntimo.

Al percatarse de que el arroz que masticaba perdía dulzura, rápidamente dejó de mirar a través de la ventana y dio un trago al té hojicha. Después, con un leve toque en el lóbulo de la oreja, subió el volumen del vídeo y en una décima de segundo los contenidos digitales la transportaron al placentero mundo digital.

Bajaron del *shinkansen* y transbordaron a otro tren hasta su destino final. En la rotonda de la estación tomaron un taxi.

Oshiko ya había fijado su destino con antelación en la aplicación del navegador. Pasó el dorso de la mano por un lector y acto seguido se oyó una voz de tono sereno: «Colegio Furai, ¿correcto?». A continuación, el taxi sin conductor arrancó. Dejándose llevar por la suave conducción automática mientras veía los anuncios emitidos por su smartphone y el dispositivo interior del vehículo, Oshiko se acordó de cuando Bizō, de la clase Zupopo, dijo que le gustaría ser de mayor un dispositivo de amor a lo digital de un taxi automático.

Se percibía débilmente el olor del cliente anterior, un aroma como de envoltorio de chocolatina; en ese momento el coche se alejó de las calles del centro y cruzó un puente de pretil rojo. Abajo el río fluía con destellos grises, como si reflejasen el cielo encapotado. Mientras avanzaba por la carretera de

montaña, el coche empezó a traquetear, pero la madre de Kopi no despegaba ni por un instante la mirada del libro que leía; Oshiko, en cambio, la miraba como medio mareada por el trayecto.

—Hemos llegado al destino.

Al bajar del taxi, se encontraron en un lugar más recóndito de lo esperado, en plena montaña. En un claro abierto entre invernales árboles deshojados se erigía el edificio de madera del colegio. Se adentraron por un camino agreste que conducía a la entrada. En un panel cincelado a madera se leía el nombre del centro, Escuela Furai, y debajo el letrero: «Reunión informativa».

—Qué frío —susurró espontáneamente Oshiko con los guantes ya enfundados. A pesar de haber sido precavida e ir abrigada a aquel lugar de montaña, el frío helador se le colaba por los poros de la piel hasta los huesos; aquél tenía un aroma diferente al de la ciudad.

Oshiko, que había confirmado con antelación su asistencia, mostró la tarjeta postal en el puesto de vigilancia y, resguardándose bien del frío bajo su abrigo, entró al recinto.

A diferencia del agradable aroma de madera del colegio de Hara, que invitaba a inspirarlo, aquí las baldas para dejar el calzado desprendían un agrio olor enmohecido; Oshiko, tras descalzarse, cogió unas zapatillas de una caja de cartón de tono castaño rojizo.

Ella y la madre de Kopi recorrieron un pasillo de madera helado atenazadas por el frío y los nervios, que desembocaba en un pabellón deportivo acogedor con techo saliente en forma de hemiciclo.

Había un hombre de pelo cano con gorrita deportiva colocado en una mesita y, como parecía dedicarse a tareas de recepción, Oshiko, tal como le había indicado el encargado previo, aunque resultaba un poco absurdo, volvió a anotar sus señas de identidad. Miró por el rabillo del ojo y vio que la madre de Kopi escribía las suyas muy concienzudamente.

El hombre de la gorra les indicó un bolsito de tela dorada y dijo:

—Por favor, introduzcan aquí sus dispositivos electrónicos

apagados. A la vuelta se los devolveremos.

Oshiko miró alrededor. Pensó que nadie dejaría su smartphone, repleto de información personal, en una bolsa de tan sospechosa apariencia; sin embargo, la madre de Kopi, sin pensárselo dos veces, depositó su móvil en la bolsita dorada.

—Oshiko, ¿a qué esperas? Venga, date prisa. —La mujer, sorprendida de su tardanza, la apremiaba a hacer lo mismo con su móvil.

Ella dijo bajando la voz:

—¿Pero seguro que no hay problema?

—¿Problema? ¿Qué problema?

—¿Cómo dices? ¿Seguro que no pasa nada si dejamos los smartphones en esa bolsa tan rara? Para mí que tratan de timarnos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo van a hacer eso? Es una directriz de la directora que prohíbe el uso de cualquier dispositivo digital dentro del colegio.

—Pues aun así.

—Oshiko, por favor, no compliques las cosas.

Ella, resignada, sacó el smartphone, pero en un descuido de su amiga aprovechó para volver a guardarlo dentro de su bolso. Un poco más adelante, había una persona de pie junto a una mesa de recepción.

—¿Y eso? —Oshiko susurró, poniéndose de puntillas.

La madre de Kopi, que era alta, tras aguzar la vista, dijo:

—Parece que inspeccionan los implantes de dispositivos.

Efectivamente, tal como había dicho la madre de Kopi, en la cabecera de la fila realizaban una inspección minuciosa a los asistentes, como las de los aeropuertos. Oshiko siguió a la mujer y trató de avanzar haciéndose la despistada, pero en ese momento el detector de metales que portaba un encargado soltó un fuerte pitido. Oreja derecha y oreja izquierda. Dorso de la mano. Punta de la lengua. Y, por último, orificios nasales. El encargado, tras inspeccionarla, dijo: «Hay que aislar las ondas magnéticas» y pegó una gruesa cinta adhesiva de color lata sobre dichas partes. En la lengua, en cambio, le aplicó una crema fría de uso médico como las empleadas para tratar la halitosis. Oshiko, preocupada de que también le confiscasen el

smartphone, echó a andar, nerviosa; en ese momento su amiga le miró con desagrado las cintas pegadas en la nariz.

—¿Es que también te insertaste terminales ahí?

—¿Cómo? Ah, ¿en la nariz? Sí, sí, es muy útil. Así disfrutas siempre de olores que te gusten, aromas, etcétera.

En el pequeño pabellón deportivo había cuatro estufas encendidas formando un perímetro alrededor de las sillas. Había cuatro filas con doce asientos cada una frente al estrado; en total se podían sentar unos cincuenta asistentes. Tras el escenario había una bandera del colegio bordada con inscripciones alusivas al centro; a pesar del remoto emplazamiento en la montaña de este colegio, ya casi el setenta por ciento de los asientos estaba ocupado. La mayor parte de los asistentes debían de ser padres de niños diagnosticados como *offline*. A casi todos, al igual que la madre de Kopi, se los veía agotados y de sombrío aspecto. Aun así, en algunos rostros todavía parecía brillar cierta esperanza.

El ochenta por ciento de los participantes en la reunión vestía tratando de sugerir su inteligencia y personalidad, como el traje formal de Oshiko, pero evitando dar la impresión de realzar la propia individualidad. Sin embargo, por alguna razón misteriosa, el resto de las personas vestían al estilo de la madre de Kopi; por su indumentaria cabía suponer que suspenderían enseguida en una entrevista de trabajo.

—¿No te vas a cambiar de ropa? —le preguntó Oshiko mientras se sentaba en un asiento libre.

La madre de Kopi, quitándose el abrigo, dijo:

—No hay que dejarse dominar tanto por las reglas, aquí lo que se valora realmente es tener un espíritu libre. Al contrario, las personas con traje estropean un poco el ambiente o causan preocupación.

Tal vez debido a que, desde que la educación preinfantil se había vuelto casi obligatoria, se tenía que hacer un complicado trámite para que los niños no asistiesen a clase, ninguno de los asistentes a la reunión había ido con los hijos. Los padres y madres, con esparadrapo plateado en la cara y el cuerpo y los móviles confiscados, quizá por no saber qué hacer, parecían nerviosos. Oshiko misma apenas recordaba la última vez que

estuvo tanto tiempo sin conexión a internet y desde hacía un rato era consciente de su nerviosismo; temblaba de pies a cabeza como si tuviera síndrome de abstinencia: el pulso acelerado, la boca seca, la camisa sudada a la altura de las axilas… Experimentaba una insoportable inquietud, como si la hubieran despojado de su ropa y atado a una silla plegable. Miró el reloj de la pared. Al percatarse de que marcaba que faltaban cinco minutos para el comienzo de la reunión, le entró una impaciencia insoportable, como si todo el panorama de un extremo a otro se retorciese haciendo ruido.

—Perdona, voy a aprovechar para ir al lavabo antes de que empiece —dijo, poniéndose en pie. La madre de Kopi acababa de abrir un libro de la directora.

Se hizo camino entre las filas y recibió miradas de reprobación de los asistentes al tropezar con sus rodillas. Finalmente, llegó al pasillo principal y se dirigió al lavabo de mujeres del pabellón.

Oshiko cerró la puerta y se fue quitando las cintas antimagnéticas adheridas por todo el cuerpo. Eran más fuertes de que lo pensó en un primer momento; sin embargo, pese al tirón en la piel, se las arrancó con fuerza. Sacó un smartphone de reserva que había evitado que le confiscasen, oculto en el fondo del bolso, y con la mano temblorosa lo encendió. Como emitió un sonido, aceleradamente se conectó al Bluetooth y, apoyada en la pared del lavabo, consumió con voracidad el contenido digital y el sonido de la pequeña pantalla casi sin siquiera respirar.

Oshiko ya ni recordaba aquellos tiempos en los que estaba tranquila sin internet y no llevaba dispositivos electrónicos en el cuerpo. No entendía cómo pudo soportar situaciones en que su cerebro no estuviese lleno de contenido digital. Tras una inyección continua de contenidos en el espacio libre del cerebro, por fin recuperó, poco a poco, el ritmo normal de los latidos del corazón.

Se lavó las manos y, frente al espejo, disimuló bajo el cabello el lóbulo de las orejas.

Justo cuando volvía cabizbaja para que no se viese que se había quitado las cintas de esparadrapo de la cara, la

conferenciante, con paso firme, subía al escenario. Oshiko pasó agachándose entre el público para no impedir su visión y tomó asiento.

—Señores y señoras, en primer lugar, gracias por su asistencia.

La conferenciante saludaba, sonriente, con la mano como si se tratase de una candidata electoral. Aquella mujer sobre el escenario era la misma sensey Sasazuka Sasago en persona que había visto en las fotografías de sus libros o en búsquedas por internet. Llevaba sus características gafas de carey, un cárdigan de ganchillo y bufanda; con aquel aspecto nadie diría que la señora superaba ya los noventa años.

La sensey Sasazuka Sasago, tras observar atentamente a los asistentes sentados en las sillas plegables, comenzó su discurso; su alto timbre de voz parecía rebotar como una pelota de tenis lanzada para rematar:

—¡La fuerza de los niños es infinita! —dijo, acercándose al micrófono del escenario—. Padres y madres, mucho gusto. Me llamo Sasazuka Sasago y soy la directora de este colegio y también profesora en activo. Empezaré sin rodeos, si les parece. Sé que la mayoría de ustedes quieren que sus hijos reciban una educación libre de dispositivos digitales, en un lugar como éste, en medio de la naturaleza y las montañas. Efectivamente, lo más deseable es pasar las veinticuatro horas de los trescientos sesenta y cinco días del año desconectados de la red, en estado *offline*. Yo hoy tengo la oportunidad de demostrarles cuán acertado es este ideal. ¡Más vale una prueba que mil razones! Hoy podrán ver con sus propios ojos cómo se educa a los niños en este colegio.

La sensey Sasazuka Sasago hizo un gesto con la mano y varios ayudantes procedieron a bajar las cortinas. Junto a un estandarte del colegio en una de las paredes habían colocado una pantalla blanca. Se oyó un traqueteo ruidoso; el chirrido provenía de un curioso proyector de vídeo algo obsoleto colocado en las últimas filas, cuyo haz luminoso se abría paso en la tenue oscuridad.

Debido a la escasa iluminación, al principio costaba distinguir la imagen proyectada, pero, tras aguzar la vista,

poco a poco empezaban a discernirse diversas escenas del desarrollo cotidiano de las aulas del colegio. Los niños en clase, sin ningún dispositivo de aprendizaje y con los ojos cerrados, parecían entregados a algún tipo de meditación. En la pared del fondo de la imagen se veían los lemas de la clase colgados: «¡No seas un borrego!», «¡Seamos auténticos seres humanos!», «¡Veinticuatro horas al día y trescientos sesenta y cinco días al año desconectados de la red!». Tras visionar dichos lemas, de repente se producía un cambio de plano y la luz del patio del recreo inundaba la pantalla. Escenas de lo que parecían ser niños descalzos encaramándose a los árboles como monos entre gritos; en otras aparecían vistiendo sólo calzones mientras practican luchas de sumo; también jugando en el barro y del estilo, y así durante un rato. De repente, en un nuevo abrupto cambio de plano la cámara se fija en el dibujo de un niño. A partir de ahí, las habituales imágenes simbólicas fueron tomando un cariz cada vez más anárquico y expresionista. Al parecer eras dibujos del mismo niño; era una manera de demostrar la recuperación de la individualidad que proporcionaba ese entorno educativo.

Finalmente, dos sobreimpresiones, «Comienzo del curso escolar» y «Final del curso escolar», expuestas sobre diversas fotos de niños; como si con ello bastara para poner al descubierto las diferencias, terminó la proyección.

Bajo una débil luz fluorescente que descargó haces brillantes sobre los ojos de Oshiko, apareció a continuación una frase muy del estilo de la conferencia: «Vivir como seres humanos en nuestro tiempo». La sensey Sasazuka Sasago recuperó el micrófono, se lo acercó a la boca y dijo:

—Padre y madres, ¿saben cuál es el significado de la palabra *rebaño*? —Nadie se atrevió a responder. La profesora dirigió una mirada al auditorio en silencio, satisfecha ante la reacción de los padres; tras asentir con la cabeza, continuó en tono pausado—: El ganado, es decir, el rebaño, se define por las siguientes características: se cría en un ambiente artificial creado por el hombre, se alimenta a través de dispositivos mecánicos, vive protegido de la amenaza del medio natural, se lo somete a técnicas de mejora desarrolladas por el hombre y

su proceso de muerte es controlado.

»Este concepto lo introdujo un antropólogo alemán en 1934. Señores, teniendo en cuenta lo dicho, ¿qué animal de ganado creen que corresponde con esas condiciones? ¿Los terneros? ¿Cerdos? ¿Caballos? ¿Gallinas? —La profesora hablaba gesticulando para atraer la atención de su público; tras una significativa pausa, añadió—: Pues ninguno de ellos. Se trata de nosotros, los seres humanos. La especie humana. El hombre contemporáneo. ¡El animal de rebaño es el hombre, sí!

Oshiko, desde su posición de espectadora, se sintió como una muñeca incapaz de articular palabra. La profesora prosiguió con su argumentación:

—Así es. Todas esas circunstancias coinciden a la perfección con el mundo actual. Vivimos en una infraestructura y una sociedad de la información gigantescas creadas por nosotros mismos; rodeados de tiendas de conveniencia abiertas día y noche, residimos en casas capaces de resistir terremotos construidas en las cercanías de ríos con riberas totalmente remodeladas; recurrimos a medios de reproducción artificial para procrear, pero si la evaluación preparto no da buenos resultados interrumpimos el proceso. Nos sometemos a continuas operaciones de estética y evitamos por completo la muerte si no cumple los requisitos, impuestos por nosotros, de que sea sin dolor o considerada digna. ¿No es ésta la vida del rebaño? En esta sociedad civilizada todo se reduce a ser parte del rebaño. Encima, llegados a este punto, hemos acelerado el proceso. ¿Saben cuál es la causa de todo esto? Sí, ¡el uso de dispositivos digitales conectados a la red!

Se oyeron algunos aplausos entre los asistentes como empujados por el tono insistente de la diatriba. Oshiko, mientras escuchaba disimuladamente un vídeo, miró de reojo a su lado; la madre de Kopi, inclinada hacia delante, prestaba mucha atención.

El discurso de la profesora continuó sin perder intensidad:

—Rechazar internet es la reacción normal que debemos tener como seres humanos. Nuestro mundo no es el virtual, debemos educar a nuestros hijos en un espacio real.

A medida que se dejaba llevar por el ímpetu de sus

argumentos movía con aspavientos los brazos y sus palabras parecían prender incendios aquí y allí.

—No somos cerdos. Tenemos que defender por nosotros mismos a nuestros hijos de esta sociedad enloquecida.

Levantaba tanto la voz que Oshiko, sobresaltada, miraba a su alrededor; había asistentes que asentían a cada una de las palabras de la profesora y tomaban nota entusiásticamente. Al ver a una mujer juntando las manos en actitud fervorosa, se acordó de las burlas que corrían por internet tildando de «creyentes» a los seguidores de esta pedagoga.

La sensey Sasago, sonriente, definía a los críos con «síndrome offline» como «niños con un don especial» o aludía a menudo al «trastorno de la originalidad». Oshiko, en cambio, percibía todo con un regusto a dulce envenenado embadurnado de azúcar; al fin, alguno de los asistentes empezaron a venirse abajo y rompieron a llorar.

Prosiguió la conferencia, llena de duras críticas tales como «No es recomendable el contacto con contenidos de internet» o «Son contenidos perjudiciales para el cerebro infantil y destruyen la estructura mental». Oshiko, al escucharla, sentía que se le revolvía el estómago, pero justo cuando calibraba una nueva escapada al lavabo apareció el hombre, entrado en años, con gorrita deportiva que les había atendido antes en la recepción.

—Bien, si les parece, procederemos con el turno de preguntas —dijo.

Oshiko respiró aliviada.

Los padres y madres, tal vez ya con las dudas preparadas desde casa, empezaron a levantar la mano y, uno tras otro, preguntaron con interés.

—¿Por qué este colegio es un internado? ¿Se puede venir sin residir aquí?

—No, no se puede. Miren, desde mi posición como profesora escolar he tratado con más de mil críos diagnosticados con trastorno *offline* y les aseguro que a los niños les brillan los ojos en cuanto se alejan de sus padres con un destello diferente en la mirada; créanme, se llenan de vida, es algo que veo constantemente.

—¿Qué es lo más importante para ellos?

—Lo más importante es que corran libres cada día por el campo.

—¿Tienen algún contacto, por mínimo que sea, con internet?

—No, es inaceptable. Internet es muy perjudicial. En cuanto ese veneno se infiltra en su cuerpo, deja de ser su hijo. Daña el cerebro y termina por destruir su estructura mental.

—¿El gluten de la harina *fu* realmente es tan beneficioso para el cerebro?

—Míreme a mí, yo me crie en una tierra productora de tofu y lo he comido a diario desde pequeña. Por supuesto, ahora también sigo tomándolo con la sopa de miso cada mañana.

Oshiko miraba de reojo y con cierta envidia a los progenitores que preguntaban con tanto entusiasmo. De repente se acordó de la madre de Kopi; sentada a su lado, llevaba callada un buen rato. Se puso a observarla. Supuso que estaría asintiendo con enérgicos cabezazos, tomando notas o en actitud de escucha fervorosa; sin embargo, parecía extrañamente tensa. Mientras observaba a la amiga con detenimiento, tomaba unas pequeñas ciruelas secas que había escondido en el bolso; en ese momento la madre de Kopi, mirando con fijeza a la profesora en lo alto de la tarima, levantó con decisión la mano.

—Por favor.

—Sí, adelante, pregunte, por favor.

La sensey Sasago respondió haciendo un gesto con la mano; inmediatamente, un ayudante se acercó a entregarle el micrófono a la madre de Kopi.

Ésta se puso en pie con él en la mano sin apartar la mirada de la conferenciante y comenzó con unas palabras de cortés agradecimiento:

—Me parece excelente lo que explica sobre su compromiso por recuperar lo que auténticamente nos hace humanos en educación infantil. Me impresionaron sus palabras de verdad.

La profesora, con una ligera sonrisa en los labios, pasaba un paño por las lentes de sus gafas describiendo el signo de infinito: ∞.

—Muchas gracias, yo también me alegro de que esté de acuerdo conmigo.

—Pero… —La madre de Kopi cortó a la profesora sin esbozar ni una leve sonrisa para rebajar la tensión del momento y prosiguió—: Me pregunto por qué no menciona en qué clase de adultos se convierten los niños del colegio tras su graduación. Por ejemplo, qué porcentaje accede a la universidad, qué porcentaje entra en el mercado laboral, el porcentaje de matrimonio, partos o el promedio de ingresos anuales. Cualquier dato sería de agradecer. O bien el porcentaje de divorcios y suicidios. Profesora, si no me equivoco, creo que en sus publicaciones tampoco se refiere a dichas cuestiones, ¿verdad? Mi hijo está a punto de cumplir los seis años y también tiene problemas por su desconexión con todo el mundo virtual de la red. Aunque todavía no me han dado ningún diagnóstico, me gustaría que entrase en este colegio. Sin embargo, me queda una duda, ¿cómo pueden desenvolverse en la sociedad los críos después de recibir durante doce años una educación que insiste en lo perjudicial de internet? Hoy en día, hasta la agricultura está completamente controlada de forma artificial. Al venir hoy, pensé que nos daría alguna explicación en ese sentido. Por favor, ¿podría demostrarme, de algún modo, que los niños salen de este colegio consiguiendo ser más felices?

La madre de Kopi terminó de hablar dando un tono serio e imperativo a sus palabras; después, devolvió el micrófono al encargado sujetándolo con firmeza con ambas manos y se sentó. El silencio inundó el pabellón y enfrió momentáneamente el entusiasmo reinante. La mirada de los asistentes se concentró en la ponente, la sensey Sasazuka Sasago. Oshiko también seguía muy atenta el desenlace; en ese momento la directora se quitó las gafas y se llevó la mano a los ojos como si fuese a tocarse los lagrimales. Tras una pausa significativa, retomó la palabra:

—Si se trata de una demostración, la tengo —afirmó rotundamente y volvió a ponerse las gafas para sugerir un cambio de atmósfera—. Sin embargo, permítame decirle que desear que nos demuestren que seremos felices manifiesta un

pensamiento demasiado enfocado en los resultados. Me parece evidente que esa actitud es una consecuencia de los valores perjudiciales de la sociedad en que vivimos. ¿Por qué buscamos con tanto ahínco resultados garantizados? Mire, como madre sabrá que lo importante es que los niños, como seres humanos que son, experimenten verdadera y plenamente la alegría. ¿No le parece que lo importante es que descubran por sí mismos la fuerza de la vida? Si insinúa o trata de decir que hay algo más importante que eso para los niños, es probable que no haya comprendido aún el ideario de nuestro colegio. Sepa que nadie la obliga a matricular a su hijo en este centro. Si decide educarlo en otro lugar, la entenderé.

—Yo —dijo la madre de Kopi, levantándose— sólo quiero que me diga si mi hijo será feliz.

—El concepto de la felicidad es algo subjetivo. En este colegio cultivamos, precisamente, la capacidad para vivir dicha felicidad.

—Sí, sí, lo entiendo, pero hoy en día hasta la agricultura está controlada de forma artificial. ¿Cómo podrá en esta sociedad…?

La sensey Sasazuka Sasago, obviando a la madre de Kopi, desvió la mirada del público. En ese instante, el hombre de la gorrita intervino enseguida, como activado por un resorte.

—Perdonen, pero ya no queda más tiempo. Lo sentimos mucho, tenemos que pasar a la siguiente cuestión —se disculpó educadamente y dio por cerrado el turno de preguntas.

—Disculpen, pero me esperan unos invitados— dijo la directora con aire molesto mientras abandonaba por un lateral el escenario.

La madre de Kopi, estupefacta, se quedó de pie como un juguete olvidado.

A continuación, subieron al escenario unos padres con un hijo matriculado en esa escuela. El matrimonio, sin prestar atención a la madre de Kopi, todavía de pie, empezó a hablar con entusiasmo de su experiencia en el colegio con un hijo con severos problemas de *offline*. Tras asistir a reuniones informativas de centros privados por todo el país, decidieron matricular en éste al niño. Pese a tener que invertir sus

ahorros, pensaron que sería beneficioso para él. Todavía no se había graduado, pero toda la familia estaba segura de haber tomado la decisión más acertada; hablaron así rememorando lo sucedido estos años a la vez que expresaban su gratitud al colegio. La sensey Sasazuka Sasago, hasta entonces desaparecida entre bastidores, reapareció con un impecable oportunismo apoyando afectuosamente las manos en los hombros del matrimonio. A excepción de la madre de Kopi, ignorada, el ambiente en el escenario del pabellón, con aplausos generalizados, concluyó como el último acto de un programa exitoso en su última emisión.

Al final, la sensey Sasazuka Sasago, micrófono en mano y mirando a todo el público, dijo:

—Bien, quisiera terminar aquí. Puede que les cueste aceptarlo, pero ustedes son ahora como un rebaño de seres humanos a quienes les arrebataron la «alegría de vivir». En China, por lo visto, antes empleaban un sistema para conectar el retrete de la casa con el establo de los marranos por medio de un agujero; tras hacer uno sus necesidades la deposición iba a parar directamente por el agujero hacia el establo y servía de pienso a los marranos. Todo cuanto les aporta la sociedad y ustedes consideran beneficioso es, en realidad, pienso suministrado por susodicho sistema, excrementos que denominan pienso o forraje, eso es lo que es. Padres y madres, les pido por favor que hagan el esfuerzo de imaginarse seriamente a sus hijos con la boca abierta esperando debajo de las posaderas de alguien. ¿Les parece ésa nuestra tarea como seres humanos?

Tras retirarse la directora, al final repartieron folletos con información del colegio. Una rápida ojeada bastaba para darse cuenta de la exorbitada suma de los gastos por matriculación, pago de las clases, internado, etcétera. Oshiko, sin pensárselo dos veces, preguntó al hombre de la gorrita que había repartido las octavillas, esgrimiendo la suya:

—Perdone, ¿puede aclararme qué tipo de contribución es ésta?

Él, como si hubiera visto una libélula en un sendero entre campos de arrozales, dijo a manera de explicación:

—Ah, ¿se refiere a esto? Se trata de una cantidad que las familias pueden donar en señal de agradecimiento, no es un pago obligatorio. Es que nuestro colegio no recibe subvenciones estatales.

—En caso de contribuir, ¿resulta ventajoso para pasar el examen de entrada?

—No sabría qué decirle, soy un simple empleado.

Poco después, tras recabar información, resultó que el señor mayor no era un simple empleado, sino el mismísimo vicepresidente del colegio y, además, marido de la sensey Sasazuka Sasago.

Sin embargo, Oshiko en ese momento no lo sabía.

—¿Es cierto que la profesora sigue ejerciendo? —preguntó, queriendo asegurarse de hasta qué punto era verdad todo.

El hombre desvió la vista hacia los lados y después, dando a entender que estaba ocupado, con una inclinación de cabeza le dijo:

—Eh… Bueno… Muchas gracias por su visita. —Luego se marchó a toda prisa.

Oshiko miró a la madre de Kopi, a su lado, sentada en la silla plegable agotada como un títere al que hubieran cortado el hilo.

Los padres y madres empezaron a marcharse formando una larga hilera hacia la puerta del pabellón deportivo.

Oshiko, a su vez, recogió el abrigo del respaldo de la silla y se levantó; sin embargo, la madre de Kopi seguía inmóvil, con la vista clavada en el techo.

—¿Qué te pasa? ¿Vamos? —le dijo, volviendo a sentarse.

—Ah, sí, perdona. Sal tú primero, enseguida voy —contestó aquélla medio ida; parecía sufrir uno de esos mareos ocasionales que se producen tras un baño muy caliente.

—¿Estás bien? —dijo Oshiko, mirando por el rabillo del ojo la oleada de padres caminando, como absorbidos, hacia la puerta.

La madre de Kopi se quedó mirando una bombilla verde de una lámpara en el techo y no parecía por la labor de moverse.

—Hubiera sido mejor no haber venido —susurró.

—¿Por qué lo dices? —dijo Oshiko mientras se quedaba

mirándola.

—Ahora sí que estoy hecha un lío. Creía que educar con valores humanistas a mi hijo era lo correcto, pero, si es verdad que todos vivimos en este mundo como si fuéramos un rebaño, ¿qué sentido tiene educarlo con los valores de la humanidad?

—Sentido no creo que tenga ninguno —repuso Oshiko, sacando un tubo de crema del bolso; después se echó a reír mientras se la extendía por el dorso de la mano— .¿Te refieres a vivir como ser humano? Lo raro es querer buscar un sentido a lo que nos humaniza.

La madre de Kopi abrió imperceptiblemente los ojos y, mientras se levantaba de la silla, la miró con fijeza y le dijo:

—Oshiko, ¿tú no quieres que tus hijas, Hara y Tsumu, vivan como seres humanos de verdad?

—¿Como seres humanos? Eso es imposible —repuso ella sin poder aguantarse la risa.

La madre de Kopi, sin entender por qué se reía, insistió:

—¿Por qué te parece imposible? Oshiko, ¿acaso no estás siempre muy pendiente de comprar productos de cultivo ecológico y orgánicos? ¿Acaso no quieres que tu familia se alimente como deberían hacerlo las personas humanas?

—Ah, si te refieres a eso, lo hago porque me gustan los retos sin más —dijo Oshiko—. Cada vez hay menos cultivos ecológicos y es divertido conseguir cosas difíciles de obtener. —La otra la miró; parecía que le hubieran quitado la única fuerza que le quedaba ya—. Además, tú misma lo dijiste una vez: «La propagación de este maldito aparato cambió radicalmente nuestra forma de ser, nuestro estilo de vida y hasta nuestra manera de pensar. Entonces, ¿no te parece un sinsentido que lo único que no cambien sean los valores que nos hacen humanos? —Tras hablar, tomó su abrigo y se levantó—. ¿No crees que lo mejor sería ir a comer algo rico antes de volver? Me muero de hambre.

Durante el trayecto de vuelta en *shinkansen* la madre de Kopi, sentada junto a la ventanilla, no abrió la boca. Miraba sin parar al exterior; parecía sin vida y su rostro decaído en unas pocas horas se veía más envejecido aún.

Por otro lado, Oshiko, que había reservado asiento de pasillo, veía vídeos en el móvil mientras vigilaba de refilón a su compañera y degustaba de muy buen humor un vino ecológico comprado en un puesto ambulante frente a la estación. Tras la reunión informativa de hoy, estaba si cabe más convencida de querer tener un hijo con trastorno *offline* mientras se echaba cacahuetes pelados a la boca; ya notando una leve embriaguez por el vino, comenzó a hablar con la madre de Kopi.

—Cuántas dudas, ¿verdad? Ahora tendrás mucho en qué pensar.

La mujer, al oírla, se mostró algo sorprendida.

—Oshiko, no pienso llevar a Kopi a ese colegio.

—¿No? ¿Y eso? —preguntó ella en voz alta, dejando a medias la operación de pelar un cacahuete—. Todavía hay tiempo. No tienes de qué preocuparte. Es una lástima que te decidas sin pensarlo bien.

—¿Una lástima, dices?

—Sí, claro —asintió Oshiko ante la extrañez de la otra—. Cuando tenemos dudas es porque no sabemos qué contenido u opción elegir de tantos que hay a mano, ¿no? No es que lo critique; al contrario, puede irte bien experimentar dudas antes de tomar una decisión. ¿No es cierto que tú eras muy aficionada a preguntarte por lo propio del ser humano?

—¿Acaso te pareció que eso no era más que una afición personal, que sólo practicaba por gusto? —dijo la madre de Kopi mientras la miraba, ladeando el cuello.

—Perdona, lo que quería decir es que ésos son tus principios. —Oshiko se sintió obligada a rectificar; en su cara se apreciaba ya el enrojecimiento causado por el vino.

La mujer la miraba como si no entendiese lo que sugería la cara de su amiga; al fin, como si se riese de sí misma, dijo:

—Si te digo la verdad, me gustaría ser como tú, Oshiko —susurró escuetamente.

—¿Como yo?

—Así es —dijo la amiga, con una sonrisa amarga—. Así yo también podría estar más tranquila.

—¿De verdad quieres vivir sin preocupaciones? —le

preguntó, seria y algo ruborizada, Oshiko—. En ese caso, no podría negarme a echarte una mano, pero entonces tú también serás igual que los demás, ¿lo entiendes? —La madre de Kopi se quedó callada. Oshiko, que observó que la otra apretaba los nudillos sobre las rodillas, continuó—: De todos modos, me alegro de que al final te decidieras. A partir de ahora, en esta época somos los padres y las madres lo que debemos decidir qué hace felices a nuestros hijos.

Tras las ventanas del tren ya había anochecido. Se reflejaba en el cristal la figura de la madre de Kopi, sumida en la preocupación. Oshiko saboreaba despacio su copa de vino ecológico mientras era testigo de ello.

El tren recorrió el trayecto según lo previsto y llegaron a tiempo al colegio para recoger a los niños. Mientras marcaban en el dispositivo de asistencia escolar la hora de salida apareció Yatsuko, una madre del mismo curso que sus hijos; ésta se pasó la mano por encima del vientre, recientemente más abultado.

—¿Y ese traje? No sueles vestirte así, ¿verdad? ¿De dónde vienes? —le dijo a Oshiko.

—¿El traje? Nada de particular.

Para disimular, se subió la cremallera del abrigo afectando naturalidad; la madre de Kopi, en cambio, evitó mirar a Yatsuko. Ésta, a su vez, desde el fondo de sus gafas le echó un vistazo a aquélla y siguió andando junto a Oshiko hacia la clase Zupopo.

—Por cierto, ¿tu hija Hara ya practica en casa para el concierto de graduación del colegio? ¿Qué va a tocar?

—Será la directora de orquesta.

Yatsuko, con cierta envidia, le preguntó de nuevo:

—¿Sí? ¿De verdad? Guau, entonces tendrá mucho protagonismo, ¿no? Por cierto, ¿ya ha hecho de directora antes?

—No. El profesor la propuso porque, por lo visto, lo hace con bastante precisión.

—Vaya con Hara, está hecha toda una niña ya. Mis hijos tocarán el xilófono metálico.

—¿Los dos?

—Sí, así, si uno se equivoca, no se notará. Aunque si te digo la verdad preferiría que tocasen el xilófono de madera.

—De todos modos, para los niños es la primera vez que tocan con instrumentos de verdad. No hay que darle importancia si se equivocan.

—Es cierto. De hecho, como dice todo el mundo, el concierto es un evento para que disfruten padres y madres.

—Claro que sí. Estos actos siempre son emocionantes. —Al llegar a la entrada de la clase Zupopo, Oshiko se fijó en el vientre, algo abultado, de Yatsuko y le preguntó—: ¿Ya empezaste la formación prenatal?

—Sí, sí. Por cierto, ¿sabes qué? El otro día por fin me hice la operación.

—¿Sí? ¿Te refieres a…?

—Sí, sí. Esa operación. Por eso ahora el bebé está conectado a internet todo el rato.

La educación en periodos tempranos del crecimiento se había desarrollado de forma exagerada desde que Oshiko concibiese a Hara; últimamente era muy normal colocar un implante en la parte inferior del vientre de las embarazadas con el fin de crear un entorno de realidad virtual en el útero; ésa era la formación prenatal de moda entonces.

—Qué suerte —dijo Oshiko, con cierta envidia, mirándole el vientre a Yatsuko—. ¿Ya sabes el nombre?

—Sí. Se llamará H chan Hieru.

—¿H chan Hieru? ¿Qué significa?

—Pues, si te digo la verdad…, lo saqué de una aplicación para nombres.

—Ah, ¿sí? Bueno, pues está muy bien, ¿no?

Mientras charlaban de pie junto a la clase apareció el sensey Yoppoin:

—Hola, mamás. Hoy los niños pasaron un buen día, sin novedad.

—Buenas tardes, profesor.

Al lado de Oshiko y Yatsuko, que saludaron cordialmente al maestro, estaba la madre de Kopi; seguía cabizbaja y taciturna, con la mirada perdida en el suelo.

Hara apareció con su impoluto uniforme blanco y la mochila al hombro, tan nuevos que parecían recién comprados; sin embargo, Kopi seguía sin salir. El sensey Yoppoin, desviando la mirada hacia el suelo, rozó con un dedo el dispositivo ultrasensible del lóbulo de su oreja y de repente, como si recordara algo, levantó la mirada y en voz baja dijo:

—Ah, disculpe, madre de Kopi, este mediodía su hijo se enfadó porque no quería participar con sus compañeros en las prácticas para el concierto de la orquesta; ahora está en la clase de al lado practicando solo el tamborcillo.

—¿Dice que está solo?

—Bueno, ya sabe que Kopi cuando decide algo es bastante tozudo. Entre todos se lo intentamos explicar, pero no hubo manera…

La madre de Kopi, al oír al profesor, puso cara de circunstancias y se disculpó.

—Realmente es un niño especial. Lo normal es que, a partir de los cinco años, la mayoría de los críos, incluso los más rezagados, hagan caso de lo que dicen los adultos sin plantearse preguntas.

Oshiko, al oírlos, se acordó de un día en que se produjo una de las mayores nevadas en cinco años; ambos tuvieron una conversación parecida. En la reunión de la mañana, cuando los profesores advirtieron a los niños que no debían tocar la nieve y ellos contestaron con un escueto y obediente «Vale», Kopi fue el único que durante más de una hora estuvo preguntando insistentemente: «¿Por qué? ¿Por qué no podemos tocar la nieve?», y por eso desde el colegio se pusieron en contacto con la madre.

El profesor dijo: «Cuando le explicamos que la nieve está sucia por la polución atmosférica, él replicó: “¿Por qué no se pueden tocar cosas sucias? ¿Por qué?”»; así estuvo un buen rato. El tono del sensey Yoppoin en aquella ocasión, al igual que hoy, incluía una crítica soterrada, dicha como si tal cosa, hacia la educación que le estaba dando ella como madre a su hijo. Desde que la madre de Kopi, tras cambiarlo de colegio de preinfantil, matriculó a su hijo aquí, la habían tratado muy bien, teniendo en cuenta las probables dificultades que

atravesaría en dicho cambio de centro como madre divorciada. Sin embargo, debido a que Kopi siempre se comportaba de forma diferente a sus compañeros y a que tenía un carácter peculiar, entre el profesorado caló la idea de que sin duda la culpa era de la educación que le daba la madre.

—Si no aprovecha este momento crucial en su crecimiento para que aprenda a aceptar lo que se le diga o enseñe tal cual, sin pensar en nada más ni darle vueltas; si no logramos que adquiera mediante la educación una capacidad de desenvolverse normalmente como el resto de los críos, es muy probable que un niño como Kopi, cuando empiece la educación primaria, se encuentre con muchas dificultades.

La madre, ante la advertencia del profesor, con una mezcla de rebeldía y alivio, levantó la mirada y replicó como haría una persona al sentirse amenazada:

—Ése es el problema, ¿verdad? Mi hijo tendrá serias dificultades al empezar la educación primaria; se trata de eso, ¿cierto?

—Puede que sí. También cabría la posibilidad de que Kopi sea alérgico.

—¿Alérgico?

—Sí, a los entornos digitales. Como sabrá, suelen recomendar dar pequeñas cantidades de huevo o trigo a los niños alérgicos desde pequeños. A propósito, ¿desde cuándo no pone en contacto a su hijo con dispositivos digitales?

—Pues no me acuerdo —contestó la madre de Kopi con voz apagada.

El profesor, con los ojos como platos, levantó un poco el tono.

—¿Cómo? ¿No lo recuerda? Puede que eso explique que en el colegio Kopi sea el único niño que hable con un «amigo imaginario», ¿no cree?

—Sí.

—Como le dije hace tiempo, los críos que juegan con amigos imaginarios tienen muchas posibilidades de tener problemas de desarrollo.

—Sí.

—A partir de ahora, en el mundo de hoy los niños necesitan

desarrollar un carácter uniforme que los haga igual que los demás. Aunque no sepamos cómo será el mundo en el futuro, es evidente que cada vez será más necesario tener «competencia y capacidad para adaptarnos a cualquier medio y para no sentirnos a disgusto aunque estemos continuamente expuestos a una realidad virtual». Le recomiendo que provea a Kopi de un entorno en el que esté conectado todo el rato a internet; es importante que usted también lo eduque para que fomente esas competencias tan necesarias.

El profesor, tras estos consejos, saludó sonriente a otras madres y se marchó.

Oshiko, que, desde cierta distancia, no se había perdido ningún detalle de la conversación, se acercó por detrás a la madre de Kopi y le dijo:

—¿Estás bien?

La amiga, cabizbaja, levantó la cabeza; tenía la mirada perdida, embobada como un pez fuera de su ambiente al embarrancar en la arena, y parecía sentirse muy vacía. Oshiko se emocionó al pensar en qué sería a partir de ahora de esta madre. En ese momento, de los labios bellos de la mujer brotaron las siguientes palabras débilmente susurradas:

—Oshiko, necesito ponerme bien cuanto antes.

Domingo. Al darse cuenta del nerviosismo de la madre de Kopi, mientras esperaban en la sala de espera de una clínica a la que han ido juntas, levantó la mirada del móvil y le preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí —contestó aquélla con la voz algo ronca y la misma cara pálida que un niño al que lanzan a una piscina sin saber nadar.

—Mira que te dije que sólo hacía falta que se lo pusieses a Kopi —dijo Oshiko.

—No, no quiero que se lo ponga sólo él. Jamás. Me vuelvo loca de pensar que sería yo la única sin hacerme la operación. —Con el gesto contraído como si estuviese a punto de vomitar, miró, inquieta, alrededor y en voz baja dijo—: ¿Cómo puede estar tranquila toda esta gente?

Las paredes y los muebles de la sala de espera armonizaban en tonos claros y el hilo musical emitía una suave melodía de caja de música. En el mostrador había un dispositivo, ninguna persona de la clínica atendiendo; en las sillas con cojín junto a la pared había gente esperando su turno para ponerse un implante electrónico, como la madre de Kopi y Oshiko, que la acompañaba.

Un par de chicos jóvenes, tal vez pareja; una apenas estudiante de bachiller, y hasta una señora que rebasaba los ochenta años; pero, tal como había dicho la madre de Kopi, todos parecían tranquilos y a sus anchas, como en el salón de su casa.

—Pues porque sí. Hacerse el implante apenas lleva cinco minutos. Tú también ya verás lo tranquila que te quedas en cuanto te lo pongas, pero ¿seguro que no preferirías ponértelo con tu hijo a la vez?

—No, no quiero. Primero yo; o eso o nada.

La madre de Kopi vigilaba con la mirada una pantalla grande cerca del techo; ladeaba el cuello y se ponía en guardia como un bichito ante el peligro. En el monitor se anunciaban los turnos; todavía faltaba un rato y había varias personas por atender antes. Oshiko, al percatarse de ello, mientras buscaba con la mirada a Kopi y Hará, que acaban de ir al lavabo, dijo:

—Ya, te entiendo. Pero ¿qué explicación le diste a Kopi sobre nuestra visita de hoy a la clínica?

—Anoche le conté que me pondría el chip, pero…

—Ya, ¿y cómo reaccionó?

—Se quedó un poco confundido. Es comprensible; yo siempre le decía que estaba en contra de estos dispositivos.

—¿No te preguntó el motivo?

—Sí, pero me limité a decirle que, en cualquier caso, yo lo haría primero para asegurarme de que no es peligroso.

—Ya veo. Entonces, ¿estuvo de acuerdo? —Oshiko levantó un poco la voz y su amiga negó con la cabeza.

—No, evidentemente que no. —Prosiguió—: Dijo que no quería y muy enfadado se puso a llorar y gritar; de hecho, traerlo hoy ha sido muy difícil.

—Vaya, por eso estaba tan enfadado.

Oshiko asintió, acordándose de la pataleta de Kopi en la entrada de la clínica, que se había tirado por el suelo entre llantos. La madre volvió a suspirar, desconsolada, como si le estrujasen los pulmones a la vez que se llevaba las palmas de las manos a los ojos enrojecidos.

—Oshiko…, si te digo la verdad, no sé si estoy haciendo lo correcto. ¿Seguro que no habrá ningún problema? Al pensar que tal vez esté cometiendo un error irreparable me vuelvo loca…

—Si no estás segura, puedes echarte atrás. Pero ¿no querías ponerte el dispositivo sin darle más vueltas? —dijo mientras elegía un vídeo en su móvil—. Además, si no te convence, fácilmente puedes extirparte el chip. No hace falta que pienses tanto, ¿no crees? Fíjate, por ejemplo, en ese bebé; también en breve van a implantarle el chip. —Dirigió la mirada a una mujer que estaba sentada en una esquina de la sala de espera; ésta tenía entre los brazos una mantilla de cuyos extremos del tejido blanco asomaban unas manitas y unos piececitos que se movían con brío.

—¿Ese bebé tan pequeño también…?

—Pues claro. A Hara, sin ir más lejos, mucho antes que a ese bebé le implantaron un microchip de reconocimiento individual.

—Es increíble. Y, dime, ¿para qué?

—Es una medida de prevención por si se pierde o tiene un accidente o percance. Hasta los tres años puedes recibir una ayuda económica para el implante, ¿no lo sabías?

—Y si fuera perjudicial para la salud, ¿qué harías? —dijo la madre de Kopi, ladeando el cuello sin ocultar su malestar.

—No hay ningún problema. La información está publicada con detalle en la web del Ministerio de Salud.

—Sí, pero si hubiese un fallo…

—La operación la realiza un dispositivo de inteligencia artificial, no hay fallos posibles.

Oshiko apartó la mirada del móvil; ciertamente le pegaba el mote de «mujer cavernícola», aunque fuera ella la que se lo había puesto, se dijo. La madre de Kopi, en silencio, miraba al suelo; parecía dispuesta a desaparecer sumergiéndose bajo una

alfombra. En ese momento, sonó un suave timbre y la mujer levantó la vista como si recibiera un balazo. En la pantalla había un nuevo número.

—Es nuestro turno, nos toca.

Los dos chicos, sentados al lado, se pusieron en pie y, charlando animados, se encaminaron por el pasillo hacia la sala B indicada en el monitor. Tal vez eran pareja. Recientemente, entre los jóvenes menores de veinte años estaba de moda una operación mediante la cual se sincronizaba una parte de la percepción entre dos personas. Oshiko, mirando risueña a los dos jóvenes, emocionados y expectantes, de nuevo se puso a manipular su móvil; en ese momento, la madre de Kopi se levantó con el papel del turno arrugado en la mano y avanzó como atraída por la pared de enfrente. Allí había un monitor que mostraba la información sobre los tipos de operaciones y precios, así como detalles sobre cada parte y las clases y características de los dispositivos de implante. «¡Promoción para padres e hijos esta primavera!». La madre de Kopi empezó a leer toda la información como devorándola; a Oshiko, en cambio, aquellos datos no le producían mayor encanto que el que le provocaría un simple menú de restaurante.

—Mamá.

Se giraron al oír las voces. Ya habían vuelto del lavabo los niños. Hara llevaba de la mano a Kopi, que tenía los ojos enrojecidos.

—Vaya, sí que habéis tardado, ¿qué ha pasado? ¿Os habéis perdido?

Hará, que incluso en días festivos iba vestida con el uniforme blanco del colegio, porque, según decía, no quería ir con otra ropa o apariencia, contestó a su madre:

—No —dijo, negando con la cabeza y agitando sus dos trenzas al aire—. Acabo de explicárselo bien a Kopi. Le dije que no da ningún miedo ponerse el mecanismo.

—Ah, entonces era eso.

Oshiko observó al niño. A pesar de que en todo el rato no había dicho palabra, parecía ya de mejor humor.

—¡Sí! —dijo, asintiendo con la cabeza—. Yo también me

pondré un aparato a la vez que Hara. ¡Kopi también será un aparato de inteligencia artificial bien chulo!

—Me lo has prometido, ¿verdad, Kopi?

—¡Sí!

Oshiko, mientras echaba un rápido vistazo a la madre del niño, que seguía leyendo la lista de operaciones quirúrgicas, le preguntó:

—Vaya. Pero ¿estás seguro, Kopi? Antes decías que odiarías convertirte para siempre en un dispositivo digital, ¿no?

—Sí. Pero, si me pusiese el aparato, me convertiría en inteligencia artificial y así tendría más poderes y podría intercambiar contenidos de información con el sabio astrónomo las veinticuatro horas del día. ¿A que sí, Hara?

—Claro —asintió mientras acaparaba con la mirada a Kopi sin pestañear—. Con la inteligencia artificial, además de estar conectado las veinticuatro horas del día con el sabio astrónomo, podrás compartir información con todo el mundo. Por eso lo mejor que puedes hacer es ponerte el aparato, así podrás «ser feliz» en el futuro. ¿A que sí, mamá?

Oshiko miró a los dos niños cogidos de la mano y tardó un poco en contestar.

—Sí, sí, claro.

—¿Mamá?

La aludida, al darse cuenta de que Hara la miraba extrañada, añadió:

—No, no es nada. —Trató de disimular con una respuesta vaga a la vez que se tocaba la palma de la mano; el sonido del vídeo de su oreja derecha se mezclaba con el audio de la izquierda, que le recomendaba una canción de los «¡grandes éxitos de invierno!». Oshiko sonrió forzadamente—. Sí, tal como dices tú y todo el mundo, así podremos ser felices.

—Kopi, ¿has visto como era verdad lo que te dije?

—¡Sí!

—Cuando acabe el cole me prometieron que podré elegir el aparato que más me guste para ponérmelo. Cuando llegue ese día, tú también, ¿vale?

—¡Vale! Pues yo me pondré antenas.

—Yo prefiero una aplicación ocular.

Oshiko observaba con una sonrisa en los labios aquel intercambio de inocentes e infantiles opiniones; poco después desvió la mirada con intención de colocar el móvil en un lugar más visible.

Justo antes de fijar su atención en la pantalla, tuvo una impresión extraña, como si hubiera oído una voz en un rincón del cerebro, pero, sin darle más importancia, rozó el lóbulo de la oreja con un dedo y triplicó la velocidad de reproducción del vídeo.

Después aquel día, durante dos semanas no volvió a saber nada de la madre de Kopi.

—Tal vez no fue buena idea recomendarle tanto la operación.

Oshiko cerró el ordenador portátil, agotada de hacer búsquedas por internet, dejando escapar un suspiro.

Quizá la hora de llevar o recoger a su hija del colegio era demasiado pronto. Hasta entonces, siempre solía encontrarse con la madre de Kopi al ir a recoger a Hara, pero últimamente había dejado de verla. Oshiko, un poco preocupada, por supuesto probó a ponerse en contacto varias veces, pero sus llamadas eran rechazadas y los mensajes de texto parecían pendientes de leer, sin la notificación de lectura. Probó a dejarle una nota en el cajón del casillero de los zapatos de Kopi, colocado a la entrada del colegio, pero al día siguiente se encontraba el sobrecito intacto con la nota en el cajón de su hija Hara.

Aquellos días Oshiko estaba preocupada de verdad.

Como ya le había pasado en otras ocasiones, una vez que perdía interés en alguno de sus contenidos preferidos, ya no le apetecía por más que intentase recuperarlo. Conocedora de su defecto, pensó que tenía que hacer algo urgentemente para evitar perder por completo el interés en Kopi y su madre y estropear aquella relación en la que tanto se había esforzado.

Pero ahí no acababa todo.

Durante el periodo que dejó de tener contacto con la amiga, Oshiko no paró de buscar información en internet y adquirir las aplicaciones o contenidos más de moda. Empezó a

experimentar que aquel contenido que iba más allá de lo relacionado con la madre y su hijo ya no le entusiasmaba, y con pensamientos tales los contenidos artificiales dejaron de satisfacerla cada vez más. Conocedora precisamente de esa característica suya, Oshiko pensó que tenía que encontrar alguna solución pero esta situación empezó a darse antes de que amainara el celo por cuidar la relación madre-hijo a la que daba tanta importancia.

Volvió a suspirar. Se levantó de la silla y abrió la nevera. Se sirvió un vaso de su gaseosa de sal favorita para ver si así cambiaba de humor, pero al saborearla enseguida se arrepintió.

Aquella bebida que tanto le gustaba y solía comprar por encargo ahora le resultaba insípida. ¿Tal vez había bebido demasiado? Las primeras veces que la tomó le pareció fuerte, pero luego, tal vez porque se acostumbró por completo a la fuerza de su gaseosa, por más que bebiese, pasaba por la garganta como si fuese agua insípida y le parecía increíble.

Decepcionada, durante unos instantes Oshiko se quedó de pie en la cocina; de repente, como si se hubiera acordado de algo, tomó un jersey del respaldo de la silla, se lo puso sobre los hombros y se acercó a la ventana corredera.

Descorrió silenciosamente la cortina y sintió el escalofrío del frío del exterior.

La abrió, salió al porche, se puso unas sandalias y se acercó al pequeño jardín exterior.

Durante unos instantes temió resfriarse al dejar el ambiente cálido del interior de casa con la calefacción puesta; sin embargo, el clima exterior era más templado de lo que suponía y en el aire se intuía ya el fin del invierno. Aunque ya estaba bien entrada la noche, el cielo nocturno, tal vez a causa del reverbero de las luces artificiales, brillaba débilmente. La hierba relucía con intensidad. En el jardín artificial, apenas diferente de uno real, ni siquiera con el frío las hojas mudaban en tonos ocres.

Los pasos sobre el césped de Oshiko al cruzar el jardín levantaron un agradable rumor. Se acercó a la valla colindante y echó una ojeada a las ventanas de la casa contigua de dos

plantas. A través de una de las cortinas abiertas se vertía al exterior un haz brillante de luz. Mientras miraba la ventana en la que se arremolinaban revoloteando los insectos, se tocó el dorso de la mano y susurró: «Exmarido».

Colgó la llamada al tercer tono y esperó bajo el marco. Al poco, se oyó abrirse la del segundo piso al tiempo que alguien se asomaba a ella: «¿Qué pasa?».

—¿Estás levantado? —dijo Oshiko, dirigiéndose hacia la silueta.

—Sí… ¿Y eso? Cuánto tiempo… —contestó, algo extrañado, su exmarido.

—¿Un año, tal vez? Es qué pasa muy rápido. Las niñas están bien.

—Sí, lo sé, las veo de vez en cuando.

Oshiko se fijó en que su exmarido se tocaba el tabique de su nariz pequeña; seguramente llevaba puestas las gafas de realidad virtual.

—¿Estabas jugando?

—Sí, claro.

Dicho esto, su ex se subió las gafas a la frente. Aunque no veía bien debido a los reflejos de la luz, era evidente la marca de la goma de éstas en su cabeza. Tratándose de él, un acérrimo aficionado a los juegos, no le extrañaría que se hubiera sometido a una operación de retina para implantarse un sensor con el que controlar todo su cuerpo; sin embargo, su ex en ocasiones tenía ciertas manías y solía decir: «Ya sabes que me gustan los sentidos innatos del cuerpo»; por eso cabía la posibilidad de que a día de hoy siguiese, tozudamente, un estilo de vida algo analógico aún.

—¿Qué querías? Es que ahora estoy muy ocupado con una reunión de trabajo. ¿Vas a tardar mucho? —Como de costumbre, contestó de malas maneras y a Oshiko se le fueron quitando las ganas de pedirle consejo sobre la madre de Kopi.

—No puede ser, no me lo creo, no me digas que sigues jugando al juego de rol de empleado de empresa —dijo Oshiko en alta voz.

El exmarido, tras relajar los hombros, repuso rotundamente:

—Sí, bueno, es que el juego dura hasta la jubilación. No

podría ser de otra manera, ¿no?

Oshiko no podía menos que sentirse sorprendida. Siete años atrás, cuando le dijo a su ex: «Tenemos que divorciarnos para conseguir más puntos en la valoración de ingreso de preescolar de Tsumu», su marido ya por entonces estaba enganchado al juego de realidad virtual *Trabajo en la oficina* lanzado por aquellas fechas.

Aquel día estaría en una entrevista de empleo virtual, porque su ex, tras disculparse con el director, se levantó, pausó el juego y, quitándose las gafas de realidad aumentada, dijo:

—¿Eh, divorcio? ¿Por qué?

Oshiko, observando sus ojos como de pez fuera del agua y ajeno a la realidad, repetió:

—Te estoy diciendo que quiero divorciarme. Siento decírtelo —le explicó brevemente.

—¿Hum? ¿Divorciarnos? ¿Por qué?

Su marido volvió a preguntar, despreocupado, como si se tratase de algo ajeno. Oshiko le explicó que para entrar en el colegio de preescolar al que quería llevar a las niñas debían obtener una puntuación superior a otras familias según un baremo basado en la situación laboral y familiar. Su marido, al que desde pequeño sus padres le habían dejado jugar sin límites, enseguida entendió el hecho de que sumaría puntos en su favor divorciarse y que su esposa se ocupase sola de las niñas.

—Ah, se trataba de eso, entonces. Vale, de acuerdo. —Al comprender la situación, asintió con total tranquilidad.

—Hay otros puntos que suman a favor, tales como estar a cargo de los padres, ser responsable del cuidado de niños enfermos o criar a unos gemelos, pero en nuestro caso creo que sólo tenemos esta última opción. Por supuesto, hasta que la niña se gradúe deberíamos estar divorciados oficialmente, sobre el papel. ¿Qué te parece? —Mientras le preguntaba, le mostraba el índice de baremos.

Él volvió a ponerse las gafas de realidad virtual y acto seguido le manifestó estar de acuerdo.

—Perfecto. Si eso es lo que nos conviene, bien.

—¿Seguro?

—Claro, será lo mejor.

A la siguiente semana tramitaron el divorcio sobre el papel; el exmarido volvió a casa de sus padres y enseguida tomó posesión de su habitación. Durante el día trabajaba desde casa y las noches, por lo visto, se las pasaba en vela jugando ante el ordenador. Cuando quería consultarle algo, en prevención de que se descubriese la triquiñuela legal y lo pusieran en conocimiento del colegio, como vivían en casas contiguas, convenía evitar las visitas y ponerse de acuerdo sobre cualquier tema hablando desde la ventana, como acababan de hacer. Hoy, durante su diálogo, era muy probable que el exmarido estuviese a mitad de una de sus partidas. Como habían pasado ya siete años desde el divorcio, Oshiko daba por supuesto que él estaría jugando a muchos juegos, y cuando se enteró de que seguía usando al simulador de empleado de empresa, además de sorprenderse mucho, no pudo evitar sentir cierta envidia por su ex y su capacidad de concentrarse en un solo contenido sin aburrirse. Se acordó de sus tiempos de casados y de aquella sensación, al estar con él, como de estar agotando excesivamente sus reservas de energía. Entonces se volvió hacia la silueta de la ventana y le preguntó:

—¿No te aburres de hacer lo mismo siempre?

—¿Aburrirme? En absoluto —dijo su marido, riendo mientras negaba con la cabeza—. Al contrario, cuanto más te concentras, más interesante es. Por cierto, ¿y tú? ¿Todavía sigues intercambiando cosas?

—Qué remedio —dijo un poco molesta Oshiko—. Por cierto, ¿ahora en qué departamento trabajas?

—Soy jefe del departamento de desarrollo comercial. Este verano me harán responsable de un nuevo producto, pero la verdad es que, al pedirle un presupuesto de trabajo a un importante diseñador, las cifras fueron desorbitadas; hasta los superiores se molestaron. Como el proyecto es clave para el futuro de la compañía, todos están muy concentrados.

Por supuesto, dicha empresa no existía en la realidad. El trabajo que hacía su exmarido cuando se llevaba las manos al pelo enmarañado de la cabeza en realidad era un juego de programación que servía como tratamiento de problemas

psicológicos. Por lo visto, era un simulador muy popular ahora que ya no había necesidad de desplazarse a la oficina; las personas como su ex, que añoraban la manera de trabajar a la antigua, gracias al simulador podían vestirse de traje en ese espacio virtual, subir a trenes atestados en hora punta, jugar al golf con clientes o entretenerse haciendo horas extras. Parecía tan divertido el juego que, en su tiempo, Oshiko también lo probó, pero la experiencia de rozarse con extraños en trenes atestados a punto de reventar y sentir dióxido de carbono flatulento expulsado por alguien sobre ella, por más que supiese que no era real, no le pareció suficientemente atractiva como para aficionarse.

Su exmarido, sonriente mientras refunfuñaba por el trabajo en la empresa, se tocaba a menudo el cuello dado de sí de su camiseta. Tal vez seguía teniendo la sensación de llevar puesta la corbata en su realidad virtual. Sobre la cabeza le flotaban unas ligeras estelas blancas, como si fuera una nube vaporosa desplazándose por una cinta de ensamblaje.

Oshiko iba a comunicarle que el próximo mes Hara se graduaría, pero, pensándolo mejor, no le pareció necesario decírselo de forma expresa. Una vez que terminase preescolar ya no harían falta los puntos para estar en el colegio y, por tanto, tampoco seguir viviendo como madre divorciada. Sin embargo, últimamente pensaba que sería agradable continuar disfrutando de las ventajas que aporta vivir sola sin marido y empezaba a replantearse las cosas. Llegado el momento de ir a por el tercer hijo, pensaba pedirle a su exmarido que la ayudase en el proceso de inseminación artificial, pero todavía no había pensado qué hacer en cuanto al registro familiar. Una posibilidad era elegir vivir como «segundas nupcias» y, en caso de que el futuro hijo necesitase puntos para entrar en preescolar, optar por la opción «segundo divorcio». Había esas dos opciones, según se decía. Oshiko, mientras disfrutaba imaginando esos vertiginosos y agradables contenidos vitales, veía a su exmarido hablando contento sobre los defectos de un empleado nuevo con menos rango. Al contraluz de la luz interior de la habitación no podía más que hacerse una idea aproximada de las facciones del rostro, pero ahora le parecía

mucho mejor su ex visto así, a baja resolución, que el que veía con claridad cuando estaban casados y convivían. Oshiko se dirigió a su exmarido, borroso como la estela de las nubes de aquella noche.

—Ya empieza a refrescar, me voy a dormir —dijo escuetamente antes de regresar al cálido interior de su casa.

Frente a la tienda había una bicicleta que le resultaba conocida.

Oshiko siguió sin más, pero de repente dio la vuelta y volvió a la tienda. Dejó la bicic justo al lado de la otra, con silleta infantil y sin cubierta para lluvia.

—Hara, venga, baja rápido. —Mientras decía así, abría impacientemente la cremallera del protector para lluvia dentro del que se cobijaba la hija en el asiento trasero.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, nada, venga, baja.

Oshiko le quitó el cinturón a la hija, que estaba jugando en el asiento trasero, la bajó en brazos de la bici y entró en la tienda tratando de contener el nerviosismo.

Nada más abrirse la puerta automática, oyó el llanto de un niño retumbando por toda la tienda.

Pasó entre varios estantes en busca de aquella voz que le parecía conocida. Al fin, al acercarse al lugar de donde procedía el llanto, efectivamente halló a un niño llorando y gritando tirado a lo largo del suelo. Al parecer, como ningún dependiente le había llamado la atención, el niño, con la cara enrojecida, lloraba a rabiar y parecía a punto de echar las vísceras por la boca. Tal vez no había ido nadie debido a que la gente estaba ya acostumbrada a que los niños obedeciesen sin más a los adultos; la cuestión es que los clientes que había en ese momento en la tienda se paraban a mirar al chiquillo como si se tratase de un animal extraño, pero después se iban precipitadamente. Oshiko miró alrededor; lo normal sería que su madre estuviera cerca; sin embargo, no había nadie.

—Hara, espérame aquí. —Dio una vuelta por la tienda hasta que encontró a la madre de Kopi de espaldas pagando en una caja automática sin dependiente—. ¿Estabas aquí? Menos mal

que te encuentro, tu hijo está allí armando un buen jaleo.

—Ah, Oshiko. Cuánto tiempo.

Al darse ésta la vuelta, Oshiko llegó a dudar de que fuese ella. Su característico entrecejo fruncido lucía ahora muy estirado y tenía una expresión despejada, como la que queda tras aliviar un atranque intestinal. Algo perpleja ante aquella desconocida madre de Kopi, se volvió en la dirección procedente de los llantos y dijo:

—Kopi parecía que tenía convulsiones. ¿No pasa nada si lo dejas así?

—Qué va, no te preocupes, no le pasa nada —dijo la mujer, negando con las manos. Hasta hablaba de forma diferente; no quedaba rastro de su tono resentido de antes.

—¿Seguro? Pero…

—Mira, Oshiko, por fin dejé de preocuparme y hacer caso de lo que diga el niño. Ya no le dejo elegir nada, me encargo yo de hacerlo en su lugar. No te preocupes, de verdad. Ahora él se ha puesto así porque he elegido yo su dentífrico.

Tras decir eso, al parecer ya acostumbrada a las modernidades, realizó el pago electrónico pasando la palma de la mano por el lector. Sonó el pitido que avisaba del final del proceso de pago. A Oshiko, observándola, de repente se le ocurrió preguntarle en voz baja:

—No te lo quitaste, ¿verdad?

—¿Cómo? Ah, ¿te refieres a esto? —dijo la otra, mirándose la mano.

—Estaba segura de que no te gustaría y acabarías quitándotelo.

—Con lo útil que es, ¿cómo iba a hacer eso? —dijo la madre de Kopi, sonriendo como medio en broma—. Realmente, todo fue tal como tú dijiste. Me pregunta por qué le di tantas vueltas en la cabeza. Además, es algo que hace todo el mundo.

—¿No tuviste ninguna reacción en contra? —le preguntó Oshiko al acordarse de que en contadas ocasiones algunas personas habían sufrido contraindicaciones.

—Bueno, sí, la primera semana vomité un poco. Pero el ser humano es sorprendente; a pesar de llevar implantado un cuerpo extraño, ya me parece de lo más normal. Oshiko, ¿sabes

qué?, que por fin entendí lo que me dijiste aquella vez. Para seres vivientes como los humanos, que cambiamos continuamente sin aferrarnos al pasado, no tiene sentido preguntarse por la propia identidad.

La madre de Kopi siguió hablando mientras guardaba habilidosamente la compra en una bolsa ecológica. Oshiko, al ver que después se dirigía con paso lento hacia donde estaba el hijo llorando, se fue detrás de ella sin pensárselo dos veces; la mujer miró sorprendida al crío, tumbado en el suelo, y mientras soltaba un suspiro dijo:

—¿Pero qué haces, Kopi? ¿Todavía sigues llorando? —Él, con la cara bañada en lágrimas y mocos, sollozó un poco, pero sin llegar a articular palabra; la madre volvió a resoplar nerviosa—. ¡Ya te he dicho que tú no puedes elegir nada! ¿Cuántas veces te lo he explicado? ¿Cuándo lo entenderás? Ya no necesitas pensar nada por ti mismo, Kopi.

—¡No, no quiero!

—No digas que no; mira, los demás niños se portan así. ¿No decías que querías ser igual que ellos, como Hara, cuanto antes? —Dicho esto, se volvió hacia la susodicha, que los observaba un poco alejada junto a una estantería de productos para bebés—. ¿Verdad, Hara? —le dijo—. Dime, ¿quién ha elegido el cepillo de dientes que usas?

—Mamá.

Kopi, al ver que la niña respondía sin vacilar, pareció contentarse.

—¿Has oído? ¿Entendido, Kopi? Todos los niños se portan así. Así que estate tranquilo, sólo tienes que hacer lo que mamá te diga. No hay necesidad de pensar en nada a partir de ahora.

Kopi, poco a poco, dejó de llorar. Cuando ya parecía que se aguantaba el llanto, su madre le pasó una mano por la cabeza y después, con un rápido movimiento, tomó el dentífrico de la manita del nene y éste se levantó.

La madre se volvió hacia Oshiko, mirándola a los ojos; ésta, a sus espaldas, había estado viendo todo cuanto ocurría y esbozó media sonrisa.

—Realmente pareces otra —dijo en tono como medio de broma.

—¿Sí?

—Sí. ¿Cómo diría?, no me imaginaba que reforzarías tanto tu capacidad de adaptación.

—Bueno, se lo debo al implante del chip —dijo la madre de Kopi, acariciándose la mano con afecto—. Gracias a ti, Oshiko, empecé de verdad a sacar partido de «mis capacidades como ser humano».

—¿Tus capacidades humanas, dices? —Oshiko, ante la inesperada afirmación de la mamá de Kopi, replicó—: No entiendo a qué te refieres.

Su amiga, al ver la reacción algo molesta de la otra, dijo con aparente alegría:

—¿Que a qué me refiero? Pues está muy claro, a la capacidad de los humanos para convencernos de que la mierda que tenemos ante los ojos no es tal y así poder tragárnosla. ¿No te parece éste el recurso más excelente del que estamos equipados los humanos? —Su mirada parecía rebasar a su interlocutora, como enfocada en un punto distante. Tras el silencio de Oshiko, volvió a hablar con su hijo, que seguía sollozando—: No te preocupes, Kopi. Ya verás que, en cuanto también te pongamos el chip, enseguida entenderás todo lo que dice mamá. —De nuevo, le pasó la mano por la cabeza.

—¿Él también se va a operar? —dijo Hara, de pie, muy modosa y un poco apartada, que enseguida reaccionó a sus palabras.

—Sí, así es, Hara *chan*. Pobre, ahora sólo él es diferente a todos los demás, por eso quiero que se ponga cuanto antes el implante. A ti también te parece lo mejor, ¿verdad, Hara?

—Sí. Pues, entonces, ¡nos lo pondremos juntos! —dijo la niña, con sus grandes ojos, si cabe, más abiertos, mirando a Oshiko, que estaba tras la mujer—. ¿Verdad, mamá? Kopi y yo hicimos una promesa, los dos juntos nos convertiremos en niños con inteligencia artificial.

—Qué buena idea. Oshiko, la próxima semana podríamos llevarlos a la clínica.

La susodicha apartó la mirada de su amiga, que hablaba

entusiasmada, y, muy seria, le dijo a Hara:

—No, no puede ser. La condición era que si el concierto de final de curso salía bien podrías ponerte el implante al graduarte.

—Ya, ya lo sé, mamá. Pero, de verdad, te prometo que si me hago el implante practicaré más para el concierto.

—No, no puede ser, ya te lo he dicho.

—Pero ¿por qué no? Sería una ocasión ideal para que fuesen juntos. Oshiko, ¿no dijiste que estas cosas es mejor hacerlas cuanto antes porque desarrollan la capacidad de los niños? —Apoyó amigablemente las manos sobre los hombros de Oshiko. Ésta, sorprendida, no quitaba ojo de las propias.

—Ya, pero… —dijo titubeando.

—¡Ah! Ahora que lo pienso, podríamos también hacernos un implante nosotras. Oshiko, dijiste que había un dispositivo que te interesaba. Podríamos aprovechar la oferta de promoción para padres y madres.

Ella no dijo nada; de nuevo, fijó la mirada en las manos de la otra. Sus esbeltos dedos blancos se movían ondeando en el aire sin parar, como custodiando el chip implantado bajo su piel.

Fotografía de los instrumentos del concierto y los niños de la clase Zupopo. Una caja con flores artificiales hechas con servilletas de papel rojas y blancas. Paneles con las palmas de las manos de los niños impresas. «Gracias a todos, volved siempre que queráis a esta vuestra casa» escrito en un papel coloreado. El vestíbulo principal, normalmente tan ordenado, se había transformado en un popurrí semejante y en el ambiente se percibía la agitación de los momentos previos a la ceremonia de graduación a una semana vista.

Mientras escuchaba la música de organillos electrónicos y el canto del coro infantil sonando tenue en el vestíbulo, Oshiko observaba abstraída los últimos dibujos hechos por los niños de Zupopo. Estaban colgados por las paredes en el vestíbulo creando el típico ambiente de celebraciones de actos de graduación. Como había llegado con un poco de antelación, todavía no había terminado la última reunión del día para los

niños antes de regresar a casa.

«¡Ocho días para la graduación!». Oshiko se fijó en este calendario de cuenta atrás y de nuevo, como atraída por una corriente, su mirada se detuvo en los dibujos de final de curso expuestos en la pared.

«Qué quiero ser de mayor». Bajo el tema propuesto para ese mes, los acostumbrados dibujos calcados entre ellos como plantillas alineados unos tras otros. Recorrió con la mirada cada dibujo enmarcado; destacaba en ellos una línea trazando la silueta de una nariz sobre una caja; si junto a la caja del dibujo había flores, se trataba del retrato de un trabajador de floristería virtual; si había comida, se trataba del retrato de un cocinero virtual; si había un tren, se deducía que se trataba de un maquinista virtual. En ese momento, oyó una voz tras de sí: «Increíble, ¿verdad?».

Al darse la vuelta, ahí estaba la madre de Kopi. Se había cortado el pelo y llevaba una camiseta celeste. Su cabello negro brillaba lustroso bajo la luz filtrada por la ventana. Esbozando media sonrisa al lado de Oshiko, miró los dibujos y volvió a decir:

—Increíble, ¿verdad?

Ella, en un primer momento, no entendió qué quería decir y respondió vagamente, pero enseguida, al darse cuenta de lo que estaba dando a entender, dijo:

—Sí, es verdad, ha cambiado mucho.

—Ahora ya nadie podrá decir que mi hijo no se parece a los demás niños.

Oshiko le dio la razón con sinceridad:

—Pues la verdad es que sí.

Era justo lo que había pensado hacía unos instantes.

—Que sepas que yo no intervine. Lo pintó él mismo sin decirle nada. —Radiante de alegría, parecía a punto de empezar a tararear una canción de un momento a otro; después sacó un smartphone de última generación y se puso a grabar un vídeo de los dibujos—. El sensey Yoppoin también está sorprendido. Me preguntó cómo había conseguido en tan poco tiempo que mi hijo dejara de ser diferente a los demás.

Oshiko asentía mostrando su sorpresa —«Ah, ¿sí? no me digas»— a la vez que se fijaba de nuevo en el dibujo de Kopi, en ese momento enfocado por el objetivo del móvil. Brillaba por su ausencia todo rastro de originalidad. Era un dibujo sin vida, diluido entre otros tantos similares. Apenas se apreciaba un toque de singularidad en el color azul marino alrededor de la caja; simbolizaba el espacio, aunque de forma vaga y débil; una prueba de que todavía quedaba algo del Kopi original.

—Al principio, cuando usaba el chip no dejaba de llorar, se hacía pipí y vomitaba. Fue terrible. —La madre de Kopi hablaba llevada por la emoción mientras seguía grabando—. Pero ahora se olvida hasta comer y dormir y está conectado todo el rato, tanto si va al lavabo como si entra a bañarse; es increíble.

—Debe de estar esforzándose mucho.

—Fue gracias a esa mentirijilla tan atinada y oportuna que dijo Hara. Aquello de que, si se esforzaba en usar el chip, sería poderoso y podría comunicarse con el sabio astrónomo. Yo sigo diciéndole cada día lo mismo, igual que hizo tu hija.

Oshiko, mientras pensaba en que Hara no lo dijo de mentira, miró el dibujo de su hija. En el lienzo no había más que una línea como trazada a regla en el centro. Sobresalía entre todos los dibujos por su simplicidad. Había pintado una caja funcional, sin colores ni decoraciones innecesarias; parecía un esquema hecho por un dispositivo de inteligencia artificial. La niña, más que concentrarse en mejorar sus capacidades, parecía aspirar más bien a convertirse en un ente de inteligencia artificial provisto ya con todas las funciones requeridas. Dicho mecanismo podría comunicarse con satélites artificiales del espacio; sin duda sería un revolucionario dispositivo digital.

—¿Qué tal está tu hija Hara desde entonces?

Oshiko, que estaba más pendiente de la ventana ovalada de la clase Zupopo, al oír a la madre de Kopi tras acabar de grabar contestó enseguida:

—Ah, sí. Está muy contenta…

Se acordó de aquel día de lluvia imprevista en el que

anduvieron los cuatro juntos desde la estación en la que se habían encontrado. Oshiko, casi a regañadientes, aceptó ir a la clínica tras haber prometido, medio obligada, que irían juntas; finalmente, poco antes de llegar, a Kopi le entró miedo y dijo llorando:

—Ya no quiero ir.

—Ya verás lo feliz que eres, ¡créeme! —Hara trató de persuadirlo—. Si no tenemos contenidos en la cabeza, empezamos a pensar cosas raras y, poco a poco, dejamos de querernos; nos lo dijo el profesor, ¿te acuerdas?

—Ya, pero es que…

—Yo también me pondré el chip contigo, no tengas miedo. Ya verás, poco a poco seremos más fuertes y nos convertiremos en super inteligencias artificiales.

Los dos se acuclillaron bajo un paraguas azul; parecían prometerse algo mutuamente. Kopi, que ya se veía decidido, no le soltó la mano a Hara ni siquiera en la sala de espera de la clínica. Cuando sonó el timbre de su turno, los dos se dirigieron así por un pasillo hacia la sala de operaciones. Oshiko activó la reproducción del smartphone y el dispositivo digital que ya había preparado de antemano. Mientras se iba concentrando en los contenidos suministrados por ambos, los críos, como una parejita de novios, echaron a andar sobre la alfombra del pasillo, en cuya superficie se filtraban unos haces de luz.

Al desviar la mirada al lado, la madre de Kopi, con una expresión totalmente indiscernible, seguía observando la estampa de los niños desde detrás en silencio.

Tras la operación no se apreció ningún cambio en Hara, acostumbrada a vivir rodeada de dispositivos digitales. Oshiko se quedó más o menos tranquila; sin embargo, ella sí empezó a experimentar cambios después de ponerse el visualizador digital de retina tras el implante de los niños. Gracias a eso no tenía que mirar la pantalla; con este dispositivo, además de obtener una mejor manejabilidad, la experiencia visual resultaba más agradable y mejoraba la calidad de vida; sin embargo, a partir de ese día empezó a notar ciertas molestias. En caso de que empeorasen los síntomas, pensaba ir a la

consulta médica, pero al final fue retrasándolo y no hizo nada.

—De haberlo sabido, lo habría hecho antes.

Tras aquella repentina afirmación, Oshiko, que miraba abstraída por la ventana ovalada del colegio, le contestó:

—Perdona, ¿a qué te refieres?

—Pues a qué va ser, a la operación del implante.

Como la madre de Kopi sonreía, ella también procuró esbozar, infructuosamente, una sonrisa, aunque trató de disimular.

—Por cierto, ¿aún continúa hablando con el sabio imaginario?

—Ah, su amigo imaginario… —Asintió, mirando de forma extraña la caja del criadero de insectos digital—. Todavía habla con él a escondidas de vez en cuando. Pero creo que es sólo cuestión de tiempo que se solucione.

—¿Por qué estás tan segura?

—Eso las madres lo intuimos, ¿no crees? Cuando por fin se saque de la cabeza también a este amigo imaginario, entonces será ya igual que todos los demás niños, ¿verdad, Oshiko?

Tal vez estaba reproduciendo en el visualizador de retina el vídeo que acababa de tomar. Oshiko, mientras observaba la media sonrisa de perfil de la madre de Kopi, que miraba en lontananza, dijo de golpe:

—¿De verdad no te arrepientes?

La otra, como saboreando la victoria, fijó la mirada en el criadero digital.

—¿Arrepentirme? ¿Por qué?

Oshiko vaciló un instante, pero prosiguió, algo molesta:

—Me refiero al hecho de haber convertido a tu hijo en un niño como todos los demás.

—Ah, eso… —Mientras se acariciaba la mano del implante, añadió como si tal cosa—: No, no me arrepiento en absoluto.

—¿De verdad? Pero antes te negabas rotundamente, ¿no?

—Ya, pero… será porque yo también me he convertido de verdad en una madre igual que todas las demás —repuso, sonriendo.

Oshiko sintió que le temblaban las rodillas. Entonces, casi sin pensarlo, dijo en tono de reproche:

—Una madre como todas las demás, dices…

Ya sin ganas de seguir hablando, estaba a punto de marcharse cuando escuchó por el audio del oído el aviso de un nuevo mensaje recibido: «Acabo de enviarte el dibujo de tu hija Hara».

Oshiko se dio la vuelta y, pasándose un dedo por el dorso de la mano, respondió educadamente con un escueto «Gracias». Se activó el visualizador de retina y ante su ojos apareció la pantalla de inicio como en capas superpuestas a un fondo de color. Al enfocar la vista en la esquina superior derecha de los iconos dispuestos de forma ordenada, precedido de un sonido, se abrió el mensaje. Después, al dirigir la mirada al nombre del archivo adjunto, visualizó el dibujo de Hara.

La caja compuesta como de un material inorgánico quedaba superpuesta al rostro de la madre de Kopi; lucía una sonrisa diferente, sin el más leve rastro del carácter que mostraba antaño.

Oshiko, durante unos instantes, observó, apenada, el dibujo. Después, sin decir nada, se alejó de la madre de Kopi y su permanente sonrisa.

Sábado de finales de marzo. Oshiko, con vestido azul marino, acababa de despertar a las niñas y se frotaba fuertemente los párpados. Desde que se había levantado tenía molestias en los ojos.

Frente al espejo se bajó un poco el broche con flores. Al verse embutida en aquel vestido, pensó: «Tal vez queda mejor el broche no tan bajo».

Compraba cada año un vestido para acudir a actos formales.

Solía considerarse que no había necesidad de renovar el vestuario formal, de por sí con un corte clásico, pero en opinión de Oshiko eso no se reflejaba luego en la moda; en realidad, el año pasado se llevaban prendas holgadas y, aunque vestir así parecía actual, en boga, al mirar en páginas de internet de venta de ropa, no aparecían nada más que imágenes de modelos con vestidos que les marcaban las líneas pronunciadamente y que no se correspondían con la realidad.

Oshiko, sin dudarlo, compró el modelo de vestido más

popular de la temporada. Sin embargo, con ello no sólo trataba de ir a la moda. Al igual que con sólo subirse a la bicicleta con silleta infantil se sentía revestida de las características propias de toda una «mamá», al ponerse el vestido azul marino para asistir a graduaciones y actos formales sentía con agrado que se liberaba, como si podase unas ramas, de todo cuanto no tuviera que ver con su condición de «progenitora». Del mismo modo en que solía siempre cambiar de smartphone cada vez que salía uno de nueva generación, al comprarse cada año un vestido de primavera para los actos formales propios de dicha estación se transformaba en una madre supermodelo, con la expectativa de mejorar su desempeño como tal.

—Venga, a este paso vais a llegar tarde las dos.

Dicho lo cual, Hara y su hermana mayor, que ya habían terminado de arreglarse, se apresuraron a ponerse los zapatos. La pequeña llevaba un vestido blanco impoluto que parecía formar parte de su propia piel; la mayor, en cambio, llevaba el vestido del uniforme de primaria del mismo color azul marino que su madre. Oshiko, ya en el zaguán, se puso unos sobrios zapatos negros de tacón. Justo antes de salir, se planteó decirle algo a su exmarido, pero, pensándolo bien, ahora que ya no quería aumentar la familia, le pareció innecesario y cerró la puerta sin más.

Zapatos de tacón de punta redondeada. Bolso formal esmaltado con una capa de cuero. Chaqueta conjuntada y a la altura del pecho un broche de flores blanco mate; éste, ahora colocado en el cabello, le daba a Oshiko la apariencia de una madre vestida, en toda regla, para un acto de graduación escolar.

En el bolso, de sobrio diseño, llevaba un pañuelo blanco, un dispositivo de recambio y una batería de gran capacidad; una vez comprobado que estaba todo, al franquear el umbral de la entrada, unos fuertes rayos ultravioletas se reflejaron sobre el asfalto; eran un claro desafío a la previsión del tiempo nada acorde con el mes de marzo. En estos años recientes, debido al vertiginoso calentamiento global, los pronósticos del tiempo apenas acertaban. Ahora, en cambio, que floreciesen los cerezos coincidiendo con las fechas de graduación de

primavera era casi inusual; y si uno se atrevía a mencionar su extrañeza, como si a una ceremonia de graduación sin *sakuras* le faltase algo, se exponía a que lo tachasen de anticuado.

—Por favor, os dije que no corrierais —advirtió a sus hijas.

Seguía con dolor en los párpados debido a los rayos ultravioletas. Tsumu y Hara, que avanzaban rápidamente como si llevasen zapatos con ruedecillas, se giraron a la vez.

—Mamá, no estamos corriendo —contestaron desde lejos.

—Ah, estáis andando, vale, perdonad, pero cuidado con los coches.

Hara respondió algo en un tono rápido, pero, quizás a causa a la operación, su capacidad perceptiva se había empobrecido y costaba entenderla. Como era algo que le sucedía a menudo últimamente, Oshiko no le dio especial importancia. «En cualquier caso, cuidado», insistió y, con pasos cortos, siguió a las hijas.

Por el camino compró té hojicha en una máquina expendedora y se puso la lata fría sobre los ojos. Al llegar frente al centro cultural, bajo los cerezos frondosos de hojas que parecían de comienzos de verano, ya estaban cerca de la mitad de padres y madres esperando.

Como un número tan grande de asistentes no cabía en el colegio, con ocasión de eventos especiales o ceremonias escolares, siempre alquilaban un espacio en una escuela de primaria cercana. Este año, en cambio, habían decidido realizar la ceremonia de graduación en un centro cultural de reciente inauguración. Podían asistir al acto los progenitores y los hermanos; en el caso de abuelos y otros parientes cercanos, éstos podían presenciar la retrasmisión en directo por internet.

Grupos de niños con boina blanca cogidos de la mano de sus familias protectoras se agrupaban en redondo, a modo de gigantesca flor artificial.

Oshiko saludó a otras madres y se dirigió a la mesa de recepción.

—Ah, Hara, buenos días. Ya me enteré de que vas a ser directora de la orquesta, ¿verdad?

Era un padre de Zupopo al que los niños apodaban «osito» por su parecido a un peluche; incluso entre los progenitores lo

tildaban de «cariñoso» y lo trataban como una mascota. Saludando amigablemente a la vez que posaba la mano sobre los hombros al decir «Buenos días», con un impecable vestido azul marino, la madre de Kopi, con una sonrisa, se unió al grupo.

Se había arreglado el cabello para la ocasión. También se había maquillado con esmero, cosa que por lo normal no hacía, y su rostro resaltaba como una estatua de cerámica. Pu, el señor osito embelesado, se quedó medio boquiabierto, pero al percatarse de la mirada que le dirigía Oshiko se marchó precipitadamente.

—Hasta luego, Hara, suerte con el concierto.

—Por fin llegó el día, ¿verdad? —dijo la madre de Kopi con tono alegre mientras miraba a su hijo, vestido con el uniforme escolar de blanco inmaculado.

Parecía como si hubiera esperado la oportunidad de hablar así a la llegada de Oshiko.

—Hum —dijo ésta balbuceando, apenas una tentativa de respuesta con la vista fija en la copa de un árbol que se elevaba en el horizonte—. No pensaba que fuera a hacer tanto calor.

Tras aquel intercambio de palabras pensó en alejarse, como si tal cosa, de la madre de Kopi, pero ésta, sin pedirle su opinión, la siguió. Oshiko estuvo a punto de decirle: «Que sepas que ya me he dado de baja de la suscripción al espectáculo de vuestra vida…», pero se contuvo. A partir del día siguiente, bastaría con dejar de estar en contacto con ella para no volver a verla más. Mientras seguía con paso rápido al grupo concurrido de progenitores, la otra dijo de repente:

—Ah. —Se detuvo y, mientras señalaba la entrada del centro en el que debían reunirse los asistentes prosiguió—: Oshiko, mira. Sí, allí. Es el cartel de la ceremonia de graduación.

Ésta miró hacia donde le indicaba. Tal como decía la madre de Kopi, ante las columnas de la entrada había un panel con el marco decorado con flores rojas y blancas; una larga hilera de padres y madres esperaban delante guardando turno para hacerse la tradicional foto familiar de recuerdo del acto de graduación de los hijos.

—Oshiko, ¿quieres hacerte una foto de recuerdo?

—Sí, pero si no vamos primero a la recepción no nos dará tiempo —contestó directamente, con intención de seguir adelante sin pararse.

—Buenos, pues entonces yo me paso por la recepción para confirmar la asistencia de Hara y Kopi y enseguida vuelvo; mientras, tú puedes hacer cola con los nenes.

—¿Seguro que no te importa tener que hacer cola luego? —dijo con espontaneidad Oshiko, dejando de caminar.

—No, ¿por qué lo dices?

—No hace mucho siempre te burlabas de la gente que hacía cola, decías que parecían monos. —Se acordó de la época en que la madre de Kopi todavía era para ella como un fabuloso contenido de entretenimiento.

Tras el irónico apunte de la amiga, la susodicha, como si se hubiera olvidado, repuso:

—¿Sí? ¿Eso dije?

—Sí, claro. ¿Quieres decir que no eras consciente?

—¿Consciente? ¿A qué te refieres? —Esbozó una ligera sonrisa, como si se lo tomase a broma. —Oshiko, impaciente, quería dar por zanjada la conversación y reanudar el paso diciendo: «Vaya, no lo dijiste. Perdona, debí de equivocarme»; sin embargo, la madre de Kopi se adelantó—: Hara, espérate con tu madre. Kopi, tú también quédate con ella. —Dicho lo cual, desapareció.

Oshiko no tuvo más remedio que colocarse al final de la cola con sus dos hijas y Kopi.

Hara y su hermana mayor hacía ya tiempo que usaban dispositivos electrónicos, pero le llamó la atención que el niño también hubiera sacado una tableta de su mochila.

—Kopi, ¿es tuya?

Éste, mientras se pasaba un dedo por la palma de la mano, asintió a la par que la encendía.

—Sí, es un regalo de graduación.

—¿Quién te lo ha comprado?

A esta nueva pregunta Kopi no respondió. Su mirada infantil había desaparecido. Parecía un pájaro que hubiera dejado de volar. Observaba absorto la pequeña pantalla como si se

hubiese olvidado de respirar.

Oshiko se apretó fuerte los párpados con la palma de la mano; esperaba a que en el audio del vídeo emitido por el oído derecho comenzasen a sonar «las canciones de graduación más exitosas», tal como anunciaba el aviso de su oído izquierdo.

La hilera avanzaba muy despacio, aunque a Oshiko el hecho de guardar cola en sí mismo no le desagradaba en especial. Nunca le había dado ningún significado a las colas que había hecho. A veces, también había experimentado las ganas de conseguir a toda costa la recompensa que aguardaba al final de la cola, pero realmente no se había preguntado con calma por qué se llegaba al punto de desear tanto algo como para ponerse en una fila a esperar. De hecho, le parecía que no sólo ella, sino todo el mundo, era devoto de guardar cola. También ella era partícipe de esas celebraciones de perder el tiempo en la fila que constituían toda una suspensión del pensamiento.

No obstante, Oshiko hacía un rato que se había dado cuenta de que ya no disfrutaba de tal idolatría. Tratando de borrar la frialdad que sentía ahora por hacer colas, se puso, de manera algo forzada, a tomar fotos de la fila para colgarlas en las redes sociales, pero no lograba recuperar el humor. No podía dejar de pensar que era como si se hubiesen vuelto las tornas; lo que la madre de Kopi había logrado al implantarse el chip era como si ella lo hubiese perdido obligadamente; conforme pensaba eso iba sintiendo más tensos los ojos.

Siguió masajeándoselos y después alzó la mirada y observó la cabecera de la cola.

Una madre con su hijo del curso Zupopo se tomaba una foto de recuerdo ante el cartel en el que se leía «Enhorabuena por la graduación». Una vez hecha, una nueva familia repetía la foto sobre el mismo decorado, con postura y sonrisa idénticas; parecía el juego de acertar las diferencias. La siguiente familia en posar, aunque invirtió la posición de sus integrantes de izquierda a derecha, logró también una toma calcada a las anteriores; a continuación, otra familia y otra foto exactamente igual. Oshiko observaba la escena repitiéndose sin cesar en la cabecera de la cola mientras esperaba. Cada vez, la presión dolorosa en los párpados era mayor.

Ya estaba a punto de llegar su turno, pero la madre de Kopi seguía sin aparecer. Oshiko dejó de tocarse los ojos; como era de esperar, empezó a preocuparse.

—Vaya, sí que tarda tu mamá —le dijo a Kopi.

Éste, hasta entonces, siempre había detestado hacer cola y, en caso de no quedarle más remedio, seguro que arrancaba a llorar y gritar para escapar cuanto antes, pero hoy, inmerso en el mundo virtual de la tableta, tan sólo ladeó un poco la cabeza y dijo:

—¿No crees que estará riéndose a carcajadas en algún sitio?

—¿Reírse? ¿Por qué?

—Es evidente; ayer, cuando le dije que ya no hablaba con el sabio cósmico, oí que mamá no paraba de reírse desde el dormitorio; después, se quedó allí.

—Kopi, entonces, ¿ya no hablas con el sabio?

—No.

—¿Desde cuándo?

—Hum, no me acuerdo. Un día al despertarme, aunque lo llamé, no volvió a responderme, no lo oía. —El niño no levantó la cara al hablar; de hecho, parecía como si hablase de algo ajeno.

—¿Al oírte mamá se rio?

—Sí, murmuró algo y no paró de reírse. Después, cuando volvió a coger su smartphone, ya era la mamá de siempre. —Oshiko se quedó callada. Kopi, observándola con una mirada fija como la de Hara, le dijo—: Ahora ya soy como los demás niños, ¿verdad? Si soy igual que el resto, es genial, ¿a que sí?

Ella lo observó; su cara parecía como la de un pájaro al que le hubieran quitado los ojos.

—Mira, Kopi…

En ese momento, Oshiko sintió un dolor persistente en los globos oculares; soltó un pequeño gemido y se llevó las manos a los ojos.

Sobre una pared brillante, que parecía recién pintada hace apenas una semana, no casaba bien el rótulo pegado con esparadrapo: «Campaña para ahorrar energía eléctrica». La escultura en el centro del amplio vestíbulo se bañaba

directamente en la generosa luz filtrada por la claraboya, dejando patente que no hacía falta demasiada iluminación artificial.

A Hara y Kopi los había llevado a una sala de reuniones del segundo piso y ya estaban acompañados por el sensey Yoppoin. Oshiko, extrañada, fue a preguntar a recepción. «¿La madre de Kopi? No, no ha venido por aquí», le dijeron. Después se limitó a rellenar apresuradamente el formulario con los datos de asistencia, tal como le habían explicado. Luego les comunicaron que los niños habían recibido las instrucciones necesarias para la ceremonia de graduación y ya estaban preparados y esperando para la entrada al salón.

En las octavillas repartidas previamente ya se había informado con detalle a los asistentes de los pasos que seguir desde la reunión previa hasta ocupar su plaza en el salón de actos, pero, para que la entrada fuera lo más fluida posible, dijeron de nuevo a los padres y madres a la espera que se abstuviesen de hablar. Cuando ya otros progenitores empezaron a cruzar el vestíbulo en filas de a dos siguiendo las indicaciones de los profesores, a Oshiko le llamó la atención verse dentro de aquel grupo de padres y madres, todos vestidos de azul marino como una gran agrupación de insectos monocolor.

Gracias al perfecto sistema de climatización instalado en el novísimo edificio se podía prescindir de todo elemento innecesario en él. Las ventanas del interior, en concreto, tenían unas características especiales, pues, aunque sus grandes cristaleras parecían filtrar vívidos haces de luz, en realidad eran paneles artificiales que no podían abrirse ni cerrarse; de esa manera se evitaba la entrada de polución ambiental. El aire que circulaba en el interior se depuraba continuamente y se percibía un aroma de novísimo producto electrónico en el ambiente.

En el amplio salón de actos para conciertos y grandes eventos había butacas plegables, pero en este auditorio más pequeño, con sólo un escenario frontal, no había nada parecido a una silla o asiento. Sin embargo, debido a una directriz de la administración, el auditorio estaba separado por unas

particulares láminas transparentes; se había colocado un pasillo en el centro y a los lados, recorriendo las largas paredes, había láminas de separación para crear cubículos a derecha e izquierda que parecían salas privadas, como para unas diez personas. Los responsables del colegio les indicaron que colocaran por sí mismos las sillas de tubo plegables al entrar en los espacios compartimentados.

Oshiko, que había sacado en un sorteo previo una entrada para pasar en segundo lugar, seguía sin poder acceder al auditorio, y, cuando por fin se lo permitieron, ya casi no quedaba ningún asiento libre en los cubículos. Mientras avanzaba por el pasillo con su hija mayor, de repente oyó: «Por aquí, por aquí», y vio a la madre de Kopi haciendo gestos con la mano en la parte frontal del pasillo.

—El mejor sitio, ¿verdad? Desde aquí seguro que vemos bien a los niños.

Aunque estaba prohibido reservar asientos a menos que fuese para familiares directos, por lo visto la madre de Kopi parecía orgullosa de la gesta.

Quiso preguntarle por qué le había mentido al decirle que se pasaría por recepción y luego se había esfumado sin más, pero no se atrevió; en vez de eso, Oshiko, mientras accedía al compartimento individual, le dijo:

—Entonces, te has adelantado para reservar los asientos, ¿verdad?

Los compartimentos tenían un espacio abierto en la parte superior e inferior y por ahí se filtraba el aroma dulce del perfume de la madre de Kopi.

En lo alto del novísimo y reluciente escenario habían colocado junto a unos arreglos de flores artificiales un telón rojo y blanco que decía: «Enhorabuena por la graduación». Oshiko, tras colocar su silla, dejó sus cosas debajo y echó una rápida mirada a la madre de Kopi, al otro lado del panel transparente; tenía las mejillas de un encendido tono rojo y el contorno de los ojos ligeramente hinchado. Tal vez debido a su respiración superficial, de vez en cuando el pecho parecía sobresalirle. Se acordó de lo que le había dicho hacía un rato Kopi; tras un momento observándola, la mujer se volvió hacia

el compartimento contiguo, ocupado por el padre de Yatsuko, el encargado de los timbales metálicos, y se puso a hablar con él.

—Buenos días. Qué pena que no haya podido venir su mujer, con las ganas que tenía de ver el concierto.

—¿Cómo? Ah, sí, sí… —El padre, que portaba una cámara de auténtico profesional, se sorprendió de la familiaridad de trato de la madre de Kopi, pero contestó cordialmente—: Sí, tiene razón, pero se le adelantaron las contracciones, qué le vamos a hacer.

—¿Ya le dieron el alta?

—No, aún no.

—Entonces, tendrá que cuidar mucho de ella todavía. Seguro que estará ocupado, ¡ánimo!

—Sí, sí.

El padre de Yatsuko, desconcertado por el extraño ímpetu de la madre de Kopi, respondió vagamente dando por cerrada la conversación y reemprendió los preparativos para la puesta a punto de la cámara.

Hacía rato que el auditorio estaba lleno. El ambiente cargado le resecaba la garganta a Oshiko, que, mientras asistía al intercambio entre la madre de Kopi y el padre de Yatsuko, sacó una botella de té hojicha del bolso.

Ojalá alguien abriese las ventanas, se decía para sus adentros, pero, al parecer, todas eran simuladas y no se podían abrir.

Cuando se llevó la botella a la boca se fijó en un letrero que advertía de la prohibición de comer y beber; no tuvo más remedio que cerrar de nuevo la botella. Tras observar a su hija mayor en el compartimento contiguo jugando en silencio con la tableta, le dijo a la madre de Kopi, sentada al lado:

—Espero que empiece cuanto antes.

La mujer, con la mirada perdida en el escenario vacío, repuso:

—De verdad que sí.

Le llamó la atención que ni siquiera pestañease; sin embargo, no parecía que estuviese viendo nada en el visor ocular. Tenía una capa delgada de sudor en el rostro y, de vez

en cuando, esbozaba una sonrisa de incomprensible significado.

Sin saber muy bien por qué, la ceremonia no empezaba. El aire parecía estancarse en un auditorio con los compartimentos de asientos a rebosar de gente hasta las últimas filas. Oshiko, acusando la falta de oxígeno, dirigió la mirada por encima de los compartimentos cerrados hacia el techo; quería airearse, pero no lograba recobrarse de la sensación de ahogo. Un asistente que estaba más cerca del pasillo llamó para quejarse del aire acondicionado a uno de los profesores que andaba de acá para allá atendiendo, al parecer, un imprevisto. Se tranquilizó al pensar que a partir de ahora lo arreglarían, pero pasaba el tiempo y seguía sin correr ni una gota de aire y el ambiente se hacía cada vez más sofocante. Los asistentes en la zona para para invitados junto a la pared empezaron a volverse para atrás, impacientes.

—¿No habrá pasado algo?

Oshiko volvió a entablar conversación con la madre de Kopi, al otro lado de la mampara transparente. La susodicha, sin responder, seguía mirando el escenario vacío. Tal vez debido a que un padre advirtió el nerviosismo de uno de los profesores del colegio en su apresurado ir y venir, comenzó a propagarse una leve agitación por todo el auditorio.

Pasados unos minutos más sin que nadie saliese a dar una explicación, al fin un profesor con un delantal apareció micrófono en mano sobre el escenario.

—Buenos días, señores y señoras. —Tras el saludo inicial, prosiguió—: En primer lugar, gracias por su colaboración para acceder a la sala de manera fluida y sin contratiempos. A su vez, rogamos que nos excusen por el ligero retraso que se está produciendo antes del comienzo de la ceremonia. Por favor, disculpen las molestias.

El director del colegio, a su vez, inclinó la cabeza pronunciadamente para disculparse.

—Acaba de producirse un percance debido a que parte de los instrumentos de la orquesta se ha extraviado. En estos momentos, nuestro equipo de profesores en permanente

contacto entre ellos está tratando de solucionarlo. Este concierto es un evento muy importante para los niños del colegio, que han estado practicando para este día desde hace tres meses. Esperamos que finalmente todo salga bien; nuestros profesores también han vuelto al colegio para recuperar los instrumentos. Sé que todos tendrán sus respectivos quehaceres, pero nos comprometemos a empezar la ceremonia en cuanto encontremos los instrumentos desaparecidos. Señores y señoras, les rogamos, por favor, que no salgan afuera y que esperen un poco más en sus asientos.

El director, dirigiéndose a los asistentes, nerviosos por la noticia, saludó brevemente y desapareció con celeridad del escenario. Cuando la gente todavía no había acabado de digerir la situación, apareció el subdirector del centro, de complexión delgada, andando a pasos cortos hacia la tarima del escenario.

—Disculpen, señores y señoras. Una cuestión más. Perdón por las altas temperaturas de la sala; se deben a un problema del aire acondicionado, pero lo solventaremos con la mayor brevedad posible. Les rogamos que sean pacientes. —La voz resonó como adhiriéndose por el techo durante su explicación.

Un profesor joven se acercó a los asientos de invitados y, dando continuos cabezazos de disculpa, empezó a acompañarlos al exterior de la sala.

El subdirector, a su vez, inclinó la cabeza haciendo reverencias al tiempo que se disponía a desaparecer cuando empezaron a oírse resoplidos, confusión y voces de descontento entre los asistentes. Algunos se fueron a los servicios, pero el resto, tal como les habían dicho, permaneció en sus asientos al tiempo que empezaban a tocarse el lóbulo de la oreja o la palma de la mano para manejar sus dispositivos electrónicos.

Oshiko, mientras una gruesa gota de sudor descendía por su rostro maquillado, activó la función de supresión de sonido y eliminó por completo su conexión con la realidad exterior. Mientras veía un vídeo en el visualizador ocular, echó un vistazo al compartimento vecino: la madre de Kopi miraba hacia el techo levantando la cabeza mientras decía algo entre

dientes, como quejándose.

Al poco, como era de esperar, volvió a sentir un pinchazo en los ojos. Paró el vídeo y los cerró unos instantes. Sin embargo, el dolor comenzó a intensificarse. Después, empezó a notar una vibración a la altura de la nuca y entumecimiento en el cuello. Abrió los ojos y miró hacia el escenario.

En ese momento, el telón colgante compuesto de perfectas rayas rojas y blancas verticales adoptó un tono rosáceo extraño.

Oshiko por un momento no supo que estaba ocurriendo y parpadeó varias veces. Se le nublaba la vista, se sentía como aletargada. Apretó fuerte la punta de los dedos contra los ojos y volvió a cerciorarse: efectivamente, el fondo blanco y rojo del escenario había desaparecido. Sólo quedaba un estampado marmóreo que había perdido su contorno rojo y blanco se había convertido en un remolino agitado.

Sorprendida, tratando de aguantar los fuertes pinchazos en los ojos y la sensación sofocante, se volvió hacia atrás. A lo largo del pequeño auditorio se extendía un paisaje de luz repleto de numerosas formas cúbicas de color azul marino que se amontonaban. Ante sus ojos no había más que eso.

Oshiko se quedó en blanco y, a duras penas, reprimió un débil gemido. Trató de calmarse por todos los medios, inspiró varias veces y volvió a mirar a su alrededor, estupefacta.

Todas las personas sentadas en los compartimentos de mamparas transparentes parecían estar dentro de unas peceras cúbicas de intenso azul.

Contuvo la respiración y miró lentamente hacia los compartimentos laterales. A su derecha había un bulto informe y a la izquierda, otro algo más pequeño. Después de tragar saliva, Oshiko se volvió hacia el bultito y, con voz ronca, dijo:

—Voy a comprar una bebida al vestíbulo, vuelvo enseguida.

El bulto se movió describiendo una pequeña ondulación. Su superficie despedía un fulgor pulido y atrayente. Parecía un objeto dorado o un inmenso trozo de *yokan*. Oshiko se levantó tambaleándose un poco.

Vaciló, pero al fin empujó el panel frontal del compartimento. Un pasillo estrecho se alargaba junto al

escenario. Quería ir al pasillo central, pero no podía evitar sentirse atraída por el espacio entre las mamparas divisorias; se quedó con la mirada clavada, aminorando el paso. Las formas cúbicas tenían sutiles diferencias de tamaño, pero fuera de eso todo daba una impresión de homogeneidad. Observaba los bultos de intenso azul marino y no sabía decir si eran suaves o duros al tacto. Oshiko empezó a sentir atracción por aquellas formas tubulares.

Al salir al pasillo central, observó la planicie a derecha e izquierda de formas cúbicas alineadas en orden. En silencio, contuvo la respiración.

Seguía sintiendo pinchazos en los ojos. Sin embargo, la atracción de aquellas bellas formas cúbicas azuladas moviéndose uniformemente casi le hizo olvidar el dolor.

Dichas formas permanecían ajenas a su mirada impresionada.

Oshiko parecía en trance. Poco a poco, anduvo hacia la parte trasera de la sala. Aunque miraba alrededor con fijeza, casi sin pestañear, al fin, como si sus ojos se lo recordaran, volvió a sentir las punzadas y se detuvo. Se apretó las manos fuertemente, como aplastándose los ojos. Presionaba de tal manera que estaba a punto de bloquear el riego sanguíneo de los globos oculares. Entonces, el dolor remitió un poco y, aunque vacilante, trató de recuperar la compostura.

Tenía calambres y temblores en los párpados ardientes.

Oshiko siguió resistiendo el dolor con los ojos entrecerrados. En ese momento, soltó un pequeño grito: los cubos azulados habían desaparecido de los compartimentos con mamparas.

Miró sorprendida. Un nuevo paisaje había reemplazado al anterior: padres y madres conocidos del colegio con vestimenta formal de color uniforme.

Oshiko, como sintiéndose traicionada, miró con los ojos llenos de sorpresa a un padre en un cubículo junto al pasillo. Aunque conservaba cierto parecido con las atractivas formas cúbica de antes, no tenía nada que ver debido a su deformidad.

El padre grandote, al que apodaban «osito cariñoso», sonreía jadeando mientras jugaba con su smartphone dentro del cubículo. Impactada al ver unas gotas de sudor fluyendo de su

barbilla, Oshiko volvió a sentir pinchazos en los ojos. En ese instante, como si aumentara la resolución visual de sus retinas, el mundo alrededor adquirió una vívida nitidez. La piel del padre parecía coloreada perfectamente a ordenador; se trazaban en ella formas convexas que conformaban un revoltijo de poros innumerables. Su cuerpo rezumaba un sudor grasiento. De su frente y de la parte inferior de su nariz fluía tanta grasa que se le inflamaba de pus el contorno de los poros de la piel, y del líquido purulento chorreaba un fluido viscoso. Tal vez debido a la debilidad de su piel, la tenía toda enrojecida, como las escoceduras producidas al afeitarse; suaves marcas de sangre, vellos sin rasurar y sucios aquí y allí.

Se le habían adherido al pelo unas escamas blancas de queratina. Al fijarse bien, se apreciaba la misma sustancia derramada en las hombreras de su chaqueta. Oshiko se inclinó sin pensarlo; ante sus ojos, el padre hundía los dedos en la piel y se rascaba como si se afeitara con sus largas uñas el cuero cabelludo. La operación ejecutada era verdaderamente insalubre. En los espacios intermedios de los dedos se acumulaba la suciedad de queratina y polvo amarillento de algún aperitivo dulce ingerido a saber cuándo. El padre miraba su móvil y profería, de vez en cuando, un peculiar cacaraqueo: «Coc, coc». En el intersticio de la dentadura le sobresalía un diente, en la superficie, manchas marrones pegadas, la piel de los labios, rugosa y seca, y del borde de la boca asomaba un poco de carne rosácea.

Tenía el dorso de los dedos peludo y lucía barrigón orondo y flácido. Del centro de su camisa blanca, cuyos botones parecían haber reventado, un promontorio de grasa le presionaba el paquete intestinal. El mal olor de su cuerpo insalubre impactaba contra las fosas nasales de Oshiko y le provocaba arcadas.

Sentada en un compartimento trasero, una madre grotesca se acicalaba. El maquillaje aplicado profusamente para ocultar los poros abiertos de la piel se le había corrido por toda la cara mezclado con el sudor. La tez tensa hacia atrás carecía de arrugas y parecía artificial. La nariz, muy perfilada de formas equinas; la raíz de las cejas, la napia y el borde inferior de la

barbilla, y también los labios, inflados, como inyectados de un líquido gelatinoso. El exceso de rímel se le pegaba en las pestañas y el pintalabios profuso le había manchado de rojo parte de un diente que le sobresalía de la boca.

El padre grandullón y la madre excesivamente maquillada habían interrumpido todo contacto con el mundo exterior. Como si se les hubiera fundido el cerebro, miraban absortos la pantalla de su dispositivo móvil, ajenos al calor, sin quitarse la chaqueta, aflojarse la corbata ni desabotonarse la camisa; puede que dicho comportamiento se aprendiese por simple imitación a influjos del entorno. Debía de ser una costumbre innata en esta clase de vivientes. Ninguno trataba de escapar pese a estar encerrado en un cubículo asfixiante. Confiaban sus destinos al sudor de sus glándulas sudoríparas.

Al poco, Oshiko se percató de que el auditorio se había plagado de seres idénticos.

Parecían entes azules alimentados por forrajes electrónicos; ya no eran animales comiendo pienso en cajas atestadas. Ella, al percatarse de que su piel tenía el mismo color que la de aquellos seres, dio un pequeño grito, se quitó la chaqueta y la tiró al suelo.

Se miró la mano en la que llevaba implantado el chip, soltó un breve grito de angustia una vez más y se cubrió a toda prisa la boca con un pañuelo.

La crudeza experimentada combinaba bien con los seres grotescos de su alrededor. Oshiko soportó las arcadas y los jugos gástricos del desayuno revolviéndose en el estómago al tiempo que se tocaba la horrenda superficie de la mano. Intentaba relajar el cuerpo con la habitual inyección de contenidos audiovisuales. Sin embargo, por más que reprodujese, no conseguía la ansiada anestesia de contenido que le sumergiese el cerebro en el vacío. Por todos los medios trataba de alterar su conciencia, pero sólo oía una voz procedente del espacio libre de memoria.

Empezó a tocarse nerviosa la palma de la mano para interrumpirla. No obstante, las voces se reproducían sin pausa. De repente escuchó el siguiente mensaje repetirse: «El funcionamiento y la estructura de su cerebro llevan tiempo

dañados debido a los diversos implantes corporales de reproducción en su cuerpo».

Oshiko, tambaleándose, logró llegar a la parte trasera del pequeño auditorio. Después, apoyó débilmente la mano en la puerta de salida.

En ese instante, notó que alguien tiraba fuerte desde el otro lado. El director del colegio, bañado en sudor, la apartó de un empujón, se abalanzó adentro, avanzó con pasos cortos hacia el escenario y, mientras inclinaba la cabeza, disculpándose, dijo:

—¡Desde el colegio acaban de confirmarnos que han encontrado los instrumentos! ¡Disculpen por el retraso! Muchas gracias por su paciencia a pesar del calor, ¡de verdad, muchas gracias! Como estarán cansados por la espera, ¡empezaremos ya la ceremonia de graduación!

Al oír la voz, los individuos sentados en los compartimentos parecieron recuperar la conciencia; levantaron la cabeza de los terminales electrónicos y, apresurados, se dispusieron a preparar las cámaras para grabar y tomar fotos de los nenes.

Oshiko intentó salir afuera, pero, por alguna razón, no podía abrir la pesada puerta; mientras se peleaba con ella apareció el sensey Yoppoin micrófono en mano desde un extremo del escenario, que, con mucho brío, se dirigió a los presentes:

—¡Les anuncio el comienzo de la primera pieza! ¡Entran los alumnos graduados!

Por lo visto, había dos profesores del colegio esperando y aguantando al otro lado, porque de repente la puerta doble se abrió de par en par ante Oshiko.

Al unísono, con la música de fondo, hicieron aparición los niños en fila con su impoluto uniforme blanco. Pasaron junto ella abriéndose como una corriente a su alrededor. Tras las mamparas transparentes los seres grotescos se volvían hacia sus terminales. Los escolares pasaron inexpresivos entre la masa de individuos satisfechos con sus cámaras y móviles en la mano, a punto de ejecutar la gran misión de su vida. Mientras observaba la escena, volvió a resonar como un coro la voz en el interior del cerebro de Oshiko y sintió nuevas arcadas y fuertes palpitaciones en la sien.

El dolor de los ojos parecía que iba a aumentar a partir de ahora.

Redoble de tambores. Platillos. Flauta dulce. Xilófono metálico. Triángulos. Instrumentos varios se fundían en una melodía uniforme acompañando el tema *Kikyu ni notte doko made demo,* «viajando en globo a cualquier lugar».

Oshiko, de pie junto a la pared cerca de la entrada, seguía aguantando el dolor de ojos mientras observaba el saludo de los niños del colegio, la entrega de diplomas de graduación y el desarrollo de la ceremonia; contuvo la respiración y esperó a que la canción llegase al punto culminante.

La interpretación se acercaba a su final.

Se secó unas gotas de sudor de la barbilla y, con paso indeciso, se apartó de la pared para dirigirse al pasillo central y avanzar hacia el escenario.

Nadie se había percatado de su extraño comportamiento. La penosa existencia de los padres y madres con la mirada concentrada en el escenario se le grababa con dolorosas punzadas en los ojos. Oshiko, con respiración jadeante, avanzó silenciosamente, como poseída. Un niño que tocaba el xilófono metálico tal vez notó algo, porque la miró extrañado; sin embargo, gracias a haber sido educado según un modelo en el que jamás se planteaban preguntas a los adultos, enseguida volvió a concentrarse en la batuta de Hara.

Oshiko se percató de que la interpretación se acercaba a su punto culminante. Precisamente en ese instante, ella se dispuso a correr hacia delante.

¿Dónde está?

Se oyó un grito en el auditorio. Desde un lateral alguien se abalanzó corriendo hacia el escenario.

Oshiko se había quedado paralizada y expectante en el pasillo central. Ante ella estaba la madre de Kopi, con el cuerpo como a punto de desplomarse, una sonrisa triste en los labios y el rostro desencajado. No parecía consciente de haber irrumpido en el escenario. Se tambaleaba mirando a todos lados. Se acercaba a los niños de la banda musical y, una vez más, repetía: «¿Dónde está?». Su voz era un grito afilado, el

trino postrero de un pájaro al morir.

Los padres y madres contenían la respiración; sin embargo, ningún niño se fijaba especialmente en la madre de Kopi. Habían sido adiestrados para ejecutar el concierto sin el menor fallo; tal vez por ello siguieron interpretando al ritmo marcado por la batuta de la directora de orquesta, Hara. El niño más alto de todos tocaba los platillos con impecable ritmo y el grupo responsable de los triángulos de percusión seguía al compás. Hasta su hijo, Kopi, al igual que los demás críos, se mantenía impertérrito, golpeando tranquilamente con las baquetas el pequeño tambor. Tan sólo entre los asientos de los invitados, incapaces de entender qué estaba pasando, se respiraba un pavor helador en el ambiente.

Enseguida apareció, pálido, el sensey Yoppoin y cogió por el brazo a la madre de Kopi. El profesor intentó llevarla, medio a rastras, hacia un lateral del escenario, pero ella se soltó con un manotazo y señaló con el dedo la fila de niños.

—¡Cuál! —gritó con la mirada desencajada—: Kopi. ¿Cuááál?

Finalmente, varios profesores lograron llevársela del escenario; ella, con el pelo revuelto, continuaba gritando: «Kopi, ¿dónde estás? ¿¡Quién eres!? ¿Por qué no me contestas? Por favor te lo pido, responde. ¿Dónde estás? Kopi, ¿cuál?».

En cierto momento, cesó el concierto. La tranquilidad volvió a la sala, como si hubieran arrojado un cubo de agua.

«¿Dónde estás? Kopi, ¿¡dónde!? ¿¡Dónde!? ¿¡Dónde!? ¿Dónde?».

Ya no se la veía, pero se oían sus gritos desde un lateral. El niño, con una mirada de no saber quién era ni él mismo, miró en la dirección en la que se llevaron a la madre. Oshiko, en el pasillo central, seguía petrificada.

Entonces se oyeron unos golpes agudos sobre el escenario que la despertaron. Hara se disponía a reemprender el concierto. Al percatarse del movimiento de la directora, todos tomaron sus instrumentos.

Con un golpecito de la batuta reanudaron como si nada la canción.

Tocaban el tema sin esfuerzo ni grandes movimientos. Una actuación sin fisuras que sonaba como una grabación. Oshiko escuchaba la pieza recuperándose de la agitación. De pronto se dio cuenta de que se había apagado la voz de su cabeza. El fuerte dolor de ojos —casi le parecía mentira— también se había desvanecido.

Se había salvado por los pelos de una situación crítica. Todavía se sentía muy nerviosa, pero, poco a poco, empezó a calmarse. De haber seguido oyendo aquella voz en su cabeza, tal vez se habría puesto como la madre de Kopi. Se acordó de su rostro desencajado mientras se la llevaban entre gritos. «La verdad es que nada iguala a los contenidos naturales, en vivo y directo», susurró entre dientes.

Por primera vez en su vida había vuelto a interesarse por contenidos que habían dejado de atraerla.

Oshiko sintió que había crecido como persona; con la misma tranquilidad que le aportaba dar al botón de encendido de su bicicleta con silleta infantil y sentirse en el acto toda una mamá, sintió que su cuerpo se relajaba de la tensión experimentada. Tal vez porque acababa de decidir hacerse un nuevo implante la próxima semana, una sensación placentera le inundó el cuerpo al son de los acordes musicales de la banda infantil. Había conseguido liberarse de la angustia y las dudas.

Oshiko se deslizó un dedo por el dorso de la mano y comenzó a dejar que los contenidos artificiales inundaran su interior sin ningún remordimiento. Por la entrada de la parte derecha de la cabeza, audiovisual a triple velocidad; por la de la izquierda, a cuatro velocidades, «¡las canciones de graduación más exitosas!». En la entrada inferior, sabor de pasteles y, por la central, inyección de aromas primaverales; en dos entradas más a la vista, un pase continuo de diapositivas con fotografías de Hara desde el día de su nacimiento hasta hoy. Oshiko sintió en ese momento un éxtasis impresionante, como si estuviese en trance tocando el instrumento vivo que era su propio interior; como si al simultanear el impacto de sus diversas teclas y pedales surgiese de su cuerpo entero la abigarrada mezcla de sonidos de una orquesta superdigitalizada de implantes cual bala impactando en todo

su cuerpo. Oshiko, al oír resonar alto el timbre que le anunciaba que se había convertido ya en una persona capaz de tragarse cualquier bazofia o mierda sin ningún titubeo, cerró los ojos, se abandonó en cuerpo y alma y se lanzó a la vorágine de los contenidos digitales.

Despacio, fue abriendo los ojos; ante sí, Hará, con un movimiento perfecto y medido, dejó la batuta y saludó con una reverencia al público.

Mientras Oshiko seguía ensimismada, en el auditorio, donde ya reinaba la calma, se oyeron unos aplausos aislados que, al momento siguiente, se convirtieron en un inmenso aplauso generalizado.

Oshiko, a su vez, dejó su dispositivo y aplaudió con todas sus fuerzas casi hasta no sentirse las manos.

Luego tomó su smartphone y enfocó a su hija.

Sin embargo, en la hilera de niños que acababan de levantar la cabeza tras depositar sus instrumentos y saludar con una reverencia, todos tenían la cara y el cuerpo idénticos. Se habían transformado en una especie de seres indiferenciados.

Oshiko, inclinada un poco hacia delante, se dispuso a tomar un vídeo de aquellos críos tan monos.

Mis eventos

Esa mañana unos sospechosos cirros cubrían el cielo. Tashiro Katsuyuki paseaba a su perro Goro por un malecón cercano a su casa. Mientras caminaba leía, concentrado, las noticias de internet.

—Oye, mamá.

Katsuyuki apartó la mirada del smartphone y, con gesto serio, llamó la atención de su mujer, que iba por delante de él vestida con un chándal de deporte para sudar mucho resistente al agua.

—¿Decías algo, papá?

Harimi, que andaba unos diez metros por delante, se quitó los auriculares y se dio la vuelta. Preocupada por el aumento de peso, había empezado a pasear con más frecuencia y en las mañanas de días festivos, como aquél, tenía por costumbre salir a pasear al perro con su marido por los márgenes del río.

Al ver que Harimi se había parado un poco más adelante, Katsuyuki, con paso corto y algo desganado, trató de alcanzarla.

—Dime, ¿seguro que no ha llegado el paquete?

—No, ya te dije que no. No ha llegado nada. —Dicho lo cual, Harimi hizo unos estiramientos suaves de rodillas a la espera de que Katsuyuki la alcanzara.

—¿No dejó un aviso el mensajero?

—Si tanto te preocupa, ¿por qué no llamas para preguntar?

—Sí, por eso comprobé el estado del envío y todavía aparece como no entregado.

—¿Qué tal si tienes un poco de paciencia? —Dicho esto, Harumi inició una tanda de estiramientos del tronco superior moviendo la cintura. Le preocupaba bastante su apariencia. Era alta y lucía buen cuerpo para sus cuarenta y pocos años. La dieta se imponía más bien para su marido, cuya tripa aumentaba en prominencia; éste, con pantalones anchos, mientras se rascaba el barrigón grasiento dijo, molesto:

—Ya, ya, pero es que…

—El paquete tenía que haber llegado ayer por la mañana, ¿a que sí? Bien que me tomé la molestia de indicar una hora de recepción del envío; lo normal es que se entregue en el tiempo fijado. ¿No te parece? Cualquiera, por tonto que sea, entenderá lo importante que es para un empleado de oficina el sábado por la mañana. ¿Verdad? Además, ¿cómo crees que eso repercute en mí? ¿Quién es responsable del perjuicio causado al tenerme esperando el paquete?

Katsuyuki seguía protestando mientras tiraba fuerte de la cadena enrollable del perro.

—Pero, papá, ¿cuándo hiciste el pedido de ese paquete? —dijo, como si tal cosa, Harimi.

—Pues cuándo iba a ser. Anteayer.

Al contestar indignado, ella dijo directamente:

—Ya. Pues qué le vamos a hacer.

—¿Cómo que qué le vamos a hacer? Les indiqué que debían entregarlo ayer por la mañana.

—Papá, no me digas que no leíste bien la página web. En la parte superior advierte de que se prevén retrasos en envíos en algunas zonas.

—Ah, ¿sí?

—Así es.

Al zanjar así de contundente la conversación su mujer, Katsuyuki empezó a refunfuñar por lo bajo:

—Vaya. Entonces, estaba escrito en la web. No me di cuenta. La verdad es que últimamente me cuesta mucho ver los caracteres pequeños. —Dicho esto, carraspeó, nervioso, y empezó a frotarse los ojos, como adrede, y lanzó la mirada al otro lado de la orilla, pero al poco volvió a sacar pecho—. De todos modos, el tifón se prevé que llegue a partir de ahora y, por tanto, no tiene nada que ver con el retraso del paquete —dijo, haciéndose el indignado.

—Sí que tiene que ver; a fin de cuentas, todas estas molestias son por culpa de tipos como tú, que os da por hacer todos a la vez pedidos de material para casos de desastres naturales y acabáis provocando el colapso del transporte de mercancías.

Harimi, moviendo a izquierda y derecha los brazos sin parar, reemprendió la marcha. Katsuyuki intentaba mantenerse a su altura con paso corto y ligero. En tales ocasiones, llevado por el mal humor, se ponía pesado y en tono de reproche dijo:

—Mamá, ¿qué te parece lo que acabas de decir? —Harimi permaneció en silencio, sin alterar el paso—. ¿No te parece un poco extraño eso que has dicho? Porque esas personas que crean molestias, como tú dices, son las mismas que salieron apresuradas a hacer acopio de material para casos de catástrofe en el momento en que las autoridades advirtieron de que estábamos ante un desastre de marca mayor, de los que sólo se producen cada cincuenta años, ¿o no?

—Sí, claro, eso es lo que dicen las noticias a diario. —Harimi se fijó en las incipientes canas en la coronilla de Katsuyuki y, después, siguió mirando hacia delante.

—¿Lo ves? Lo que te decía de esos tipos. Pero que sepas que yo no soy como ellos. Mamá, tú deberías saber mejor que nadie cuánto tiempo llevo acumulando material para casos de emergencia, mucho antes de esa alerta de las autoridades. No hay quien me gane en prevención de desastres. Me molesta mucho que, a pesar de eso, me coloques al mismo nivel que los acaparadores a quienes critican en las noticias. Además, no tiene sentido que mi pedido se quede sin entregar por culpa de ésos.

Harimi aminoró la velocidad de su marcha al darse cuenta de que a Katsuyuki le costaba respirar.

—A todo esto, ¿qué es lo que pediste, papá?

—Pues fideos, fideos secos. También un kit de emergencias y el pienso de Goro.

Ante la respuesta, Harimi arqueó con extrañeza las cejas, profusamente maquilladas a pesar de ser día de descanso.

—Papá, dime que no es verdad.

—¿El qué? —respondió Katsuyuki, deteniéndose al ver que ella paraba.

—Papá, si se trata de fideos instantáneos, en casa tenemos tal cantidad como para morir de una indigestión. También paquetes de papel higiénico y tanto pienso de perro como para venderlo al por mayor; por eso te pedí que dejases ya de

comprar, ¿o no? La semana pasada te lo dije.

—Ah, ¿sí? —Ante el tono fuerte de Harimi, él respondió balbuceando y por un instante dejó entrever cierto acobardamiento, pero enseguida, salvando las apariencias, se puso recto y dijo—: En todo caso, lo hice por prudencia.

—¿Sí?, entonces, ¿qué pasará si al final el tifón se desvía?

—En ese caso, podremos reírnos en familia al ver que todo resultará inútil. Pero todo esto es algo que hay que preparar ante una situación impredecible. Con la debida prudencia, podremos reírnos; en cambio, si nos dejamos llevar por la confianza, podemos vernos en un aprieto. Además, si el tifón se desviara, en nuestra zona seguro que habría afectados por el desastre; en ese caso, lo donaremos todo. Podríamos apuntarnos como voluntarios, la familia al completo, para ir a ayudar a la región afectada.

Katsuyuki volvió a insistir mientras daba tirones a la correa de Goro.

Harimi , por su parte, abruptamente dio por zanjado el tema y reemprendió la marcha.

—¿Papá haciendo voluntariado? ¡Qué cosas dices!

Katsuyuki intentó volver a la carga, pero al final se dio por vencido. Se acordó de un objetivo adicional por el que había ido y que no tenía que ver con el mero hecho de pasear. Enseguida, echó a andar a paso lento sin perder de vista el sereno discurrir del cauce del río; al poco, se paró de golpe y miró a su alrededor.

A excepción de la diminuta silueta de Harimi en la distancia, no se divisaba un alma en las cercanías del agua. Tal vez había influido en el ánimo de la gente la advertencia de las autoridades de evitar salidas innecesarias.

En días normales el malecón estaría muy frecuentado por personas tranquilamente disfrutando al aire libre, corriendo, montando en bicicleta de montaña o paseando al perro, como Katsuyuki. Hoy, en cambio, no se veía a nadie.

En la orilla opuesta por fin divisó una bicicleta describiendo una línea oscilante que parecía una diminuta judía en el horizonte. Observó el río y dijo entre dientes: «Ni trazas de que llueva todavía, pero todo el mundo se mantiene alerta

exageradamente». En la orilla solitaria del río sólo se divisan guijarros de diversas formas y colores, ocre rojizo, blanquinegro, ni sombra siquiera de un solo pescador que apuntase con su caña a la corriente, que discurría plúmbea y creciente. Hacía un rato que un pájaro negro de agudo trino sobrevolaba el cielo de nubarrones continuamente cambiantes. Preguntándose si habría nueva información sobre el tifón, Katsuyuki echó un vistazo rápido a las noticias. Después encendió la cámara, enfocó con su smartphone y empezó a buscar el mejor ángulo.

Aunque era meticuloso con el encuadre, las numerosas fotos del río que almacenaba no tenían nada de especial. En cierto momento, su perro se cobijó entre sus piernas. Katsuyuki apartó la mirada del visor:

—Goro, ¿qué te pasa ahora? A ver si es que te da miedo el tifón. —Mientras le hablaba así, dejó de tomar fotos y lo levantó en brazos. Era un *mame shiba* japonés pequeño de patas cortas. Katsuyuki miró contento la cara del perro jadeante con aquel aire absorto como de pocas luces—. Goro, aunque el río se desbordase, nuestra casa está a salvo.

Contempló con orgullo un bloque de pisos en la lejanía. El edificio en el que vivía se encontraba a cierta distancia del río, pero desde donde estaba ahora se apreciaría más o menos a una persona que se asomase a la terraza de su apartamento. Katsuyuki señaló con el dedo el piso esquinero en la planta más alta del edificio y empezó a explicárselo al perro como un niño contento al recibir un premio.

—Mira, es allí. La planta más alta de aquel edificio marrón. Lo ves, ¿verdad? Goro, allí es donde papá compró un piso. Bueno, a decir verdad, en la primera planta también había uno libre, era 3600000 yenes más barato, pero ahí la erosión, el polvo y el ruido son tremendos. Además, la razón principal fue el inconveniente de vivir en la primera planta de un edificio construido sobre un terreno por debajo del nivel de un río caudaloso y cercano como éste. Me pregunto qué pensará de todo esto la gente que viva en un piso como ése. Suerte tenemos, Goro, de vivir en uno tan alto.

Volvió a depositar al perro sobre el suelo y reemprendió su

absurda y minuciosa toma de fotos de la ribera. Al poco, tras acabar, Katsuyuki, muy satisfecho, seleccionó con un diestro movimiento en la pantalla del móvil la carpeta «Mis eventos». Contenía distintos álbumes, cada uno con su correspondiente título: «Septiembre 2015, tifón», «Mayo 2016, terremoto», «Octubre 2018, lluvias torrenciales», etcétera. Creó una carpeta con la fecha de ese día y guardó en ella las fotografías del río recién captadas.

Mientras contemplaba sonriente la carpeta, Katsuyuki volvió al bloque de pisos. Dio la vuelta por el aparcamiento de propietarios hasta la entrada trasera, introdujo la llave en la puerta metálica del portal y accedió. Tras bajarse del ascensor en la planta once, comprobó que no había nadie en el pasillo comunitario.

—Venga, Goro, vamos. —Dicho esto, acto seguido puso en el suelo al perro, que llevaba en brazos.

Estaba terminantemente prohibido soltarlo en los espacios comunes del edificio. Sin embargo, cuando no había nadie en el pasillo, Katsuyuki siempre lo soltaba. El motivo era evidente: era un incordio tener que llevar al perrito en brazos. Harimi, que se preocupaba de lo que dirían los vecinos, siempre se lo reprochaba, pero él no hacía ni caso; en tales ocasiones, daba golpecitos al papel colgado en el ascensor que advertía: «No suelte al perro» y expresaba con orgullo su particular punto de vista al respecto. Katsuyuki pensaba así en voz alta:

«En primer lugar, últimamente siento vergüenza ajena cuando veo que alguien espera a que el semáforo se ponga verde ante un cruce de peatones en una calle sin coches. Me da miedo pensar que respetamos semejante norma sin cuestionarla por el simple hecho de que así está determinado. Me parece una forma de pensar un tanto peligrosa. Las normas son producto de la conveniencia de algunos a quienes les conviene que se respeten, pero lo único que buscan es amenazarnos imponiendo su conveniencia, la norma en sí misma les da igual. Por ejemplo, a la empresa administradora de esta finca, mientras no haya conflictos entre los vecinos, en realidad no le importa nada. Eso es lo que insinúa este

papelito. Yo, que voy por delante de la gente de hoy, he captado ese significado entre líneas; ya sabes, estoy acostumbrado a funcionar apurando hasta el límite las líneas rojas».

Nada más abrir la puerta, desde la habitación para cambiarse de ropa se oía el sonido de la lavadora de tambor. Al ver en el zaguán de la entrada para descalzarse las zapatillas de correr de Harimi, Katsuyuki la llamó —«Oye, mamá»— y subió a Goro cogiéndolo en brazos desde atrás. Ella, que ya iba con vaqueros y se había soltado el pelo, apareció en el pasillo con una toallita húmeda en la mano. Mientras le limpiaba las patas a Goro, le dijo:

—Antes de que llegue el tifón tengo que hacer varias cosas; papá, ¿tienes algo que hacer?

—Bueno, podría ocuparme de preparar las cristaleras.

—Muy bien; por cierto, ahora que lo dices, ¿queda cinta para proteger las ventanas? Papá, el otro día dijiste que la habías usado toda, ¿no?

—Ah, es verdad.

Ante la indicación de Harimi, Katsuyuki gesticuló y ladeó la cabeza exageradamente.

—Bueno, con todo el material que sueles comprar para casos de emergencia, seguro que queda alguna. —Miró con frialdad de reojo hacia la habitación de Katsuyuki. Éste, tras encajar la imponente mirada de la esposa, balbuceó, incómodo y ambiguo:

—No, es que… Pues… no sabría decirte… —Pero, al percatarse de la arruga que se le iba formando a ella al fruncir el entrecejo, dijo con voz más decidida—: Bueno, no pasa nada. Iré a buscar cinta a Nakamuro. —Seguidamente, colocó a Goro en la entrada de casa.

—Papá…

Sin pararse a escuchar a Harimi, Katsuyuki se marchó, con pasos ruidosos, por la puerta a la derecha del pasillo.

Entró a una habitación del tamaño de ocho tatamis de estilo occidental con vestidor, el dormitorio.

Junto a la ventana había una cama grande en la que dormían Harimi y su hijo Katsumichi. Al otro lado, junto a la

pared, como apartado, había un futón sobre el suelo asignado para uso personal de él. Al principio dormían los tres alineados en la cama grande, pero, como de año en año los ronquidos de Katsuyuki eran cada vez más insoportables para su familia, le asignaron un futón aparte.

Sacó una billetera alargada que llevaba en la cartera de trabajo. Después se puso sus sandalias preferidas para pasear de resina sintética de plástico. Justo en ese momento, Harimi, desde el retrete, tras tirar por la taza del váter las cacas de Goro, le dio la puntilla:

—Y que no se te ocurra comprar nada más. Que al final vamos a dar que hablar en el vecindario.

—Sí, sí, vale.

—Ah, y no des muchas vueltas. Es peligroso.

—Tengo tiempo de sobra, la previsión es que hasta las siete de la tarde el tifón no pase directamente por aquí.

Dejó a la mujer con la palabra en la boca, abrió la puerta y salió solo de casa andando con paso tranquilo.

El piso, reformado de arriba abajo y comprado por Katsuyuki cuando rondaba los treinta y cinco años, se encontraba en un bloque inmenso de viviendas a las afueras de Tokio. Aunque estaba un poco distante, a unos veinticinco minutos a pie, de la estación más cercana, en los alrededores se podía disfrutar de zonas verdes con parques y un río; los pisos constaban de tres dormitorios, por eso la mayoría de los inquilinos, al igual que la familia de Katsuyuki, solían ser matrimonios con hijos. En las cercanías, se habían construido numerosos bloques con pisos para familias con niños muy populares por entonces. Su edificio con fachada de color ladrillo, que le daba un marcado tono de antigüedad, no era de construcción reciente; por eso su precio era mucho más asequible que en otros bloques.

Ésa no era la única razón, no obstante. El bloque de pisos estaba cerca de una fábrica de hormigón que abría desde primera hora de la mañana hasta la noche. Era constante el ligero temblor producido por la maquinaria pesada y el trasiego de los camiones. Eso afectaba directamente a los inquilinos de los pisos de las plantas bajas en forma de polvo,

ruido y vibraciones; ni siquiera podían tender la ropa en el jardín o la terraza. A Katsuyuki, como inquilino de uno de los pisos más altos, en cambio, aquellos problemas no le afectaban lo más mínimo.

Ambos solían hablar de la vida de los vecinos de abajo mientras contemplaban las vistas desde su terraza en la planta once. Se divisaba la superficie del agua del río irisada por los reflejos del sol; aquella ribera sosegaba el espíritu con sólo mirarla. En días despejados se distinguían las cumbres del monte Fuji coloreadas de hermosos tonos blancos y las riberas de profusas gramíneas brillaban entre vivaces reflejos dorados. Los dos hablaban desde la terraza de tal modo que casi diríase que el paisaje les pertenecía.

Katsuyuki desde siempre tuvo un especial apego singular por contemplar el panorama desde las alturas. Ya antes de casarse con Harimi, solía llevarla en sus citas a restaurantes en rascacielos o miradores; en esas ocasiones señalaba, contento, el exterior tras las ventanas empotradas y con sarcástica sonrisa en los labios decía: «Mira, las hormiguitas no paran de trabajar allá abajo». Las mujeres con las que había salido hasta ahora no daban señal de molestarse ante tales comentarios, sólo Harimi le reprochaba sin medias tintas su manera de expresarse: «Basta ya de hablar así».

Durante la reforma de los interiores, Katsuyuki tuvo claro que debía cambiar las ventanas del lado de la terraza por unas de doble marco que aislaban del ruido. La hipoteca la habían fijado hasta los sesenta y cinco años. También contrataron un seguro para cubrir descubiertos por si acaso él fallecía.

Katsuyuki, que había salido de casa como huyendo de la mujer, recorrió el largo pasillo hacia el ascensor. Mientras andaba, iba pasando revista a la pequeña entrada de cada piso, custodiada por una puerta metálica. Criticar esos espacios era una de sus diversiones secretas. Cuando salía a andar con Harimi comentaba, dándose aires de inteligente: «Aquí se refleja la personalidad de todos los integrantes de la familia de esa casa», y empezaba hacer una valoración de la entrada de la gente aunque no se lo hubiera pedido nadie. El contenido de sus comentarios venía a ser el siguiente:

—En primer lugar, personas nerviosas que dejan tranquilamente a la vista de todos su privacidad en este espacio; me parece increíble. Lo propio sería taparlo con una valla o algo por el estilo. Y encima teniendo tan cerca la tienda de Nakamuro.

—La verdad es que sí. Al menos podrían comprar un contenedor o algo así para guardar cosas en el exterior de casa.

—Así es. Mira ésa, hay un montón de basura acumulada. Qué guarrería.

—Bueno, bueno. La verdad es que no está tan arreglada como la nuestra. En casa por suerte te tenemos a ti, que eres todo un manitas.

—Es lo normal. Mantener su buena apariencia equivale a mostrar un mínimo de educación respecto a todo el bloque. Como la cancela de los pisos es tan sosa, quedaría mejor poner en la parte de arriba un toldo oblicuo pintado en un agradable marrón oscuro.

—Ah, ¿sí?

—Pues claro.

—Excelente. Pero ¿por qué te tomas tantas molestias en hacer eso?

—Ya te lo dije, es una manera de contribuir a elevar el valor de estas propiedades.

—Entiendo.

—Así es, pero, como soy el único que se esfuerza, no sirve de nada por culpa del pésimo gusto de esa gentuza.

—Ciertamente, en este edificio la gente tiene poco gusto. Aunque sea con intención decorativa, es un poco raro colgar plantas tan extrañas en estos enrejados baratos. También se ven muchas cerámicas, pero, cómo diría, en su conjunto parecen más bien boniatos.

—Qué le vamos a hacer, es lo que pasa en las pedanías. Lo sorprendente es lo mucho que se parecen en su falta de gusto, que se propaga por doquier.

—¿Quieres decir, entonces, que dentro de poco a nuestra casa le ocurrirá lo mismo?

—A fin de cuentas, esta gente es de la que espera siempre a que el semáforo se ponga verde antes de cruzar. Viven

anestesiados, uniformes con el entorno, como si fuera lo más normal. Pero nosotros somos diferentes, ¿no? Actuamos con nuestras propias normas.

—Sí, puede que sí. Además, en el vecindario, somos los únicos que hemos tenido sólo un hijo, como planificamos, ¿verdad?

Habían mantenido innumerables veces conversaciones de ese tipo, pero Harimi siempre fue una mujer propensa a olvidarse de dichas charlas, por repetidas que fueran. Una vez ya medio convencida por su argumentación, él acababa con aire triunfante:

—Está claro que sólo nosotros vivimos como debe ser.

Katsuyuki llegó al ascensor. Su piso, el número 1112 de la planta once, era el más alejado del aparato.

«En un edificio tan grande al menos debería haber dos zonas con ascensores», refunfuñaba siempre, pero el único problema no era su emplazamiento, sino que sólo había dos para los más de ciento cincuenta inquilinos del edificio.

Como había previsto, ambos estaban parados en la primera planta.

Ladeó el cuello y chasqueó la lengua. Pulsó repetidamente los dos botones de bajada de mal humor. Mientras esperaba impaciente el ascensor, oyó que se abría la puerta metálica de un piso. Al darse la vuelta vio a un joven con jersey con capucha y muletas que se disponía a recorrer paso a paso el largo pasillo comunitario.

Antes de que cruzasen la mirada, Katsuyuki se dio la vuelta y se subió al ascensor que llegó primero simulando no haber visto al joven. Después le dio la espalda y pulsó repetidas veces al botón de bajada. Afortunadamente, bajó de golpe hasta la primera planta sin pararse. Al salir, echó un vistazo al panel indicativo; al comprobar que el otro se acababa de parar en la planta once, con un rápido movimiento le dio al botón de llamada. Tras calcular que el joven todavía no se habría subido, le dio adrede para que bajara vacío. Se marchó rebosante de alegría al lograr evitar que otra persona usase el ascensor que él había llamado.

Si seguía por la izquierda, llegaba a la entrada en la que estaban los buzones de la comunidad y los cajones para entregas de paquetería, el lugar donde había permanentemente un portero. Por la derecha, en cambio, se pasaba por el aparcamiento elevado para propietarios. Katsuyuki, sin dudar, se dirigió hacia allí franqueando la puerta de enrejado blanco y desconchado del aparcamiento.

Una vaga oscuridad teñía el cielo y las nubes surcaban su superficie como nadando. El viento todavía no soplaba fuerte, pero empezaba a detectarse el potente aroma de los robles de hoja de bambú plantados en la ribera, que inundaba las cercanías de una atmósfera tensa, intranquilizante. Katsuyuki aspiró el aire húmedo y fue por el lado del espacio comunitario para dejar la basura. Pasó por las hileras marcadas sobre el suelo del aparcamiento y al llegar a la zona de pago, con su techo alto, se detuvo e hizo una mueca, riendo para sus adentros. El lugar que observaba era el aparcamiento de pago por mensualidades que había alquilado Katsuyuki para su coche.

Cuando se mudó a las afueras compró un monovolumen de una marca japonesa de color granate con una gran pantalla en el techo. Entre semana, para acudir al trabajo se desplazaba en bicicleta hasta la estación, pero su mujer, ama de casa, en cuanto era festivo enseguida quería ir a algún sitio y pidió un crédito para comprar el coche. Katsuyuki en ese monovolumen familiar llevaba a esposa e hijo al zoo, centros comerciales o lugares de acampada en la cercanía. El gran centro comercial al que siempre le gustaba ir a Harimi no es que estuviera a gran distancia, pero los fines de semana se formaba atasco para entrar al aparcamiento y en esas ocasiones la familia hacía tiempo viendo en la pantalla del coche algún programa televisivo grabado con antelación; entonces Katsuyuki casi siempre aprovechaba para alabar su acertada compra: «¿Habéis visto lo bien que hice en poner un monitor de los grandes?». De manera un tanto pesada insistía como pidiendo que alabasen su decisión y no paraba hasta que le diesen la razón.

Sin embargo, el monovolumen granate de marca japonesa hoy no estaba aparcado donde habitualmente. Katsuyuki,

alerta ante el posible desbordamiento del río, había llevado el coche al hogar familiar de Harimi, donde no había riesgo de inundación, aprovechando también para llevar a su hijo Katsumichi.

—Qué valor hay que tener para dejar el coche ahí sin saber cuándo puede o no haber inundación —dijo mientras miraba con una sonrisa desdeñosa otro vehículo aparcado al lado con una lona gris como cubierta. Después, silbando torpemente una melodía con andares patiabiertos, salió del perímetro del edificio.

En poco menos de treinta metros ya se divisaba el llamativo letrero de Nakamuro. No es que fuera un centro comercial conocido a nivel nacional, pero en las afueras gozaba de una sorprendente popularidad. Era bastante modesto. Tenía supermercado, tienda de productos para el hogar y bricolaje, tienda de electrodomésticos, tienda de todo a cien yenes, tienda de deportes, móviles…, entre otras más. Como en la cercanía no había ninguna otra tienda tan conveniente con productos de consumo diario, se podía decir que abastecía de todo lo necesario para la vida cotidiana a la gente de los alrededores. En los tiempos de la mudanza, recién llegados, Harimi solía decir: «Si ese centro comercial quebrase y tuviese que cerrar, sería una cuestión casi de vida o muerte». Cuando pasaba por delante solía comprobar que el negocio prosperase debidamente, pero con el tiempo era tanta la afluencia de clientes en Nakamuro que más bien se quejaba, desconcertada y sorprendida: «¿Es que no tendrán otro sitio a donde ir estas personas?». Katsuyuki, al oírla, decía en tono similar, asintiendo muy molesto: «Increíble, parece que todos tienen tanto tiempo libre como hasta para morirse».

Sin embargo, hoy era diferente.

Por lo normal, en un día festivo a estas horas, el aparcamiento, incluido el de la planta elevada, no era raro que estuviese al completo, pero hoy estaba casi vacío. Al acercarse, extrañado, desde la carretera hasta la entrada del aparcamiento vio dos conos colocados en los extremos y en medio una barra con un cartel informativo: «Debido al tifón, el

centro comercial permanecerá cerrado temporalmente». En cuanto leyó el cartel, se dijo:

—Ah, lo olvidé. Qué puñetas, cierre temporal. En momentos así es justo cuando tendrían que abrir sin dejarse llevar por el miedo. Vaya sandez. Este Nakamuro… —dijo, escupiendo quejas; de un puntapié tiró el cono y volvió por la acera perfectamente pavimentada.

Llegó en quince minutos, pero en la tienda de conveniencia más cercana también había un letrero colgado en la entrada: «Nuestro horario comercial de hoy será hasta las tres de la tarde».

Katsuyuki, como de costumbre, nada más cruzar la puerta automática cogió un cesto de plástico naranja; sin embargo, empezando por la esquina donde colocaban el pan y los cereales, pasando por la zona de pañuelos de papel, jabón y productos de uso cotidiano, los aperitivos salados para acompañar con el sake, el pienso para gatos y la esquina con latas de conservas, todos los estantes estaban vacíos, como quedarían al cerrar la tienda.

Con todo, Katsuyuki, al detectar un olor a vinilo seco en el interior del establecimiento, sintió que se le hinchaban las aletas de la nariz y empezó a andar, arqueándose hacia atrás. Se echó las manos a la espalda y, con aire de creerse elegido o superior y mirada sádica, fue leyendo los nombres de los productos inscritos en las etiquetas de plástico de los estantes. La gente de la zona los habría comprado y acaparado indiscriminadamente. Film transparente para alimentos. Bolsas de basura. Palillos desechables. Platos de papel. Bombonas pequeñas de camping gas. Papel de cocina. En ese tipo de estantes, por supuesto, no quedaba nada, ni cinta adhesiva de limpieza ni cinta adhesiva normal; Katsuyuki, con gesto egoísta, se pavoneó andando ante la vitrina vacía de las bebidas.

Descubrió que quedaba una a la altura de los pies y al instante alargó la mano y la cogió. Al comprobar que se trataba de un complemento nutritivo de gelatina, susurró, molesto:

—Es que ya tengo suplementos nutritivos como para dos semanas…

Cuando fue a devolver la bebida a su sitio, oyó la voz vehemente de una mujer.

Se detuvo y se dio la vuelta; frente al mostrador para pagar había una madre joven con un bebé en brazos. Apurada y jadeante, se dirigía con reproche al dependiente, que tenía las puntas del pelo teñidas de azul:

—Perdone, ¿ya no queda nada de comida? ¿Ni siquiera en el almacén…?

El empleado la informó escuetamente. La madre, alicaída al recibir su explicación, se puso a arrullar al bebé, que acababa de empezar a llorar; a distancia ya se percibían los apuros por los que estaba pasando; echó a andar hacia los estantes vacíos como sin poder resignarse.

Katsuyuki, con los párpados algo caídos desde hacía poco, observó con fijeza a aquella madre. Al fin, ésta, al darse cuenta de que aquel hombre que la miraba de forma intimidante, como para que no se moviese, tenía una bebida de suplemento nutritivo y se disponía a devolverla a su sitio, se detuvo en ese mismo momento.

Él, como presionado por la mirada de la madre, se miró la mano y de nuevo volvió a mirarla a ella.

La madre, como suplicante, le devolvió la mirada a Katsuyuki.

Éste enarcó las cejas, molesto, y frunció los labios. Después cruzó los brazos y luego, como si estuviera pensando, ladeó la cabeza, como diciendo en voz baja: «Hum…» o «Pero…», tras lo cual, como si se decidiera finalmente, susurró: «Sí, esto». Luego alzó la cabeza y se dirigió con su andar patiabierto a la caja registradora.

Tras pagar y recibir la compra en una bolsa de plástico, Katsuyuki salió fuera de la tienda dándose muchos aires y allí mismo abrió el botellín de gelatina y se lo llevó a la boca. Cuando ya casi se había bebido la mitad del contenido, chupando la botella, miró al interior de la tienda y la madre seguía observándolo con fijeza.

—Malísimo. No entiendo cómo esa gentuza puede beberse

esto. —Se apartó la bebida de la boca y la tiró a medias, sin titubear, en una papelera; a continuación, como si no hubiera pasado nada, emprendió tranquilamente la vuelta a casa.

—Papá, ya está la comida.

Al oír a Harimi, Katsuyuki dejó la tarea en la que estaba concentrado. Miró el reloj: ya era la una del mediodía.

Tras lavarse las manos y sentarse a la mesa, vio sobre el mantel su plato cuadrado favorito, que Harimi había hecho en un horno de la escuela de actividades culturales. En él había *onigiri* asado y pescado seco de jurel junto a un cuenco de sopa *tonjiru*; completaba el plato un poco de nabo en salmuera, que, como en el menú de un restaurante, nunca faltaba en la mesa. Harimi, con presteza de movimiento, tomó una foto del plato desde arriba con el smartphone.

—Por el momento, como hay que ahorrar en alimentos, preparé algo con lo que había, ¿vale? —dijo mientras se quitaba el delantal y se sentaba a la mesa. Ante ella, en un plato de cristal de tonos claros, había una pequeña ensalada de pasta.

—Ningún problema en absoluto. Además, si a uno no se lo dijeran, nadie creería que esta comida está hecha con unas pocas sobras. Es como un menú de restaurante de mil doscientos yenes.

Katsuyuki comenzó a comer a dos carrillos el *onigiri* asado con aroma de miso. Harimi también se puso a comer a la vez que miraba el smartphone; pasado un rato lanzó una ojeada a la cristalera a espaldas de su marido.

—Por cierto, ¿terminaste de asegurar las ventanas?

En el ventanal del suelo al techo de la terraza había cinta adhesiva entrecruzada describiendo los caracteres del kanji de *kome,* en líneas verticales, horizontales y oblicuas.

—Bueno, más o menos.

—¿Es seguro eso de la cinta adhesiva?

—Al quitarla es bastante engorroso, pero casi viene a ser lo mismo.

—Ya veo. Pero, pensándolo bien, ¿tendrá sentido hacerlo así?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —dijo Katsuyuki mirando a Harimi mientras echaba condimento picante *sichigarashi* a la sopa de *tonjiru*.

—¿No te acuerdas? Cuando reformamos el piso insististe en que te parecía absurdo que hubieran colocado ventanas muy resistentes. Dijiste que no podían llegar objetos peligrosos volando hasta un piso tan alto y que no era necesario.

Katsuyuki devolvió el condimento picante a la mesa y miró a Harimi, concentrada en enrollar la pasta con su tenedor.

—No era eso a lo que me refería —dijo un poco enfadado.

—¿No?

—Así es. El problema no es que se vayan a romper los cristales de la ventana. Si ocurriese algo, no querría lamentarme de no haberme esforzado en proteger nuestra libertad de acción. Esencialmente, nuestro deber como ciudadanos es proteger nuestras libertades y derechos con todas nuestras fuerzas. Por cierto, hace poco en las noticias una comentarista ya entrada en años se indignó porque no quedaba ni siquiera agua en las tiendas de conveniencia, ¿acaso estos desastres naturales no ocurren una sola vez más o menos cada cincuenta años? Es inaudito que diga que en una situación excepcional como ésta no está bien que, sin pensar en los demás, hagamos acopio excesivo de agua; es irresponsable hablar así cuando nuestro deber es garantizar nuestra libertad y nuestro derecho de acción. La gente que habla sin tener en cuenta este aspecto y alude al vínculo entre las personas o el comportamiento ético de los japoneses resulta un incordio, una molestia para los demás. Y encima está clarísimo que siempre es por culpa exclusiva de tipos así por lo que se forma un escándalo debido a las quejas que denuncian que la respuesta es lenta o no llegan las ayudas. Nada más que de pensar en convertirme en un ignorante orgulloso semejante, me da vergüenza.

Harimi se abstuvo de interrumpirlo al fijarse en el gesto contrariado y la respiración agitada de Katsuyuki.

—¿No dicen que a partir de ahora empieza un periodo histórico en el que compartir es muy importante?

—Claro, eso es lo que dicen quienes no tienen nada.

Él seguía comiendo a dos carrillos su *onigiri* asado; brillaban por su ausencia sus buenas maneras al comer.

—Quienes hablan de compartir son pobres o ricos que quieren ganarse el apoyo de los pobres, nadie más. Después de todo, en este mundo actual se dicta una guerra para lavarnos el cerebro. La victoria será de quien logre lavárselo a su enemigo. Y quien sufre el lavado ya no tiene más opción que vivir así para siempre. Ésa es la razón de que esa gente insista en la importancia de compartir y trate de vendernos dicho mensaje. Y, a pesar de que hablen así esos tipos, está claro que se comportan suciamente a espaldas de los demás. Por mucho que digan, luego son clientes asiduos a prostíbulos, corruptos o tiran la basura incombustible los días que toca la combustible. Fíjate, si no, en la inexplicable y desagradable cara de quienes hablan así.

Tras el despliegue de soberbia de su marido, Harimi, mientras se echaba agua en el vaso, añadió:

—Sin duda, toda la gente que te desagrada al final acaba metida en algún escándalo turbio.

—¡¿Verdad que sí?! Hace años que tengo calados a esos tipos en cuanto a hipocresía y engaños.

—Ya, pero… —De repente, ella intervino con un tono de duda—: Entonces, papá, dime, ¿por qué compraste un piso y tienes tu propio coche? Eso también forma parte precisamente del lavado de cerebro, el otro día lo leí en internet.

—Ah, bueno, eso… —Katsuyuki esbozó media sonrisa y, como haciéndose de rogar, se puso a sorber la sopa de *tonjiru* —. Por supuesto, ésa fue la opción que elegí después de haber meditado bien mi respuesta. Viviendo en este mundo en cierto sentido hay que hacer ver que nos dejamos manipular, si no, al final salimos perjudicados, eso es lo único que logramos. Cuando nos ven como personas que obstaculizan el trabajo nos pegan la etiqueta de tipos raros y nos miran fríamente; eso conlleva molestias. Por eso, en cierto sentido, si hacemos ver que también nos han lavado el cerebro y nos «camuflamos» con el entorno, resulta ventajoso. Y cuando uno no tiene hijos, igual, hay habladurías, se entrometen, así que por lo menos teniendo un niño se evita todo eso y se puede proyectar mejor

imagen como familia. Con los perros, más de lo mismo. Por eso, mamá, que subas fotos nuestras a internet es un buen medio de dar una imagen diferente a la gente.

—Papá, por cierto, tú haces muchas fotos, pero no subes ninguna a las redes sociales, ¿no?

Al oírla, en el rostro de Katsuyuki se apreció una inquietud creciente.

—Respecto a eso, es evidente que la razón es que quiero simpatizar lo mínimo con esa gente. Cuando yo tomo fotos, lo hago simplemente como si se tratase de tomar un registro o una anotación, es evidente. Además, nadie tiene por qué compartir mi forma de percibir las cosas ni darme la razón, ni tengo necesidad ninguna de difundir fotos. Sin embargo, la gente no se siente bien si no comparte algo con los demás, por eso suben fotos, ¿no? A través de los seguidores en redes sociales o la difusión de sus publicaciones pueden subrayar, acentuar su igualdad. Es evidente, yo las hago con otro objetivo. Mis fotos tienen un punto más académico, podría decirse que son como documentos de investigación. En principio, son algo muy personal; por eso cuando no podemos resistir la necesidad de publicarlas significa que estamos siendo víctimas de un lavado de cerebro que nos crea la tentación de compartir.

Hiromi, al ver a su marido tocarse la barbilla altivamente mientras hablaba, dijo:

—Entonces, era por eso. No lo sabía. Papá, pero, dime, ¿qué te pasa desde hace un rato?

—¿Que qué me pasa?

—¿No estás mirando todo el rato hacia la ventana? —Harimi la señaló.

Katsuyuki, que estaba agradablemente inmerso en su discurso, bajó el tono de la voz, un poco avergonzado.

—Ah. El río, es por el río.

—¿El río? ¿Qué le pasa al río?

—Bueno, nada. Estaba pensando en cuándo se inundará. —Volvió a girar la cabeza para mirar un momento por la ventana.

—No tiene por qué, ni siquiera ha empezado a llover.

—Ya, pero… se prevén, a partir de ahora, lluvias torrenciales de las que ocurren una vez cada muchos años.

—Sí, eso dicen las previsiones… Qué miedo, ¿verdad? —Harimi, como preocupada, frunció el entrecejo. Katsuyuki se quedó un rato mirando hacia la ventana, pero al poco reanudó la comida y engulló el plato de acompañamiento restante; luego se levantó moviendo ruidosamente la silla—. ¿Ya has terminado?

—Sí.

—Recoge bien todo y déjalo en la pila, ¿eh?

—Sí. —Katsuyuki apiló los platos y la cubertería haciendo ruido en el fregadero; después, tras beberse un vaso de agua con paso nervioso, se dirigió al pasillo—. Acabo de acordarme de algo que tengo que hacer.

El lugar al que fue Katsuyuki era su cuarto.

Aunque era su habitación, estaba decidido que debería dejarla libre para su hijo Katsumichi, que en un año cumpliría diez; era de seis tatamis de dimensión. La pared estaba empapelada de arriba abajo, por decisión puntillista de Harimi, de un tono celeste como de cumulonimbos. En la habitación, gracias a la estantería a lo largo de la pared hecha por el propio Katsuyuki, se podían guardar muchos objetos que de ordinario no cabrían en una común.

Objetos relacionados con material de fotografía. Un sintetizador y herramientas de bricolaje. Él, que desde sus tiempos de universitario era de carácter receloso, tenía innumerables objetos personales, pero, gracias a su gusto por clasificar desde siempre, lo etiquetaba todo y lo mantenía pulcramente ordenado. En un tiempo aspiró a un trabajo creativo para sacar partido a su maña, pero, al juzgar que sería más provechoso obtener un sueldo fijo, al terminar la carrera se presentó a una oferta y consiguió un empleo en una empresa.

Harimi trabajaba en el departamento de administración general de una compañía con negocios comunes a la suya; así se conocieron. Por aquel entonces, a Katsuyuki le atrajo la capacidad de ella de escuchar con actitud receptiva a todo tipo

de personas y hacer que se sintiesen bien sus interlocutores; por eso le pidió formalmente iniciar una relación. Ella le contestó que sí, aunque bastante a la ligera: «Sí, vale».

También, cuando le pidió matrimonio y le propuso, con ocasión del nacimiento de su hijo, comprar un piso en una zona mejor situada en las afueras, aunque más lejos de la empresa, la mujer contestó sin darle muchas vueltas: «Vale, me parece bien».

Como ama de casa, Harimi daba especial importancia al interior del piso y los días festivos iba a comprar artículos diversos para el hogar y la cocina; también empezó a frecuentar un centro cultural para mujeres casadas o amas de casa; en fin, parecía disfrutar de la vida. De vez en cuando un grupo de madres amigas del edificio se juntaban para comer. Nada más entrar al salón hay colocada una estantería decorada con fotos del hijo a distintas edades y otras de celebraciones familiares en marcos hechos a mano, dispuestas ahí perfectamente para que las visitas sin falta las vean al entrar. Cuando Katsuyuki volvía a casa borracho, miraba tal repisa de fotografías familiares y comentaba:

—Ah, en estos tiempos que corren… qué bien tener una familia tan estupenda, además de un hogar, coche propio y trabajo. Nuestra familia es soberbia, nivel alto…

Lo decía vanagloriándose y, en respuesta a esas palabras, Harimi, a su vez, haciéndose masajes en las pantorrillas con un rodillo facial, lo secundaba:

—Qué razón tienes. No está bien decirlo, pero hay mucha gente alrededor desesperada buscando pareja para casarse o sometiéndose a tratamientos de fecundación *in vitro*.

Katsuyuki cerró alegremente la puerta de su habitación, cogió la radio portátil de la estantería empotrada y, tras sintonizar el programa que emitía información del tifón, se puso a trabajar en el tatami estilo Ryukyu elevado sobre una tarima que estaba confeccionando él mismo. Bajo ésta había un gran espacio para almacenar objetos en compartimentos y de ellos extrajo unas mochilas de color naranja y azul claro y empezó a sacar su contenido. Agua con una larga fecha de

caducidad. Guantes de trabajo. Bolsas de comida preparada. Mantas de aluminio. Champú para usar sin agua. Cuerdas. El kit de treinta objetos para casos de evacuación preparado por un técnico de prevención de desastres; Katsuyuki lo mejoró al máximo con siete objetos más.

Puestos todos ellos sobre el tatami, él asentía a la vez que se cruzaba de brazos, como preocupado.

—Todavía tengo la impresión de que me falta algo para que sea perfecto.

Se sentó en el borde de la tarima del tatami y examinó desde todos los ángulos el conjunto, hablando para sí y sacándole defectos; de repente, como si se hubiera acordado de algo, salió de la habitación y enseguida regresó con un plátano en la mano. Volvió a colocar los objetos del kit en su sitio y puso la fruta encima de todo; al levantar el peso, soltó:

—No, no, pesa demasiado.

A continuación, volvió a poner los objetos sobre el tatami. Tras el atareado Katsuyuki, Hiromi había abierto la puerta y, desde el pasillo, lo miraba fijamente.

—Pero ¿qué es lo que estás haciendo desde hace un rato?

—¡¿Eh?! Pero, bueno, al menos podrías llamar.

—He llamado varias veces —dijo Harimi, mirando con frialdad hacia la tarima del tatami—. Papá, no me digas que otra vez estás haciendo lo mismo.

Viendo lo sorprendida que estaba su mujer, Katsuyuki, algo serio, dijo:

—Como no sabemos cuándo comunicarán la alerta de evacuación, estaba haciendo una comprobación definitiva.

—¿No te dije que a nosotros no nos afectará la evacuación? Si estás libre, al menos podrías ayudarme. Tengo un montón de cosas que hacer.

—Puedes pedírselo a Ka *kun*, ¿no?

—Ayer se quedó en casa de mis padres.

—Ah, es verdad.

—Y durante un tiempo no pienso pedirles más ese favor. Mi madre me dijo que estaba cansada de que les confiase el cuidado del niño tan a menudo.

Al oír las quejas Harimi, Katsuyuki dijo en tono triunfante:

—Es comprensible. Muy posiblemente tu madre no es consciente de que ya es una persona con tiempo libre de sobra. A esa edad la soledad seguro que te hace sentir que vives de forma banal. Debes de notarte vacío. En realidad, si no le llevásemos a Katsumichi de vez en cuando, ¿no crees que sería ella misma la que vendría llorando a pedirnos que fuese?

No obstante, Harimi no parecía muy por la labor de escucharlo. Mirando hacia la tarima elevada del tatami, dijo:

—Son cosas para usar durante una evacuación de emergencia, ¿no? Lo mejor es llevar lo indispensable, ¿no crees?

Katsuyuki, ante sus palabras, respondió, molesto, con su habitual mueca de mandril:

—¿Cómo dices? Mira, si tuviésemos que ir a un refugio de emergencia, yo querría que el tiempo que pasemos allí, gracias a mi perseverancia, sea agradable y lo más parecido a estar en casa.

—Eso es imposible.

—Eso no lo sabes hasta que lo intentas. Mira, no dejo ni un momento de poner todo mi empeño en que nuestra familia sufra el menor estrés posible. Más bien, deberías estarme agradecida.

—Sí, pero…

—¿Pero qué?

—Pero llegando a implicarte tanto, haciendo todo eso, no parece que disfrutes precisamente.

Al oírla, Katsuyuki se quedó bloqueado, sin saber qué decir. Sobre la tarima donde estaba sentado, estaban el plátano, la cubierta para sentarse en el suelo, etcétera, todo desordenado. Muy serio y callado, fue recorriendo con la mirada el montón de objetos desperdigados. Solía comportarse así cuando quería engañar o disimular. Al fin, bajando la voz y con tono de gravedad, dijo:

—¿Y todo esto? ¿No tiene que ver con todo eso?

—¿Se trata de algo diferente, entonces?

—Sí, lo mires por donde lo mires, es una cuestión diferente.

—Vaya. —Harimi observó a Katsuyuki reemprender la inspección de la mochila de emergencia con ese gesto muy

suyo tratando de aparentar solemnidad. Cuando ya estaba decidida a volver a su habitación, se acordó de repente y se detuvo—. Papá, por cierto…

—¿Qué?

—Me dijiste que te avisase, ¿verdad? Ya está lloviendo.

En un abrir y cerrar de ojos, densas nubes cargadas de lluvia habían cubierto el cielo.

Katsuyuki observaba las gotas adheridas a los cristales de las ventanas de la terraza al tiempo que profería expresiones de significado indiscernible:

—Guau, guau.

Agitado y nervioso, daba vueltas en torno a la mesa del comedor. Harimi, que estaba fregando una olla en la cocina, al ver la televisión encendida en el salón le dijo:

—Papá, haz el favor de apagar la tele. ¿No ves que no paran de dar la misma noticia todo el rato?

Al oírla, Katsuyuki dejó de dar vueltas.

—Mamá, ¿no te parece que eso indica tener una percepción del peligro muy baja? Dijeron que pueden ser unas lluvias torrenciales sin precedente desde que acabó de la guerra. ¿O no? ¿Te has enterado?

—Sí, papá, pero nada de lo que hagas ahora cambiará la situación. Además, me pregunto a qué te dedicas ahí desde hace rato.

—¿Cómo? ¿Yo? Lo que me parezca. Estoy vigilando si el río se desborda. —Katsuyuki de nuevo se acercó a la terraza y pegó la cara al cristal de la ventana.

—Papá, aunque lo vigiles todo el rato, ¿no sabías que ahora las computadoras más modernas se ocupan de hacerlo y no hay nada que temer? ¿No te acuerdas de lo mucho que se comentó hace poco que nuestra ciudad invirtiera cuarenta millones de yenes en sistemas de bombeo de agua?

Ante la sorpresa de Harimi, Katsuyuki contestó enfadado:

—Sí, lo sé. Pero no sé qué decir respecto a confiar tanto en esas tecnologías de última generación. Lo que piensan los que están arriba no es para tanto. Si buscamos la causa de los accidentes más terribles sucedidos hasta ahora, la mayoría de

las veces se debieron a un error del sistema general o una avería de la maquinaria. Insuficiente simulación, avería del sistema de recuperación o alternativo, cosas así. Y, además, esos cuarenta millones proceden de nuestros impuestos, ¿no? Mira, al final en este mundo todo es política y connivencia. No puedes creer en sistemas de ésos sólo porque esa gente te lo diga.

Proferido lo cual, Katsuyuki abrió de malas maneras las ventanas de doble protección.

—¡Para! ¡Papá, cierra ahora mismo que entra la lluvia!

Él, sin hacer caso a los gritos de su mujer, se puso las sandalias de exterior y salió a la terraza. Escrutó el río aguzando la vista desde la esquina para fumar en la que normalmente había colocada una silla.

Como cabía esperar, sólo se veía una capa de neblina lloviznosa. Katsuyuki, incapaz de quedarse quieto, regresó al interior y se encaminó hacia el pasillo. Tomó un chubasquero del perchero y se lo puso con sigilo. En ese momento, apareció Harimi, que se había percatado de su extraño comportamiento, y en tono alarmado le dijo:

—Papá, no estarás pensando ir a ver el río, ¿verdad?

—¿El río? No, qué dices, ¿cómo se me iba a ocurrir algo así? —contestó Katsuyuki, cerrando la cremallera como quien no quiere la cosa.

—Ya sabes que cada vez que hay un tifón o un diluvio siempre sale la noticia de que alguien muere ahogado por haber ido a ver la situación. Gente como tú, papá. Gente que ignora las advertencias sobre el riesgo de ir a ver el río y hace como tú y se va tan tranquila a presenciar el diluvio y acaba arrastrada por la corriente.

—Ya te dije que no voy al río.

—Entonces, ¿a dónde vas?

Ante la pregunta, Katsuyuki dio una explicación enrevesada:

—Pues adónde va ser, voy a pasear a Goro. Antes sólo hizo sus necesidades una vez; creo que convendría que vaya una vez más.

Harimi, aunque todavía recelaba de las palabras del marido, tal vez dándose por rendida, en voz baja dijo:

—Ven, te preparo para salir. —Le puso la cadena y el chubasquero para perro a Goro—. En cuanto haga sus necesidades, volvéis sin falta.

En el momento en que Kastuyuki abrió la puerta haciéndose el sordo, un golpe seco de vendaval hizo saltar por el aire una foto familiar enganchada en el panel de corcho sobre el zapatero de la entrada. Era de un día de verano de barbacoa en el río. Katsuyuki con Goro en brazos, Harimi y Katsumichi, todos posando sonrientes con pinchitos de carne en la mano. La foto de la feliz estampa familiar agitada por el viento se zarandeó ruidosamente en el aire junto a él, que salía exprofeso en mitad del mal tiempo.

Sobre el asfalto del aparcamiento se formaban charcos por doquier que se extendían a lo largo de todo el suelo.

Katsuyuki, con su chubasquero de dos piezas con pantalón de color índigo comprado en Nakamuro y la capucha sobre la cabeza, dejaba sólo entrever los ojos bajo aquella indumentaria. Se dirigió rápidamente al exterior del bloque de viviendas. Tal vez debido a que la talla era algo grande, junto a sus botas de lluvia muy ruidosas por la holgura, lo seguía de cerca Goro con un chubasquero canino naranja y una lucecilla intermitente en el cuello y evitaba los charcos, nervioso, tras el amo.

Al llegar al río, dijo en voz baja: «Bien»; luego fue al malecón por un camino pavimentado, evitando la pendiente húmeda de hierba. En el momento en que se puso a tirar de la correa de Goro para hacerlo subir, oyó a sus espaldas el ruido violento del cauce del río. Se notaba que estaba aumentando su caudal.

Al otro lado de la orilla se extendía la ribera con su suave pendiente llena de piedras, pero ya una tercera parte estaba inundada de agua; el río se iba ensanchando poco a poco, ganándole terreno al suelo. Katsuyuki, mientras observaba la rápida corriente, sacó su smartphone del chubasquero metido en un estuche de protección contra la lluvia y, con la cámara, se puso a tomar fotografías del paisaje. Tras hacer numerosas instantáneas, decidió darse un respiro. Cuando se volvió hacia

el bloque de pisos en el que vivía, se dio cuenta de que la correa desplegable del perro le había desaparecido de la mano.

—¿Goro?

Miró alrededor, pero el animal no estaba por ningún lado. Katsuyuki, nervioso, observó el río y el camino a lo largo del malecón; después echó a andar rápidamente siguiendo la corriente.

—¿Goro? ¡Goro!

Era un perro de ojos marrones y redondos de una especie que siempre le había gustado a Harimi. Al poco de casarse no tuvo más remedio que aceptar comprarlo ante la insistencia de la mujer. Sin embargo, como al poco de empezar a criarlo en casa ella se quedó embarazada, de repente Katsuyuki tuvo que hacerse cargo de todos los cuidados del perro, a excepción de darle la comida. Como era muy obediente y cariñoso con su dueño, éste lo quería, y eso hacía que el animal todavía se encariñase más, lo que, a su vez, aumentaba el cariño de Katsuyuki por Goro, y así iba repitiéndose el proceso, de modo que ambos cada vez se encariñaban más el uno del otro.

Cuando caminaba al atardecer con él por el malecón teñido de rojo, mientras escuchaba el discurrir sereno del río con el ruido de fondo del vocerío de un equipo de béisbol escolar entrenando en la cercanía, Katsuyuki, satisfecho, le dijo una vez al perro:

—No nos podemos quejar de nada, Goro, ¿verdad?

Sin embargo, ahora, en su cara brillaba por su ausencia cualquier asomo de serenidad. Su rostro estaba atenazado por una presión invisible: la idea de la muerte del perro. Le dio mucha ansiedad anticipar una situación tan desagradable y lejana a su tesitura actual, totalmente despreocupada.

—¡Goro! ¡Goro! —gritó medio enfadado.

En ese momento oyó un débil ladrido mezclado con el borbotear del río. Katsuyuki fijó la vista en dirección al cauce del río y lo vio ladrando hacia un punto del río.

—¡Goro! ¿Qué haces ahí?

Bajó con cuidado la pared de hormigón que recubría el dique, llamando al perro, que seguía un poco alejado del agua con la cola levantada, ladrando en dirección al centro del

caudal.

Katsuyuki tiró de la cadena mojada y llena de barro.

—Que no se te ocurra volver a hacerlo otra vez.

Al tratar de cogerlo en brazos, el perro se zafó y se puso a ladrar más fuerte que antes.

—¡¿Pero qué te pasa, Goro?! —Miró en la misma dirección que el perro y al fin se dio cuenta de lo que ocurría—. Ah —dijo en voz baja.

Una roca no muy grande sobresalía como una islita a punto de ser engullida por la turbia corriente. En una pequeña concavidad de la roca un animalillo aislado por el torrente piaba.

Katsuyuki, al oír su piar, supuso que sería un pato. Se acordó de una noche del año pasado cuando, después de cenar, vio con Harimi un documental de animales de los que tanto le gustaban a ella. El episodio narraba la vida de un ánade picopinto chino y sus crías.

La mudanza del pato. La mamá guía a sus polluelos, que dan sus primeros pasos mientras observan la escena los vecinos del entorno con una sonrisa en los labios; de vez en cuando un hombre con una bandera interviene para parar el tráfico y los vehículos se paran en el arcén con objeto de facilitar el tránsito de los patitos hacia su hábitat natural a orillas del río.

Katsuyuki, mientras estaba sentado en el sofá tomando una cerveza, comentó:

—Mamá, ven que empieza uno de tus documentales favoritos.

Harimi acababa de fregar los platos y, secándose las manos en el delantal, dijo:

—¿Sí, de verdad? Quiero verlo, sí.

Se sentó al lado de él, que estaba ahora tomando un pudin en una mesilla baja frente al televisor.

Al principio ella observó, risueña, la aventura de los patitos, pero, cuando uno de los patos y sus seis polluelos se perdieron y acabaron presa de gatos y cuervos, poniéndose junto al hijo, empezó a decir: «Pero bueno, pero qué hace, qué poca compasión»; mostraba su indignación por la actitud del cámara

grabando todo impasible la escena. Katsuyuki, repantigado en el sofá, tomaba aperitivos salados de soja, miso y *togarashi:*

—Bueno, bueno, no es para tanto. Ya lo indicaban en la pantalla: «Grabado siguiendo las indicaciones de especialistas sin interferir en el comportamiento animal». Aunque te resulte cruel, la naturaleza es así.

—Ya, pero desde el momento en que alguien presencia en directo lo ocurrido y lo graba con una cámara, resulta algo artificial. ¿Qué le costaría ayudarlos? ¿Qué necesidad hay de asistir a su muerte en directo?

—¿Qué sentido tendría salvar sólo a estos seis patitos? De hecho, que nosotros vivamos a salvo con el estómago lleno no es más que una prueba de que asistimos siempre impasibles a la muerte de otros seres vivientes. No tenemos ningún derecho de atacar a ese cámara por grabar el momento en que los patitos mueren.

—Entonces, papá, dime, ¿tú no sientes nada al ver cómo mueren esos patitos?

Katsuyuki, previo eructo, respondió a Harimi, que tenía los ojos humedecidos por las lágrimas y abrazaba a su hijo Katsumichi.

—Por supuesto que me dan pena, pero, por mucho que lo piense, «la realidad» no cambia en absoluto. Esos patitos van a morir. Supón que los ayudamos; igualmente, en cualquier otro lugar en ese mismo instante mueren incalculables seres vivos. Por tanto, no tiene ningún sentido que yo me preocupe o me pregunte qué siento ahora por esos patitos. Se podría decir que la mayor falacia es cerrar los ojos a la realidad.

Harimi escuchó las palabras de su marido, ya bebido, mientras miraba la televisión, hasta que en cierto momento de repente ladeó un poco el cuello y le preguntó de golpe:

—Papá, ¿qué harías si Katsu y yo estuviésemos a punto de ahogarnos? ¿No nos ayudarías?

—¿Y a qué viene eso ahora? Pues claro que lo haría.

Katsuyuki bebió un poco más de cerveza mientras reía, pero Harimi, sin darse por convencida, insistió:

—Pero eso no es lo que has dicho antes. ¿No acabas de decir que al mismo tiempo otros incontables seres vivos estarían

siendo aniquilados?

—Sí, pero la familia es diferente.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? ¿No te parece que vuestra muerte sería un daño integral para mí? Sería insoportable. Yo quiero vivir siempre en una situación favorable, sin que me falte nada.

Tras el argumento de Katsuyuki, Katsumichi, que hasta entonces había escuchado en silencio a sus padres, se volvió hacia el sofá y le dijo:

—Entonces, ¿quieres decir que como no tienen relación contigo no piensas salvar a esos patitos?

Harimi, a espaldas de su hijo, aguardaba muy pendiente la reacción de Katsuyuki. Éste carraspeó un poco y, sin su expresión relajada anterior, sino con gesto muy serio, dijo:

—Katsumichi, presta atención a lo que te voy a decir. Puede que en el colegio no te lo hayan enseñado, pero tu obligación como ciudadano de esta nación es defender por ti mismo tu libertad y tus derechos. Aunque nadie lo reconoce abiertamente, cuando no tenemos holgura para ayudar a los demás lo prioritario es nuestra situación; lo que pasa es que lo ocultamos porque no queremos que piensen mal de nosotros. Pero que sepas que papá opina que esa gente es la que de verdad es sucia y no la que se comporta de forma egocéntrica. Yo creo que las personas que priorizan su situación al cien por cien con un juicio sereno son las verdaderamente auténticas, son más bien las personas que merecen nuestra confianza. Katsumichi, seguro que también quieres llegar a ser alguien así algún día, ¿verdad?

El crío le contestó mirándolo a él y a la tele alternativamente.

—Ya, pero yo querría salvar a los patos.

—Bueno, pero, aunque digamos eso, al final el ser humano es por naturaleza egoísta. Una cosa son los ideales y otra bien distinta es la realidad. En una situación así, acabarías por traicionarte a ti mismo. Por eso, para evitar incoherencias en momentos críticos, papá, desde siempre… —Al percatarse de la mirada de disgusto de Harimi a su lado, tosió adrede y rectificó—: Bueno, por hoy es suficiente, Katsumichi, ve a

bañarte. No puedes estar levantado hasta tan tarde viendo la televisión, que, además, mañana tienes colegio.

Dando por finalizada la conversación su padre, el crío tuvo que ir a bañarse. Cuando Katsuyuki volvió del lavabo, Harimi estaba riendo a carcajadas viendo un concurso en otro canal.

—Mamá, ¿qué ha pasado con el programa de los patitos? ¿Ya no quieres verlo?

—¿Los patitos? Ya tuve suficiente; además, ya ha terminado. —Se le derramó una lágrima por el rabillo del ojo, que rápidamente se enjugó.

El patito que había quedado aislado en el pequeño islote de piedra en mitad del cauce estaba mojado y cada vez más debilitado.

Kastuyuki, junto a Goro, observaba la situación desde la orilla; al fin, como si se hubiera acordado de repente, sacó su smartphone y empezó a pulsar el obturador en silencio; obstinado, trató de capturar el momento en que el patito se ahogaba en la corriente turbia del río. Sin embargo, al darse cuenta de que le iba a tomar más tiempo del esperado, dijo por lo bajo:

—Bueno, ya es suficiente con esto. —Luego se dio la vuelta y enfiló el malecón.

Goro, como resistiéndose, se sentó sobre una roca; aunque Katsuyuki tiraba de la correa, el perro no se movía. Ante dicha actitud, profirió diversas órdenes, enfadado:

—Vamos, ¡haz el favor!

Ya impacientado, chasqueó la lengua, cogió una pequeña rama mojada del suelo y probó a darle unos golpecitos en el trasero a Goro, que echó las orejas hacia atrás y emitió un ronquido nasal. Katsuyuki no dejó de tirar con fuerza y, tras una serie de tiras y aflojas ruidosos, logró recoger la correa.

Finalmente, el animal levantó el culo. Él, como orgulloso de su victoria, le dijo:

—Qué perro que eres, cómo te haces el remolón.

A continuación, con su habitual caminar patiabierto, empezó a subir la pared de hormigón del dique. A espaldas de ambos, el patito volvió a piar. Parecía extenuado; sin embargo,

pronto quedó el sonido ahogado bajo el murmullo del torrente de agua.

Tras volver del río, Katsuyuki, repantigado en el salón, seleccionó las fotos que acababa de tomar y las añadió al álbum; en ese momento, Harimi, que no dejaba de hablar con alguien desde el pasillo, lo llamó:

—Papá.

Él guardó rápidamente las fotos del patito y, alzando la cabeza, dijo:

—¿Qué quieres?

—Es que quería preguntarte algo. —Harimi, con delantal puesto, se fue hasta la cocina y volvió a encender el fuego de la sartén. El plato de *kinpira renkon* que estaba preparando se había enfriado tras la larga llamada de teléfono y, quejándose entre dientes («Qué desastre»), se puso a rehogarlo en la sartén —. Está lloviendo cada vez más fuerte desde hace un rato, ¿verdad?

Katsuyuki, tras echar un vistazo a la ventana, asintió y, con los palillos, tomó un poco de un platito de pechuga de pollo sobre la mesilla baja. Hacía un momento que ella se lo había servido, porque no cabía en una fiambrera; mientras masticaba con feas maneras la blanda pechuga adobaba en *shiokoji*, Harimi le dijo:

—Por lo visto, el señor Banba y su esposa están muy preocupados después de ver las noticias del tifón.

—¿Son los vecinos que viven en el primero?

—Sí, ésos. Una vez estuvieron en nuestra casa. Tienen tres niños.

—Ya, ya, te refieres a esa familia numerosa. Entonces, ¿la mujer está asustada? No me parecía de las que se asustase por esas cosas.

—¿Cómo dices eso? Aunque te dé esa impresión, es de todos conocido que padece de preocupación enfermiza.

—Vaya.

Harimi, con unos palillos largos de cocinar, seguía rehogando el sofrito de *kinpira renkon* y asintiendo.

—Pues sí, ya ves. —Al percatarse de que el aroma del aceite

de goma y la soja crepitantes se extendía por toda la habitación, puso más fuerte el extractor de la cocina—. Escucha —le dijo—. La familia Banba dice que quiere ir a un refugio de evacuación cuanto antes, por la llegada del tifón.

—¿Al refugio? ¿Ya abrieron el de la escuela de primaria? —Katsuyuki, mientras cambiaba con el mando a distancia, asintió como si tal cosa.

—Pues no sé si está abierto ya ese refugio… —dijo ella—. En cualquier caso, dicen que les preocupa ir allí.

—¿Qué les preocupa? ¿A qué te refieres?

En la televisión, a excepción de series ya emitidas, no había más que noticias sobre el tifón. Katsuyuki se llevó a la boca otro trozo de pechuga mientras miraba la pantalla del televisor.

—Pues no lo sé, pero puede haber muchos motivos, ¿no crees? Además, acuérdate, tienen a la abuela, que ya es mayor. Por eso, me dijeron que, si es posible, querrían venir a refugiarse a casa hasta el paso del tifón. —Dicho lo cual, Harimi añadió como si nada—: Te parece bien, ¿verdad?

Katsuyuki, que se disponía a dejar los palillos sobre el platillo en ese momento, se quedó quieto, con la mirada fija en la pechuga.

—¿Cómo? ¿Venir a casa? ¿Nuestra casa?

—Sí, claro.

—No, no, pero qué cosas dices. ¿Cómo? ¿Cuál es el motivo?

—Eso le pregunté yo también, pero dicen que, como en las otras casas todos tienen dos o más niños, que tal vez lo mejor sería en la nuestra…

—Qué tendrá que ver eso. Además, a quién se le ocurre decir semejantes cosas.

—Pues todas las madres piensan igual —dijo Harimi, empezando a impacientarse—. No es que lo dijese claramente, pero, como nuestro piso es el más alto, al final se comentó que aquí es donde estarían más seguros los Banba. Papá, tú siempre te enorgulleces de vivir en el piso más alto como si tal cosa, ¿no? Además, todos saben que sueles arramblar comprando de todo en Nakamuro, por eso comentan que aquí con lo que tenemos es un lugar seguro. Sabes que no puedo decirle que

no.

—De ninguna manera. No entiendo por qué nosotros tenemos que preocuparnos de la familia de Banba. Además, si viven en el primer piso, es porque ellos quisieron, ¿o no? Desde el momento en que lo compraron sabían que podía pasar esto. Nosotros, en cambio, tuvimos en cuenta el riesgo de los tifones y asumimos pagar 3600000 yenes más.

Al oír las quejas de Katsuyuki, que echaba casi espuma por la boca, Harimi asintió.

—Tienes razón. —Dejó escapar un suspiro y colocó el sofrito de *renkon* en un táper esmaltado.

Katsuyuki, con los palillos aún en la mano, todavía más indignado, siguió en sus trece:

—Esa gente dice lo que le conviene; lo mejor sería que se largasen al refugio de la escuela.

—Ya, pero…

—¿Pero qué?

—Es que ya le dije que podían venir. —Él, con los ojos más abiertos que antes, iba a decir algo cuando la mujer se le adelantó—: No podía negarme, sabes que sus hijos son compañeros de colegio de Katsumichi. Quedaría muy mal si me negase. Además, en casa de Banba, por lo visto, tienen un conejo y al refugio no se pueden llevar animales, así que ante todo les gustaría no tener que alejarse de su piso.

—¡¿Y a mí qué me cuentas?!

—Papá, haz el favor de no levantar la voz —dijo Harimi, arqueando las cejas mientras pasaba la mano por el sensor del fregadero—. Bueno, no te preocupes. Tampoco es que ya esté decidido que vayan a venir. Lo hemos hablado, en caso de que emitiesen una alerta de emergencia y el río alcance un nivel peligroso. —Katsuyuki, ya en pie, iba a decir algo, pero de nuevo ella prosiguió—: Además, ¿no crees que, si no hubieras ido a comprar a Nakamuro y arramblado con todo, no habría pasado esto? —dijo de manera rotunda y después se concentró en fregar la sartén en silencio y algo enfadada.

Él, llevándose las manos a la cabeza, se volvió a sentar y no acertó más que a decir:

—¿Y ahora qué? No entiendo nada.

Pero al poco, como si se hubiera acordado de algo trascendental, levantó la cabeza y se fue con prisas a su habitación.

Katsuyuki empezó a sacar alimentos de la mochila de emergencia que había dejado sobre el suelo de tatami: agua con caducidad de cinco años, pan blando enlatado, arroz precocinado, dulce de *yokan*, etcétera. Lo cogió todo con ambas manos y miró en derredor hasta encontrar una gran caja de plástico en la que guardaba herramientas y materiales de bricolaje sobrantes. Katsuyuki metió como pudo los alimentos de larga duración y, tras apretar firmemente los dos cierres laterales de la caja, la depositó en lo más alto del armario empotrado en el que guardaba sintetizadores de teclado y demás.

Harimi asomó la cara desde el pasillo.

—¿Y ahora qué estás haciendo?

Él, tras bajar de la escalerilla, sin decir nada pasó por delante de ella, que estaba en el marco de la puerta, y, casi apartándola, regresó al salón. Se metió como si tal cosa en la cocina americana y, con prisas y gestos torpes, empezó a sacar de la repisa de la nevera bolsas de fideos y latas de galletas. Harimi, con ojos de estar presenciando algo inquietante, volvió a hablar con él:

—Papá, ¿qué es lo que pretendes hacer?

—Es obvio. —Abrió el armario sobre su cabeza y, mientras comprobaba a conciencia si quedaba espacio libre, contestó, molesto—: Antes de que venga esa gentuza del primero, voy a esconder todos nuestros alimentos para casos de emergencia. Esa gente que a estas alturas se asusta exagerando tanto seguro que no ha preparado nada con antelación. No hay ninguna razón para que yo comparta con ellos mis importantes provisiones de emergencia. ¿Te parece extraño? Las personas que no se sacrifican en nada que asuman las consecuencias, que se coman el cemento. —Katsuyuki, con un paquete con cinco bolsas de fideos entre las manos, escrutó el salón.

—¿No crees que no es para tanto?

—¿Cómo?

—Hombre, no creo que vayan a coger nada de eso —le dijo ella, sorprendida.

—Vaya, mamá, por lo que veo no pareces entender nada. Tengo clarísimo que van a faltar muchas cosas cuando ellos se vayan de casa. La libreta de ahorros, tal vez, o el sello para firmar, o un billete de mil o diez mil yenes del monedero. Pero que sepas que, si eso ocurre, nadie se compadecerá de nosotros. Lo tengo clarísimo. Además, será responsabilidad nuestra haber confiado en los vecinos del primero y abrirles las puertas de nuestra casa. Con el fin de evitar problemas innecesarios con ellos, me estoy esforzando continuamente, como hago ahora. Al menos podrías agradecérmelo. Bueno, luego cerraré la caja fuerte; mamá, no te olvides tú tampoco de guardar tus cosas valiosas. Ah, y también la hucha de ahorro del nene —le indicó, con los ojos desorbitados del sobresalto.

Pero Harimi ya había vuelto a la cocina y empezó a preparar otro plato de verdura. Goro también estaba acurrucado durmiendo debajo del sofá. Kastuyuki, como dando rienda suelta a su pataleo, dijo:

—Es increíble. —Indignado, hacía aspavientos y gesticulaba, pero había algo en él que transmitía una insoportable ligereza.

Por suerte, como Harimi y Goro no le prestaban atención, ese lamentable estado pasó inadvertido.

Poco más de las cinco de la tarde.

Katsuyuki se había echado sobre una alfombra redonda de color verde menta. Una vez que hubo separado los fideos en bolsas distintas, se propuso ocultarlos entre el hueco del sofá y del suelo, pero como Harimi le dijo, aguándole el entretenimiento, que bastaría con echar la llave de su habitación él optó por guardar en ella las conservas, los objetos valiosos, los artículos de uso diario y el pienso de Goro. La habitación de estilo occidental sólo podía cerrarse desde dentro, pero Katsuyuki, con un truco, se las arregló para echar el cierre desde el pasillo insertando una moneda de diez yenes y girándola por la parte cóncava inferior del pomo de la puerta.

Por otro lado, Harimi, llamada por las demás mamás del

edificio, hacía poco menos de una hora que se había marchado de casa.

En la terraza no cesaban el ruido del fuerte vendaval ni la lluvia, vibraban las ventanas tanto que apenas se oían las noticias retransmitidas por el televisor. El gigantesco tifón se aproximaba a un ritmo insoportablemente lento; en estos momentos avanzaba desde la región de Tokai, en el centro de Japón, hasta la de Kanto, en el este. En diversos puntos del país se activaban alertas de lluvias torrenciales sin precedentes y el servicio meteorológico estatal no paraba de emitir alertas por deslizamientos de tierras.

A su lado, Goro arqueaba el lomo y se dejaba acariciar, estirando a lo largo sus cortas patitas.

—Por el momento, ya hice todo lo que podía hacer —dijo para sí Katsuyuki y emitió una profunda exhalación nasal, como cuando acababa de comerse, satisfecho, un plato de su *udon* de Hakata favorito—. Soy el único capaz de captar la realidad en su totalidad. Mamá, al fin y al cabo, como mujer que es no entiende nada. Diríase que tiene arraigada en el tuétano de los huesos esa forma de ser natural que agrada a todo el mundo. Y mira que para que uno sienta simpatía por gente como los Banba hay que estar un poco mal de la cabeza. No puede evitar ayudar a quienes cree en una situación de debilidad y no saca ningún provecho. Ahora que lo pienso, ¿te acuerdas del patito, Goro? ¿Qué le habrá pasado?

Katsuyuki hablaba en tono bajo mientras recordaba lo sucedido, tras lo cual se levantó de golpe de la alfombra y se acercó a la terraza. Al aguzar la vista en el oscuro horizonte, tras el gotear de la lluvia sobre los cristales de las ventanas, que formaba cortinas de agua, se distinguían lejanos y tenues resplandores cerca de la ribera. Más allá, sólo se divisaban algunas luces naranjas procedentes de la fábrica de hormigón; era como si una parte del mundo o del paisaje se difuminase imperceptiblemente.

—Bueno, seguro que ya se lo ha tragado la turbia corriente.

Katsuyuki, al acercarse al repiqueteo de la ventana, respondió por sí mismo a su pregunta y, una vez más, se puso a mirar las fotos del patito que hacía un rato había guardado en

el smartphone. Mientras iba diciendo: «Lo haré antes de que se me olvide», volvió a su habitación, compartió el enlace de las fotos con su ordenador portátil y también copió los datos en una memoria USB, en la que pegó una etiqueta con el número doce.

Tras abrir la cerradura del cajón de su mesa de trabajo la depositó en una pequeña lata de aluminio, en cuya tapa se leía: «Mi colección»; dentro había más memorias en las que Kastuyuki almacenaba fotografías de desastres naturales desde su época de universitario.

Tras visitar el lavabo y tirar de la cadena, al salir por el pasillo se topó con Harimi, que acaba de volver.

—Sí que has tardado.

Ella, con el entrecejo profundamente marcado, se quitó los zapatos y pasó por su lado en silencio. Katsuyuki se llevó de vuelta al salón a Goro, que meneaba la cola en la entrada; ella se había quitado la chaqueta y acababa de encender la tetera eléctrica. Al cabo de un rato, cuando Harimi pareció recobrarse del cansancio, por fin abrió la boca:

—Tal como decías, papá…

—¿Cómo dices? —contestó el marido.

—Me refiero a Banba. No hay manera de hablar con ella. Es evidente que no es de fiar.

—¿Has hablado con Banba? Imagino que le habrás dejado claro que no pueden venir a casa, ¿verdad?

Harimi carraspeó, nerviosa, antes de contestar al marido, que aguardaba su respuesta:

—Ha sido imposible, no podía portarme tan mal delante de las demás madres. De todos modos, por mis palabras, aunque indirectas, cualquiera entendería que supone una molestia para nosotros.

—Pero, bueno, ¿me puedes decir qué es lo que le has dicho?

Justo en ese momento sonó el teléfono, que ella había dejado sobre la mesa, dentro de un bolsito. Harimi, con evidente malestar, echó un vistazo a la pantalla del smartphone.

—Es increíble —susurró y le dio la espalda a Kastuyuki. Al siguiente momento, en cuanto se puso a hablar por teléfono,

parecía una persona completamente diferente—: ¿Sí? ¿Eres Banba? ¿Ahora? Sí, sí. Justo acabo de volver a casa. Sí, sí, claro, por supuesto. Acabo de hablar con papá. Sí, sí, claro. No te preocupes. En momentos como éste es cuando hay que arrimar el hombro.

Katsuyuki cogió en brazos a Goro, que se le había acercado, y miró en silencio a Harimi por la espalda. Ella reía muy animada.

—¿Cómo dices? —prosiguió—. Ya te dije que no debes preocuparte de nada, no es ninguna molestia. Sí. Bueno, entonces, ¿qué te parece si cenamos todos juntos? Precisamente pensaba hacer un arroz con curri. Que no, no pasa nada, de verdad. Además, el curri sabe mejor cuando hay muchos comensales sentados a la mesa. Así ya ni tenéis que esperar a que emitan la alerta de refugio y podéis ir subiendo ya para casa. ¿Cómo? Sí, sí, vale, pues lo voy preparando todo. Vale, hasta dentro de un rato, os espero, vale.

Su rostro al colgar el teléfono y darse la vuelta carecía de expresión. Se sentó y tiró el smartphone sobre la mesa. Luego, en voz baja, como si vomitase las palabras, dijo:

—Ay, qué pesadilla.

Katsuyuki, todavía de pie, la observó, con el perro en brazos, y repuso:

—Mamá, ¿estabas hablando con la señora Banba?

Harimi levantó la mirada.

—Papá, ¿qué podemos hacer? Esa gente parece que está dispuesta a venir a casa. Dicen que ya hicieron las maletas y se están preparando para salir. No hay manera de hablar con ella.

—¿Que qué vamos a hacer? Pero, bueno, si eres tú la que los ha invitado a venir ya para cenar.

Ante el comentario de Katsuyuki, Harimi, con cara de estar muy sorprendida, dijo:

—Papá, es que esto es otra cosa.

—¿Diferente? ¿Por qué?

—Bueno, porque sólo podía decirlo de esa manera. Cualquiera entendería que no lo estaba diciendo sinceramente. Lo inusual es que se lo tome en serio.

—¿Sí? Pues con todo lo que le has dicho no me extraña que

se lo tome en serio.

Las palabras del marido, soltadas un poco a la ligera, hicieron que a Harimi se le marcasen las sienes y se le tensara el rostro entero. Katsuyuki intuyó que podían cambiar las tornas y acabar él siendo objetivo del enfado y la ira de su esposa y enseguida se apresuró a rectificar, negando con la cabeza:

—No, no quería decir eso. Me refería a que eres demasiado buena; no me malinterpretes. A que en este mundo hay personas que son incapaces de entender las palabras más que de un modo literal. —Katsuyuki parecía de repente estar muy tenso—. ¿Sabes? Y no entiendo por qué por culpa de los vecinos del primero nosotros ahora tenemos que pelearnos. Hemos sido hasta la fecha un matrimonio feliz y bien avenido. Tal vez ésa sea la razón. Porque las personas que tenemos buen olfato para intuir la intención de la gente al final acabamos siempre perjudicados por gente como Banba, gente vulgar que se limita a comer, hacer sus necesidades y dormir.

—Totalmente de acuerdo. —Harimi asintió con expresión seria.

Katsuyuki, tranquilizado al ver que había salvado el ataque de malhumor de la mujer, depositó a Goro en el suelo y continuó explayándose, crispado:

—Además, piensa, ¿qué crees que pasaría si ahora nosotros les decimos que no pueden venir? Aunque estaríamos tan sólo afirmando una posición muy adecuada, la gente del vecindario nos trataría inhumanamente, nos colgarían la etiqueta de canallas despiadados, seríamos víctimas de un linchamiento y de su consiguiente liberación de estrés.

—Sí, pero ya sabes que hablan muy mal de nosotros porque se comenta que tú vas a comprar y arramblas con todas las existencias.

—Bueno, pero yo no estoy haciendo nada ilegal, ¿o sí? Cada día suelo ir a Nakamuro y lo único que hago es comprar cosas para casos de emergencia debido a que tengo una conciencia o sensibilidad mayor que el resto para estar preparado ante este tipo de situaciones. Éste es el mundo que nos ha tocado vivir, un mundo en que las masas se dedican a jugar para liberar su

estrés, metiéndose con un ciudadano serio y responsable.

Harimi, mientras se levantaba de la silla, dijo:

—Me pregunto por qué el mundo se ha vuelto así. —Asintió y empezó a verter agua caliente en una tetera a la que había echado una bolsita de té verde.

—Ah, al final lo que les pasa a todos es que tienen demasiado tiempo libre; para esta gente ese tipo de desastres naturales son como las navidades o Halloween. Cuando se van de voluntariado a alguna zona afectada es como si fuesen a un parque temático, lo mismo. En otras palabras, la gente ávida de esos eventos que llaman compartir.

Katsuyuki seguía hablando exaltado; Harimi lo escuchaba bebiendo un té comprado por encargo, con las manos apoyadas en la barbilla, todavía sin estar segura de si le interesaba o no cuanto oía.

Al fin, él, como apesadumbrado, se acercó a la ventana y observó a través de sus párpados caídos el río.

—Preferiría que una lluvia torrencial como la de hoy provocara una buena inundación y esa gente se viera de verdad en un aprieto —dijo en voz baja.

—Papá… —reprochó Harimi, pero con cara de no saber muy bien por qué se lo reprochaba; hizo igual que el propio Katsuyuki y se puso a mirar por la ventana mientras masticaba ruidosamente unos *karinto*. Al poco, como si se hubiera acordado de algo, se quitó las manos de las mejillas—. Ah, es verdad. ¿Al final que hará Banba?

—Ah, sí. —Katsuyuki, que estaba a punto de extender la mano para coger un dulce, dijo—: Espera, voy a ver qué se me ocurre hacer para arreglarlo. —Se echó un *karinto* a la boca a la vez que daba un sorbo al té para tragárselo.

—Papá, ¿es que tienes algún plan?

—Todavía no se me ha ocurrido; pero que sepas que el entorno que disfrutamos en nuestro piso es gracias a que pagamos 3600000 yenes más por él. No hay ninguna razón por la que los Banba deban respirar este mismo aire.

Katsuyuki engulló a dos carrillos otro *karinto* y, tras quitarse unas miguitas de la mano, alzando los hombros, se fue para la entrada. Se subió la cremallera del chubasquero azul, salió

afuera y, después de cerrar bien la puerta, se apresuró hacia el ascensor.

Agitada por la brisa templada, la capucha se le movía sin parar. Apretándose el botón del cuello bajo el mentón, llegó hasta el ascensor y pulsó el botón de bajada, pero inmediatamente chasqueó la lengua. Acababa de leer un cartel que advertía de la interrupción temporal del servicio hasta que pasase el tifón.

Katsuyuki ladeó la cabeza y, al volver por el pasillo comunitario por el que había venido, empezó a bajar por las escaleras de emergencias que había en un extremo del edificio. En tanto descendía su rostro parecía cada vez más desencajado. Desde que el año pasado en la revisión médica del trabajo le detectaran demasiado ácido úrico, a excepción de terrenos llanos en los que las rodillas le respondían bien, cada vez que subía o bajaba unas escaleras le dolían tanto que casi gritaba.

Kastuyuki apoyaba las manos en la áspera superficie de cemento intentando bajar forzándolas lo menos posible. Al poco, empezó a caerle el sudor por las mejillas; se quitó la capucha y, con el pelo revuelto, decía cosas como «Mierda» o «¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?»; aprovechando que no se oía por el ruido del viento soltaba improperios, hasta finalmente llegar a la planta baja.

En ese pasillo comunitario tampoco había nadie. Tras pararse a recuperar el aliento, Katsuyuki se dirigió con paso errante hacia la entrada del edificio. Mientras, iba repasando las placas en la puerta de cada piso. Al poco, encontró el apellido «Banba» en el 108.

Como él sabía que vivían allí, hizo una mueca y se puso serio, apretando el entrecejo.

El piso octavo de cada planta ocupaba, por razones arquitectónicas, un espacio en forma de bisagra que unía ambos bloques, por lo que gozaba de mayor amplitud en el umbral. Además, como la curva del chaflán se alargaba hasta el pasillo comunitario, permitía un espacio abierto en el ángulo muerto.

Claro que, aun siendo un área poco funcional, no dejaba de

pertenecer al espacio comunitario del edificio, pero los Banba la habían convertido en terreno de su propiedad; llegaron hasta a colocar un estante de metal de cuatro baldas de ciento ochenta centímetros de alto, noventa de ancho y sesenta de profundidad, comprado, probablemente, en Nakamuro, y lo llenaron a rebosar con sus pertenencias personales.

El balance incluiría, entre otras cosas, fertilizante para plantas, jardineras medio rotas, maceteros baratos, rodillos para estirar la masa de los fideos, unas piezas para deslizar los fideos *somen* en casa al modo tradicional, una máquina para cortar hielo y confeccionar postres helados, una pelota y guantes de béisbol, un saco de dormir, una tienda de campaña y un calefactor halógeno sin desempaquetar. En aquella improvisada estantería habían arrumbado los Banda esos trastos en desorden, sin importarles un pelo el qué dirán del vecindario. Katsuyuki repasó de arriba abajo el estante con mirada despectiva y después siguió observando el espacio del porche asignado del piso.

Había ruedas de coche viejas, una pecera vacía y sucia, pienso para peces, redes pequeñas y toda clase de cachivaches varios. Tres bates para béisbol juvenil, una espada de madera para esgrima japonesa y un montón destartalado de paraguas viejos metidos de cualquier manera junto a un trampolín colocado verticalmente. Enanos de cerámica resquebrajada. Parrillas para barbacoa al aire libre. También, junto a un patinete, una sartén y, sobre la plancha metálica para asar, unas zapatillas sucias en caótico desorden.

El umbral de la entrada parecía más arreglado, pero, al fijarse bien, destacaban a un lado bolsas de basura apiladas a lo bestia en un rincón y, en un espacio libre, maletas y bolsas de equipaje, mochilas infantiles y cantimploras como preparadas antes de partir de viaje. En lo alto de toda esa montaña de maletas varias, Kastuyuki se fijó en un bolso para llevar animales de compañía y se acercó a mirar en su interior. Al otro lado de la redecilla, un conejo blanco movía el hocico. A Katsuyuki se le dibujó la ira en la cara y dijo en alta voz:

—¡Pero qué se habrán pensado!

Llevado por la cólera, hizo el gesto de llamar por el

interfono, pero al final recapacitó. Además, se acordó de la advertencia de Harimi justo antes de salir, cuando le dijo que de nada servían excusas del tipo «Es que Katsumichi tiene fiebre» o «Goro muerde a los extraños». Además, su mujer, en la reunión de madres, ya había dicho que tenían al nene en casa de sus padres y en el vecindario era bien sabido por todos que el perro era muy amistoso.

Y, antes que nada, los Banba no eran de los que se dignasen a tener consideración respecto a excusas tan triviales, tal como le había insistido repetidamente Harimi.

Katsuyuki, con andar cansino, recorrió el largo camino de vuelta, pero de repente, como si se hallase en un callejón sin salida, se puso en cuclillas al llegar a la escalera exterior.

—Insoportable, todo por culpa de los Banba.

Al poco de soltar estas palabras, oyó un agudo pitido que salía de su chubasquero y, sobresaltado, levantó la cabeza.

Sacó el smartphone y miró de soslayo la pantalla; era la alerta urgente de aviso de que el río había alcanzado un nivel peligroso en las inmediaciones.

De forma inconsciente, se le dibujó una sonrisa en los labios y, acto seguido, dirigió una mirada afilada hacia la cercana entrada del piso de los Banba. Comprobó que la puerta todavía estaba cerrada y, una vez tranquilizado, se puso inmediatamente de pie como activado por un resorte y se dirigió allí. Todavía no se le había ocurrido un pretexto, pero Katsuyuki no podía dejar de intentar algo, angustiado al pensar que la familia estaría a punto de salir a refugiarse en la décima planta ante el aviso de emergencias.

—Ah, ¡me olvidé! ¡Qué desastre!

Katsuyuki, al ver colgado el cartel igual que antes en la puerta del ascensor del primer piso, pegó una patada con las botas de lluvia a la pared.

Tras pulsar varias veces el botón como un mal perdedor y confirmar que el ascensor estaba parado, Katsuyuki cambió de dirección, andando exageradamente, atento a todo cuanto había a su alrededor, y se apresuró por el pasillo que acababa de recorrer a resguardo de miradas indiscretas.

Del hombro le colgaba el bolso con rejilla de ventilación para mascotas.

Agarrando con firmeza la correa ancha de la jaula, echó a andar a paso ligero y de vez en cuando, empujado por la curiosidad, echaba un rápido vistazo por la redecilla lateral.

Al llegar a la altura del 104, oyó ante él el sonido de la cerradura de una puerta al abrirse y en ese momento se quedó paralizado. Sin embargo, al darse cuenta de que no era el vecino del 104, reemprendió el paso como si tal cosa y, al cruzarse con un hombre que llevaba un chubasquero azul igual que el suyo, desvió la mirada hacia el exterior de un modo sospechoso.

La lluvia racheada caía inmisericordemente y encharcaba hasta la escalera de emergencia.

Katsuyuki, con el bolso para mascotas colgado al hombro, que emitía un ruidito al moverse, apretó los dientes para soportar el dolor de rodillas y, poco a poco, empezó a subir por las escaleras. A la altura del tercer piso se le aceleró la respiración; su cara era una mezcla de extenuación e ira. Como para encauzar ese enfado, zarandeaba fuerte el bolso para mascotas y soltaba expresiones raras e indiscernibles que profería hacia la redecilla lateral, así hasta llegar a la planta once y sentarse, extenuado, en la entrada de casa. En ese momento, al oír el ruido, Harimi se asomó al pasillo y le dijo:

—Papá, ¿qué te pasa? Vaya cara qué tienes.

—Es que no funcionaba el ascensor.

Mientras recuperaba el aliento y contaba lo sucedido, Harimi, como si tal cosa, repuso:

—Por cierto, ha llegado un aviso.

—Ah…, ¿sí?

—Bueno, sí, pero creo que a ti también te habrá llegado. —Dicho lo cual, al fijarse en el bolso depositado en la zona para dejar los zapatos en el zaguán, añadió—: ¿Qué es eso?

—Ah, ¿esto? Es el conejo de Banba.

—¿Cómo dices? ¿El conejo de Banba? ¿Por qué? ¿Es que han decidido que cuidemos de él en casa?

—¿Pero qué estás diciendo? —Dicho esto, Kastuyuki empezó a levantarse poco a poco—. ¿Por qué tendría yo que

ocuparme de cuidar al conejo de Banba?

—Sí, es verdad. Papá no iba a ser tan buenazo, ¿no? Pero ¿entonces?

—Pues por qué iba a ser. Con esto se solucionará todo. —Harimi, inquieta por su vaga respuesta, frunció el ceño. Katsuyuki se dio cuenta y, ya recuperado del esfuerzo, empezó a explicarse con tono engreído—: A ver, piensa: el hecho de que ellos digan que quieren refugiarse en nuestra casa, ¿no crees que en realidad se debe a que en el refugio instalado en el colegio no aceptan mascotas? Por tanto, si no hay mascota, tampoco hay razón para venir a nuestra casa.

Llegados a este punto, Harimi, imaginando lo que a partir de ahora se proponía decirle, se adelantó a él, abriendo los ojos como platos.

—Papá, ¿me estás queriendo decir que por eso has traído al conejo a casa?

—Pues sí.

—¿Cómo? ¿Sin decírselo?

—Nada de eso. Esta gente había abandonado en la puerta el bolso con el conejo junto a todo su equipaje preparado para la evacuación. Dejarlo ahí es el colmo de los descuidos. Eso es señal de que poco les importa su mascota; esa gentuza no tiene derecho a alimentar a ningún animal. —Katsuyuki apretó las rodillas para erguirse mientras, tambaleante, se quitaba el chubasquero mojado.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—¿Cómo que qué voy a hacer?

—Papá, pues que te has llevado el conejo de los Banba sin decirles nada, a eso me refiero. Está claro que en cuanto se enteren se montará un buen lío.

Katsuyuki, mientras se bajaba la cremallera del chubasquero, ladeó el cuello.

—¿Seguro? No creo que sea para tanto, ¿no? Además, siendo como son, capaces son de no darse cuenta de la desaparición del conejo.

—Se darán cuenta y se armará una buena —afirmó Harimi, muy seria—. Te lo he dicho, ¿verdad? La esposa es una mujer que se preocupa de manera enfermiza. Bueno, no sólo ella,

toda la familia; no sabría cómo explicarlo, son peculiares. En alguna ocasión llegó a decirme que quería casi tanto al conejo como a sus hijos; cuando se entere de su rapto, se volverá medio loca y empezará a buscar por todo el bloque de pisos.

—¿Lo del rapto no te parece excesivo? —dijo Kastuyuki con una sonrisa de amargura—. Una vez que pase el tifón, bastará con dejarlo en algún lugar apropiado. Además, es culpa de ellos abandonarlo en un sitio en el que cualquiera podría robarlo. Al final lo terminarán achacando a una travesura de niños.

—Pero…

Katsuyuki, al darse cuenta de lo estremecida que estaba Harimi, le dijo:

—¿Pero qué?

—Antes, cuando te marchaste, llamé a Banba para avisarla.

—¿Hablaste con ella?

—Sí.

—¿Para qué?

—Le dije que ibas a hablar con ellos.

Katsuyuki, que estaba colgando el chubasquero mojado, se detuvo y levantó la cabeza.

—¿Cómo se te ocurre hacer eso?

—Es que pensé que si aparecías sin avisar no estaría bien.

Él, al oír a su mujer, empezó a perder la compostura mientras miraba alternativamente el bolso con la mascota y a su mujer.

—Entonces, ¿quieres decir que, en caso de que el conejo desaparezca, el principal sospechoso sería yo?

Harimi, muy seria, miró el bolso con el animal a sus pies y dijo:

—¿No crees que lo mejor sería recuperar la compostura y devolverles el conejo antes de que se monte un escándalo?

Katsuyuki, en pie con la cabeza erguida, como una de esas peculiares estatuillas daruma, con los ojos abiertos de par en par, observó, una vez más, el bolso.

—¡Malditos Banba! —profirió, como si ya no pudiese aguantar más, con un tono de voz que era difícil de clasificar, a medio camino entre la extrañeza y la ira; acto seguido se

volvió a poner de malas maneras el chubasquero recién colgado hacía apenas unos instantes.

A pesar del dolor de rodillas, Katsuyuki volvió a bajar los diez pisos. Al llegar a la entrada del 108, enseguida se dio cuenta de que no quedaba ni una sola de las maletas. No sólo había desaparecido eso; los tres bates de béisbol júnior y la espada de madera, por algún motivo desconocido, tampoco estaban. Tuvo un presentimiento inquietante. Cuando apoyó ligeramente la mano en la puerta de la entrada, se percató de un alboroto cerca de los ascensores; se quedó quieto y sobresaltado.

Una algarabía de voces de un grupo de niños y un hombre reverberaba fuerte entremezclada con el persistente gotear de la lluvia.

Katsuyuki reculó enseguida y, sin ni siquiera pararse a tomar un respiro, comenzó a subir de golpe por las escaleras por las que acababa de bajar hacía unos instantes.

Al llegar a la entrada de casa, ya a punto de caer desplomado por falta de oxígeno, Harimi, con los palillos de cocinar y el smartphone en la mano, apareció por el pasillo como una exhalación.

—¡Papá! ¡Qué desastre! Parece que los Banba ya se han dado cuenta. ¡Toda la familia ha salido en busca del secuestrador! Qué horror. ¿Por qué no devolviste el conejo?

Katsuyuki, al oírla, dejó escapar un alarido tal que hasta le temblaron los carrillos como cuando uno, tras aguantar mucho las ganas de orinar, por fin descarga de golpe sus necesidades.

—¡Pero bueno! ¿No tiene la culpa de todo esta gente que, a pesar de vivir en el primero, tiene mascotas en casa? ¡Es intolerable!

—Sí, vale, pero ahora no es el momento de hablar de eso —dijo Harimi, deslizando rápidamente el dedo por la pantalla del smartphone—. Papá, cuando bajaste la primera vez te vio el marido de la señora Kawai, ¿verdad? Al parecer le dijo a Banba que había visto a un hombre sospechoso con un gran bolso al hombro andando rápido por las escaleras.

—¿Cómo? Ah, debió de ser ése que me crucé. —Al acordarse del hombre con chubasquero, Katsuyuki se estrujó la

cabeza con las manos—. Qué desastre… Ya no hay nada que hacer. Todo ha terminado.

—Tratándose de ellos, seguro que vienen pidiendo a gritos registrar la casa. ¿Qué podemos hacer? Tal vez lo mejor es invitarlos como si nada a comer curri.

Ante esas palabras, Katsuyuki alzó la vista y dijo, muy serio:

—Qué horror, qué horror. Eso lo dices ahora, conociendo sus movimientos, pero no valdrá de nada. Seguro que no.

Harimi se mordía las uñas; lanzó una mirada llena de rabia hacia el mueble zapatero de la entrada sin escuchar al marido y, de repente, en voz alta, dijo:

—¡Claro!

—¿Qué? ¡Vaya susto me has dado!

—Papé, el río, el río.

Katsuyuki, empujado por el ímpetu de su mujer y sorprendido, le preguntó:

—¿Qué pasa con el río?

—Es una lástima, pero, llegados a este punto, la única opción es tirar al conejo al río. Así no habrá pruebas —dijo Harimi mientras observaba el bolso sobre el suelo del zaguán—. Si al menos nadie encuentra el bolso, nosotros podemos hacernos los desentendidos y seguro que piensan que es otra persona.

Al verla aseverar así, Katsuyuki, tras apretarse las arrugas de la cara y ladear el cuello, dijo en tono escéptico:

—No sé yo si lograremos que cuele así.

—Colará. Papá, escucha, el chubasquero que llevabas lo compraste en Nakamuro y en el barrio hay muchos vecinos que tienen uno igual.

—Es verdad, pero ¿crees que es necesario llegar a esos extremos? ¿No bastaría con soltarlo por ahí? —Miró vacilante a Harimi.

—¿Qué estás diciendo? Entonces, si alguien cogiera al conejo, todo se descubriría.

Ante el fuerte tono de voz de su mujer, Katsuyuki apartó sus reticencias y por fin, como convencido, asintió firmemente con la cabeza.

—De acuerdo. Justo en momentos como éste escatimar

esfuerzos es lo peor que se puede hacer. Sólo de pensar que por culpa de los Banba nuestra vida podría irse al traste me pongo a mil.

—Papá, tienes toda la razón —dijo asintiendo Harimi, con los palillos de cocinar en la mano—. Si no lo remediamos, acabarán repartiendo panfletos difamatorios; son capaces de tratarnos como a criminales. Si ocurriera eso, simplemente que se estropease nuestra imagen en el vecindario sería terrible. Papá, como tú dices, nuestro deber como ciudadanos es defender nuestra libertad y nuestros derechos.

Katsuyuki, cruzado de brazos, asentía una y otra vez.

—Ya —dijo—, pero ten en cuenta una cosa. Por suerte sólo se trata de un conejo. Si fuera un perro o un gato, eso ya sería un delito más grave, ¿no te parece?

—Papá…

Ante la advertencia de Harimi se percibió la tensión en el rostro de Katsuyuki, que durante unos instantes miró, como compasivamente, hacia sus pies; después, como si hubiera recobrado la lucidez, levantó la cabeza y dijo:

—Bueno, antes de que se presenten aquí los Banba, cumpliré mis deberes como ciudadano.

A continuación, se colgó el bolso del hombro.

—Sí, pobre conejo, pero hazlo, por favor. Yo iré preparando la cena. ¿Te parece bien un curri?

—Sí.

Justo sucedió en ese momento, mientras hablaban en esos términos y Katsuyuki estaba a punto de salir. En la pantalla del smartphone de Harimi vibró el aviso de un nuevo mensaje. Ella lo leyó como si tal cosa, pero de repente, con mucha prisa, detuvo a su marido antes de que saliese.

—Papá, demasiado tarde.

—¿Qué pasa? —Katsuyuki se dio la vuelta y vio la tensión dibujada en el rostro de su mujer.

—No puedes salir —dijo ella—. Banba dice que viene ahora con toda su familia a casa.

—Bienvenidos a casa, no es muy grande, pero poneos a vuestro gusto, por favor.

Ante las ceremoniosas palabras de bienvenida de Harimi para recibir invitados y exhortarlos a pasar, el pasillo se pobló de personas que entraban a tropel en el salón. Aquella familia como salida de repente del conducto atascado de la tubería de una bañera despedía tal vitalidad que parecía sorprendente que fuesen vecinos del mismo bloque de edificio; eran realmente diferentes a ellos, con unas maneras bastante provincianas.

Katsuyuki, que estaba sentado en el sofá, se levantó despacio y, como si nada, puso en modo rápido el purificador de aire que había junto a la ventana mientras saludaba a los huéspedes.

—Adelante, por favor. Qué familia tan numerosa, ¿verdad?

—Señor, disculpe las molestias por esta visita así tan imprevista con una familia tan numerosa. ¿No le importa de verdad?

La mujer que iba en avanzadilla saludó algo intimidada al entrar en el salón. Era baja y tenía el pelo de color claro corto a la altura de las orejas, los ojos pequeños —tal vez porque los tenía un poco hundidos— y extremidades cortas; se asemejaba a un roedor, una capibara que por equivocación hubiera emergido del centro de la Tierra. Con aspecto algo raído, llevaba unos pantalones resistentes al agua de textura como rugosa; por lo demás, se daba un aire a cualquier madre o ama de casa. No obstante, había algo afilado en su mirada, desprendía una vaga e inquietante impresión de peligrosidad.

Antes de que Katsuyuki contestara, Harimi, con voz animada, apareció en el salón a la cola del grupo de invitados y dijo:

—¿Cuántas veces tendré que decirte que no es una molestia para que lo entiendas? En los momentos difíciles estamos para ayudarnos. Por favor, como si estuvieseis en vuestra casa. Venga, niños, poneros las zapatillas de estar por casa. ¿No las visteis ahí colocadas? No os dé reparo y ponéoslas.

—No, por favor, de verdad, nosotros en casa normalmente no nos ponemos zapatillas. No te preocupes. —Una vez dicho esto, la mujer le indicó a su marido, que estaba al lado de pie —: ¿Por qué no lo dejas todo por ahí?

El hombre, enseguida, empezó a colocar la gran cantidad de bultos que habían traído en una esquina del salón. Con una toalla anudada a la testa, le sacaba una cabeza de altura a Katsuyuki; en cuanto a la cara, su inexpresividad recordaba a una de esas paredes móviles para crear compartimentos en las habitaciones. También, por descontado, llevaba unos pantalones de chándal deportivos con logo resistentes al agua.

Harimi, tras el rechazo a ponerse zapatillas, echó un rápido vistazo a los calcetines húmedos de los niños y les advirtió en voz baja:

—Chicos, por favor, no saltéis demasiado en el sofá que es peligroso.

Después, se dirigió al fregadero de la cocina. El sofá lo habían reparado el año pasado; le habían puesto muelles tapizado nuevos.

—Perdón… Si es posible, ¿te importaría dejarlo en otro lugar que no sea ése? —Katsuyuki, que estaba de pie, mirando vigilante a todos, no se había podido aguantar y soltó eso a espaldas del señor Banba.

—¿Cómo? ¿Aquí no se puede? —dijo el padre, dirigiéndose hacia la mujer, cuando se disponía a colocar en el montón de equipaje un bolso de equipaje raído.

—¿Sí? No sé. Bueno, eso creo —repuso la mujer también e intercaló una mirada entre el padre y los bultos.

Katsuyuki, reprimiendo el enfado, dijo:

—Sí, si es posible.

—Bueno, tampoco pasa nada, ¿no, papá? Ahora todavía no tendrán que sacar nada del equipaje, ¿verdad?

Katsuyuki, ante la recriminación de su mujer, persistió, insistentemente:

—Mamá, ése no es el problema. Es que ahí dentro está la aspiradora. Seguro que la usarás, ¿o no?

—Bueno, si tengo que usarla, ya moveré yo los bultos.

—No, no; entonces, mejor ahora, por eso sólo quería decirle que convenía colocar todo en otro sitio.

Después de insistir así Katsuyuki, a través del pasillo se oyó el ruido de la cisterna del lavabo y en eso una viejecita más baja que la otra mujer apareció en el salón sin decir nada. De

un solo vistazo se comprendía que la mujercilla debía de ser la madre de la señora Banba, que también, por supuesto, amén de unos pantalones de lluvia llevaba una peculiar vestimenta deportiva. La abuela tenía una mirada penetrante y lerda al mismo tiempo que le daba un aire extraño; todavía sin decir esta boca es mía se puso a repasar las fotografías familiares con las que Harimi, orgullosa, había decorado el estante de la entrada.

La anfitriona, con tono cordial para relajar el ambiente, dijo:

—De verdad, no os preocupéis por el equipaje. Voy a preparar un té enseguida, los mayores podéis sentaros a la mesa que ahora lo traigo. —Indicó amablemente la mesa del salón—. Ah, papá, faltarán sillas. ¿Puedes traer algún taburete de tu habitación?

Tal como había dicho Harimi, en la mesa del comedor sólo había sillas de cuatro patas. Katsuyuki ladeó el cuello y, con aire amedrentador, miró a los invitados, esperando a que alguien se mostrara educado y dijese: «No pasa nada, yo me quedaré de pie»; sin embargo, la mujer, el padre y la madre de la aquélla, uno tras otro, fueron tomando asiento en las sillas libres como si tal cosa. Él, al ver que el padre se sentaba en su lugar preferido, la silla junto a la terraza, dijo:

—Pero, mamá, ¿las sillas no las guardamos allí? —Adrede, se volvió a mirar el mueble que había quedado bloqueado tras el montón de equipaje.

—¿Cómo van a estar ahí? Qué cosas… —rechazó rotundamente Harimi—. Rápido, papá, haz el favor de ir a buscar una a tu habitación.

De malas maneras, él se encaminó hacia su cuarto, sacó una moneda de diez yenes de su bolsillo y metió el dedo con fuerza por la rendija de la puerta. Como era muy estrecha, erró la operación varias veces, hasta que por fin logró dar la vuelta a la cerradura y entrar enseguida por el hueco abierto de la puerta.

La habitación de estilo occidental de unos seis tatamis rebosaba con todo lo que allí había guardado hacía poco. Katsuyuki miró el tatami elevado en el que apenas quedaba

espacio libre.

—Uf, qué pocas ganas tengo de hacer esto —se quejó y, disponiéndose a apartar los variados bultos, enseguida se desanimó—. Bueno, con esto basta —se dijo.

Cogió una escalera de mano plegable de acero que había al lado. Cuando se disponía a salir de la habitación, se tomó la molestia, sin escatimar esfuerzos, de comprobar que tenía el sello para firmar, la cartera, las tarjetas de crédito y los documentos importantes guardados convenientemente en una cajita de caudales de mano. En cuanto a la hucha de Katsumichi, la había colocado en un lugar alto de la estantería de imposible alcance para los niños.

Al final, Katsuyuki, frunciendo el entrecejo y arrugando la punta de la nariz, dijo entre dientes:

—Parece que huele demasiado.

A continuación, como si no venciese la resistencia, dobló una toalla con estampado de flores junto a la mochila de emergencia. Al otro lado de la redecilla estaba el conejo echado como si fuese un adorno. Al percatarse de que había un excremento en forma de bolita a los pies del animal, lo cogió con una servilleta y lo tiró en la papelera con gesto de repugnancia. Después, cerró la puerta de un empujón y, desde el pasillo, echó la llave con la moneda de diez yenes.

Al llegar al salón, Harimi estaba sirviendo té a la familia. Nada le agradaba más que ser alabada por su buen gusto.

—Disculpad —dijo—,es lo único que he encontrado.

En el centro de la mesa había una bandeja de dulces asados muy caros que a Katsuyuki jamás le había ofrecido. La mujer que sorbía el té servido en la tacita y el plato favoritos de Harimi no dejaba de mirar en derredor, haciendo comentarios:

—Realmente es increíble que este piso tenga el mismo diseño que el nuestro.

Katsuyuki, sentado en una escalera de mano en un extremo de la mesa, detectó artificio en aquellas palabras de la mujer proferidas en apariencia con cierto sentido común y, mientras miraba con recelo a la familia, se volvió hacia la parte de la sala de estar. Los tres niños habían abierto sin permiso el mueble bajo el televisor y buscaban a toda prisa algún

dispositivo de juego. Los nenes, por supuesto, también vestían los pantalones de lluvia de tejido raído marca de la casa.

—¡Por favor, niños! Os ruego que no abráis ese armario sin permiso.

Katsuyuki alargó el cuerpo hacia delante; lo normal, tras advertirles con ese tono de voz, es que el padre, al darse cuenta, se encargara de regañarlos, pero les dijo algo apenas audible; esperó algún tipo de reacción, pero ni la mujer ni siquiera la madre de ésta, que claramente estaba viendo lo que sucedía, dijeron esta boca es mía; eso todavía lo hizo retorcerse más en su interior. La madre, sin importarle lo que hiciesen los niños, siguió hablando con Harimi:

—¿Cómo puede ser tan elegante esta habitación? Parece una casa de ésas que salen en las revistas.

—Qué va, qué va. Desde que nació nuestro hijo me da vergüenza lo incapaz que me he vuelto de tener un sentido de armonía.

—Si dices eso con una casa así, bajo ningún concepto podría acceder a enseñarte la mía. ¿Verdad, papá?

El padre, al que su mujer miraba como pidiendo que corroborase sus palabras, llevaba un buen rato observando sin quitarle ojo una planta suculenta que decoraba la mesa del comedor. En una pequeña maceta de cristal, Harimi había plantado juntos varios cactus: un collar de perlas verde, un sedum y una echeveria. En la toalla que el padre llevaba anudada a la cabeza se veía el nombre de alguna empresa.

—Bueno, pero tú es que tienes tres niños. Es normal que tengáis todo algo desordenado. Yo misma esta mañana estuve tan liada que no pude ordenar nada… —Harimi, empujada por los cumplidos de la mujer, empezó a hablar por los codos; en el fondo no importaba de qué y respondía a sus preguntas sobre dónde había comprado la mesa del comedor o de qué fabricante era la iluminación.

El padre, como de costumbre, seguía observando abstraído el cactus con aquella presencia casi indetectable como el aire; la abuelita, con sonrisa cordial, sin sumarse a la conversación tan sólo de vez en cuando miraba a Harimi como si tal cosa mientras sorbía el té; por su cara parecía que estaba muy

fuerte, como si fuese té de *senburi* amargo. La anfitriona, que se había sentado en una silla libre con una taza en la mano, empezó a hablar con la mujer, preocupada por la posible inundación, sobre un sistema de extracción de agua de cuarenta millones de yenes y al poco dijo:

—Ah, papá, ésa es la escalera de mano. —Sorprendida, por fin se había dado cuenta de la presencia de Katsuyuki—. Mira que te he dicho que trajeras una silla.

—Hay tantas cosas que no he podido cogerla.

Tras responder mientras movía el trasero, incómodo, sentado sobre la escalera plegable, la mujer, que hasta entonces había estado hablando con Harimi, de repente se dirigió a él:

—Disculpe por esta visita tan numerosa y repentina, señor. Es que la abuela no paraba de decir que no quería ir al refugio del colegio…

Katsuyuki, aún restregando el trasero en el asiento de la escalera, contestó sin dejarse llevar por las educadas palabras de su interlocutora:

—¿El colegio? Ya… Para una anciana debe de ser duro ese ambiente. Dormir en un pabellón con personas desconocidas con cajas de cartón como habitáculos, ¿verdad? Entiendo que le desagrade. —Mientras decía esto, miró de reojo a su derecha. La abuelita se había hecho con uno de los dulces con envoltorio y leía en silencio y con mucho interés la información sobre los ingredientes.

—La abuela tiene problemas de cadera y si tuviese que dormir en un lugar así seguro que empeoraría; además, al ver las noticias le preocupó también tener que dejar el piso vacío.

—¿Se preocupó?

—Por lo visto se producen muchos robos cuando los ladrones aprovechan que los dueños se van al refugio, ¿verdad? Salió en la tele, ¿a que sí? Además, al contactar con el colegio, me dijeron que, en cualquier caso, están prohibidas las mascotas. Realmente nos hemos visto en un buen apuro.

—En casa tenéis alguna, ¿verdad? —dijo Harimi, levantándose como si nada, y añadió—: Bueno, iré preparando el curri. —Y, con la taza, se fue para la cocina.

Mientras alargaba una mano hacia el vaso de té y bebía al lado de Katsuyuki, la abuelita, que hasta ahora no había dicho nada y seguía escrutando el contenido del envoltorio del dulce, al fin abrió la boca por primera vez:

—Está en paradero desconocido.

—¿Quién? ¿El conejo?

Al decir esto el anfitrión, el padre, la persona que estaba más alejada y que debería de estar observando el cactus, levantó enseguida la cabeza. En su cara de tez parda como la tierra, sus ojos inyectados en rojo por una congestión sanguínea llamaban poderosamente la atención. Antes de que Katsuyuki dijese algo, la mujer sentada al lado del hombre se le adelantó:

—Así es. Ha desaparecido. Hasta hace poco estaba dentro de un bolso de viaje en la entrada de casa, pero en un momento de descuido nos lo han robado…

El padre, mirando a Katsuyuki, con una voz apenas audible y casi sin mover los labios, dijo:

—Seguro que ha sido algún vecino de este bloque.

—Como mi marido cree eso, hemos salido toda la familia a buscarlo, ¿verdad?

No obstante, hemos comentado que, teniendo a una persona mayor, si emitían la alerta convenía ir a refugiarse por el momento.

—Ojalá encuentren pronto al conejo. —Katsuyuki sorbió el té mientras ponía cara de afectación—. Es muy probable que haya sido una travesura de algún niño del edificio, pero sólo de pensar que aquí puede haber personas que disfruten haciendo sufrir a los demás se me hace insoportable; pero, bueno, este mundo está lleno de gente que convierte en espectáculo las desgracias ajenas. Es importante ayudarnos mutuamente y que haya personas buenas e íntegras para evitar que esa gente se nos coma. —Katsuyuki habló como una víctima, pero la mujer, mientras miraba el smartphone, apenas le prestaba atención.

—Mira, papá, ¿qué opinas? Parece que el río va a desbordarse de verdad. —Le mostró a su marido la pantalla del móvil mientras miraba inquieta por la ventana; después, como acordándose de repente, le preguntó a Harimi, atareada

pelando las verduras—: Por cierto, en casa vosotros teníais un perro, ¿verdad?

—Sí, pero como extraña a los desconocidos lo tengo «refugiado» en el dormitorio.

—No era necesario.

—No te preocupes, no pasa nada.

En ese momento los niños, que se quejaban de que no hubiese juegos, se excitaron al oír mencionar al can.

—Señora, ¿tiene perro? ¿Podemos ir a verlo después?

—Sí, claro —contestó Harimi con simpatía.

—Pues, no sé yo si conviene… —dijo Katsuyuki casi a la vez, frunciendo las cejas y rascándose la barbilla—. Es que Goro es un perro muy ingenuo. Creo que es mejor no estresarlo más.

Harimi, al fijarse en el extraño énfasis que había puesto su marido en la expresión «no estresarlo más», con aire tranquilizador añadió:

—Sí, mejor. Ahí donde lo veis es bastante delicado.

En cierto momento, se dio cuenta de que el purificador de aire había sido apagado. Katsuyuki se acercó a la ventana y lo volvió a encender con la normalidad de un acto cotidiano. Aprovechó para mirar; el río se vislumbraba más oscuro, parecía como si la tierra se hubiera expandido. Con las manos a la espalda, se quedó de pie como queriendo aspirar un poco del aire expelido por el purificador; en ese momento, a su espalda, la mujer le decía a Harimi:

—Por cierto, ¿puedes hacer el favor de no echar cebolla al curri?

Acto seguido, Katsuyuki se dio la vuelta.

—¿Qué le pasa? —preguntó antes de que Harimi contestara.

—Es que es alérgico —repuso la mujer mientras miraba a su marido—. Este hombre, si come cebolla, se pone fatal.

—Ah, ¿es alérgico? Qué lástima —dijo, comprensivo, él—. Pero, mamá, ahora estás haciendo curri, ¿no? ¿Estará bueno sin ella?

—Pues no lo sé, es la primera vez que voy a hacerlo así, la verdad. —Harimi, que ya había pelado las cebollas, contestó algo dubitativa.

La mujer, como era de esperar, añadió:

—No te preocupes, en casa siempre hacemos curri sin cebolla y no hay problema.

—¿De verdad?

—Sí, sí, ningún problema.

—Ya, lo cierto es que, pensándolo bien, al final siempre se deshace.

—Exacto, es sorprendente, porque apenas se nota.

—¿Sí? Pues entonces va a ser mejor no echarle cebolla.

En ese momento, Katsuyuki, que las estaba escuchando, lentamente ladeó la cabeza.

—Hm, pues no sé qué decir, la verdad… —repuso.

—¿Qué dices, papá?

—Nada, nada —dijo él con insistencia, tocándose el mentón —. Pero de todos los que estamos aquí sólo hay uno que no puede comer cebolla, ¿no? ¿Por ese motivo los demás tenemos que comer curri sin cebolla? ¿Eso es lo normal?

—No hay problema, porque lo cocinaré aparte.

Katsuyuki se dirigió al padre de familia, tal vez como si no hubiera oído la respuesta en tono molesto de Harimi.

—En ese caso, yo podría comprar algún *bento* para mí —dijo e hizo por coger adrede la llave del piso que estaba sobre la barra de la cocina americana.

Al verlo, su mujer, ya sin poder ocultar su enfado, le dijo:

—Papá, no digas tonterías. Mira, haré *yakiniku* en la parrilla eléctrica.

—¿*Yakiniku*?

—Sí. Justo tengo en la nevera algo de carne adobada. —Harimi ya había empezado a cortar en rodajas la cebolla sobre la tabla de picar y, al fijarse en que Katsuyuki la miraba dispuesto a soltar alguna sandez, le dijo—: Papá, sal de ahí que estorbas. Venga, trae ya la parrilla eléctrica —le ordenó sin más.

Él, disgustado, empezó a plegar la escalera móvil en la que estaba sentado.

En el sofá de la sala de estar los tres niños estaban cabeza abajo, barriendo el suelo con el pelo como escobas mientras escrutaban debajo del sofá.

—Señor, ¿por qué hay ahí tirado un paquete de *ramen*?

Katsuyuki, tras una furiosa mirada a los críos, le arrancó el paquete al que lo mostraba en su mano. Cuando se disponía a salir del salón, dio un tropiezo con sus hombros erguidos contra la pared y el calendario colgado sobre ella cayó ruidosamente, pero nadie le prestó la menor atención.

Katsuyuki cogió en brazos a Goro; desde el dormitorio oía el ruido incesante de los niños corriendo al otro lado, fuertes portazos al abrir y cerrar la puerta con panel de vidrio; aquella algarabía sonaba como telón de fondo al otro lado de la pared mientras manejaba, inexpresivo, el ordenador portátil y en la sien notaba claramente como un abultamiento.

Harimi, deslizándose por el intersticio de la puerta, entró en la habitación y miró a Katsuyuki, que estaba sobre el futón.

—Papá, ¿y la parrilla?

En la pantalla líquida del ordenador se visualizaban unas fotografías de un estanco con el techo completamente arrancado y unos postes eléctricos cortados colgando hacia el suelo como fideos de *somen*. Katsuyuki, sin alzar la mirada, contestó como vomitando sus palabras:

—¿Por qué tenemos que agasajar a esa gente con un festín de *yakiniku*?

—Qué remedio. Además, si titubeamos podrían sospechar —aseveró Harimi; después, en voz baja y con evidente desagrado, añadió—: Realmente no tienen vergüenza. ¿Qué estarán pensando?

Katsuyuki, a su vez, acariciando a Goro, sentado sobre sus rodillas, susurró:

—¿A que sí? Con esa gente no hay reglas de cortesía que valgan.

—Tienes toda la razón.

—Y el padre… Me pregunto dónde trabajará el hombre.

—A saber; siempre que le pregunto a su mujer se anda por las ramas. —Harimi dobló un poco la cabeza.

—Será seguro algún trabajo deleznable. Por cierto, ¿qué hacen ahora? —preguntó Katsuyuki, alargando el cuello como señalando hacia el salón.

—Pues lo mismo que antes —dijo ella—. Todo el rato hablando del conejo.

—¿Sí? Pero, con todo, ya sabes. ¿No será una pose? No es que necesariamente estén preocupados de verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, si estuviesen preocupados de verdad, por mucha alerta de evacuación por inundaciones que hubiese, estarían buscando desesperados al animal. Y, sin embargo, aquí están tan panchos, ¿o no? Tengo claro que a esta gente le importa bien poco el conejito, ¿no te parece? Haya desparecido o no, siguen divirtiéndose; si hablasen sinceramente, admitirían que hasta se sienten bien descargados de tener que cuidar al conejo.

—Pues dicen que si encuentran al criminal que lo ha hecho van a matarlo…

Katsuyuki, tras un breve silencio, dijo:

—Nada más que respirar el mismo aire que ellos me ha dado dolor de cabeza. O será que no sintonizamos la misma onda. —Abstraído, se frotó la nuca.

—Te lo pido por favor, no vuelvas a estropear más el ambiente a partir de ahora.

Tras el tiro con bala de Harimi, Katsuyuki contestó obligado:

—Vale… —A continuación le devolvió el tiro—: Pero, mamá, tú tampoco deberías halagarlos más de lo que has hecho hasta ahora.

—Sí, sí, entendido.

En ese momento, se oyó una muchedumbre en tropel por el pasillo. Al salir los dos del dormitorio, toda la familia, a excepción de la abuelita, se dirigía a todo correr hacia la entrada.

Harimi quiso saber qué pasaba.

—Pero, bueno, ¿qué ocurre? ¿Ya os vais?

—Menos mal, estaba aquí.

La mujer, mientras se ponía una chaqueta sobre los hombros, se volvió y dijo:

—Es que hemos decidido seguir buscando un poco más antes de que llegue el tifón.

—¿Buscar el qué? ¿El conejo?

—Sí, sí. Ahora parece que llueve menos.

—Vaya. Bueno, pero entonces digo yo que no hace falta que vayáis todos, ¿no?

Katsuyuki los observó sin decir nada y Harimi sonreía con un rostro que era pura cordialidad.

—No hace falta que vayáis todos —dijo—. ¿Qué os parece si sólo van los hombres, mi marido y el tuyo?

Al bajar dando vueltas por las escaleras exteriores, en uno de los descansillos Katsuyuki finalmente no aguantó más y se detuvo.

Su vecino, que lo seguía por detrás, al darse cuenta le dijo:

—¿Le ocurre algo?

El aludido, mientras se echaba las manos a las rodillas, le contestó:

—No, no es nada. Es que suelen dolerme las rodillas y el médico me ha dicho que no me conviene subir y bajar escaleras de esta manera. Ah, me duele, ¡qué dolor!

—¿Descansamos un poco?

—Bueno, creo que si paro un rato enseguida se irá. Señor Banba, no se preocupe y siga delante usted, no pasa nada. Luego lo alcanzo.

Katsuyuki le hablaba así sentado desde el borde del descansillo y, poniendo cara de que le dolía aún más, se apartó a un lado, haciéndole un gesto para indicarle que lo rebasase. Banba, con el mismo chubasquero tamaño L que él, comprado en Nakamuro, pasó sin decir nada; cuando su silueta desapareció tras el siguiente descansillo, él sacó un cigarrillo y se repantigó a fumar.

Durante poco menos de una hora Katsuyuki y su vecino buscaron al conejo en lugares donde no debía estar. Por algún motivo, cuando el otro insistió en buscar por el interior del edificio, no se separó ni un instante de él, yendo todo el rato tras éste. Además, justo cuando Katsuyuki calculaba el momento oportuno para sugerir volver a casa, llegó un mensaje de la mujer del vecino. Su esposa le decía que tal vez, antes de que empezase a llover más, lo más conveniente sería subir de casa los futones para toda la familia. Aprovechó para

escuchar la conversación en modo altavoz.

—Vale —asintió el marido en voz baja. Tras colgar el teléfono, le dijo como si nada a Katsuyuki—: Tengo que llevar los futones.

Mientras apuraba el cigarrillo tenía la esperanza de que su grandote vecino trajese en un santiamén los futones, pero no había manera de que regresase.

Escupió sobre el hormigón, se metió el paquete de tabaco en el bolsillo como estrujándolo y empezó a bajar las escaleras.

Al llegar a la puerta del 108 vio que la habían dejado abierta.

No se atrevió a entrar directamente y se quedó esperando en el pasillo del edificio, pero no daba la impresión de que el vecino fuera a salir con los futones. Si esperaba más, podría considerarse extraño su comportamiento, de manera que aguantó un poco más hasta que por fin llamó, dando varios golpes en la puerta de acero. Tal vez fue sólo una impresión, pero le pareció mucho más ruidosa que la suya.

—Banba, permiso, ¿puedo pasar?

Su llamada no obtuvo respuesta. Katsuyuki, sin ningún reparo, pegó un buen repaso al pasillo con la vista. Comparado con el color del pasillo de su casa, un crema luminoso elegido por Harimi, con un estucado de barro de diatomeas como áspero, aquí la vista de un intenso marrón le resultaba desagradable, como de madera barata de bungaló. El papel de la pared, como colocado con una moneda de diez yenes, no es sólo que tuviera numerosas irregularidades, sino que además había marcas de pegatinas enganchadas y arrancadas, concavidades producto de golpes realizados con bates de béisbol y numerosos garabatos pintados a rotulador.

Debido al viento que se colaba implacablemente, el cristal de la puerta entre el pasillo y el salón daba fuertes golpes y parecía a punto de reventar. En el zaguán se apreciaban excrementos de conejo; quedaba un espacio holgado tal vez debido a que de repente habían quitado todos los zapatos de adultos del suelo. Allí en medio se observaba el calzado que alguien acababa de quitarse hacía unos instantes; parecía como el esqueleto de un animal inerte, unos zapatos inmensos

tirados de cualquier manera en el suelo de la entrada.

Katsuyuki se quitó las sandalias y pasó. Al andar, los calcetines se le pegaban al suelo y decidió ir a por unas zapatillas al zapatero de la entrada, pero desistió al abrirlo y encontrar en su interior un montón de artilugios para el cuidado corporal, además de mallas como ésas que se ponen los luchadores de lucha libre americana.

—Oiga, Banba.

La disposición interior del piso era parecida a la de su casa. A la izquierda del pasillo, una habitación y un lavabo; a la derecha, otra habitación y una puerta que parecía dar a un vestidor.

Katsuyuki descubrió en su interior un *fusuma* hecho pedazos; tal vez se trataba del dormitorio, pensó y puso la mano en el tirador . «Como no contesta nadie, entro», se dijo. Asomó medio cuerpo a través del dintel de la puerta: era una habitación de estilo japonés; miró en derredor. Había una ventana que daba al pasillo comunitario con una cortina de apariencia barata. Aunque estaba un poco oscuro, enseguida se percató, tal como había previsto, de que había un montón de futones polvorientos sobre el tatami. En lugar de un armario empotrado había uno con cajones desvencijado; en la parte de arriba había una manta hecha un ovillo, como si fuera un conejo. Tras el montón de futones enrollados le pareció distinguir unos puntos negros como granulados. Percibió un olor corporal agrio mezclado con saliva seca y olor a animal procedente del montón de futones. Dejó de asomarse y, dirigiéndose al salón, dijo:

—Banba, Banba, ¿está por ahí?

Estaba sobresaltado; en cualquier momento su vecino se le iba a plantar delante en medio de la habitación, pensaba. Estaba convencido de haber visto una silueta humana, pero se trataba de unos pantalones de hombre largos de deporte. Era como si la colada invadiese toda la estancia, colgada cerca del techo. Tal vez había uno de esos palos para tender ropa en el interior. Todas las prendas estaban a medio secar y desprendían olor a moho. Al fijarse bien en los pantalones cortos de los niños se dio cuenta de que se trataba de

bañadores.

El salón estaba más oscuro que el dormitorio. Aquí también el estucado de las paredes lucía un intenso tono marrón insufrible. La mujer había dicho: «Es un diseño como el de nuestra casa», pero la cocina parecía de un estilo más anticuado, con una cocinilla de gas y espacio para cocinar de cara a la pared. Habían dejado el tabique de la estancia contigua, que en casa de Katsuyuki decidieron quitar para hacer más espacioso el salón. En esa estrecha habitación de unos cuatro tatamis de tamaño debía de dormir la abuelita. Él se enorgulleció de su casa con un diseño de espacios que se podían compartimentar con puertas correderas deslizantes. Habían reformado así el piso gracias a Harimi, que optó por una estructura que permitía cambiar la configuración de las habitaciones en caso de necesidad. En el piso de los Banba, sin embargo, brillaba por su ausencia cualquier elección personal en materia de diseño.

Tras aquel montón de ropa húmeda colgada, le pareció distinguir al fondo una cristalera que daba al jardín, pero lo único que resaltaba eran unas láminas de papel gris convexas. Katsuyuki avanzó por el suelo lleno de objetos tirados y se acercó a la cristalera. Por la rendija se colaba la brisa y se oía un débil silbido continuo.

Lo que le habían parecido láminas grises de papel abultado resultaron ser envases de cartón para huevos. Tal vez estaban pegados con cinta adhesiva. Las cajas estaban adheridas cubriendo toda la superficie de la ventana como si fueran un elemento del entorno. Katsuyuki se acercó un poco más. Gracias a ellas, el cristal, a punto de reventar, apenas hacía ruido; en los intersticios entre las cajas había espacios abiertos. En cada uno de ellos había un agujero abierto; al mirar a través, se veía el pequeño jardín del piso inmerso en la oscuridad; afuera el vendaval azotaba los tallos altos de hierba.

—Es una pared insonorizada.

Katsuyuki se giró, sorprendido; a su espalda, Banba lo observaba desde la entrada del salón.

—Ah, está insonorizada. Era eso, entonces, para evitar el ruido exterior —contestó, enderezándose, como si tal cosa.

Debido a la oscuridad y la colada colgada por toda la habitación no distinguía bien la silueta del padre, pero, como era tan alto que casi se daba con la lámpara del techo, al fin percibió su perfil en una esquina.

—Sí, así es. —Su voz era atonal—. Por más que uno se acostumbre al ruido y las vibraciones, el polvo es insufrible. Afecta a ojos, nariz, garganta…, a todas las membranas mucosas.

Al oírlo, Katsuyuki experimentó picor en los ojos. Ahora que lo decía, desde hacía rato se había percatado de lo polvoriento de la habitación. Parpadeaba y se frotaba fuerte los párpados; se dio cuenta de que Banba llevaba algo en la mano.

—¿Y eso?

Aquél miró en la misma dirección que él y levantó la mano a la altura de los ojos.

—Ah, esto… es salsa.

—¿Salsa?

Efectivamente, era una botella de plástico sin etiqueta.

—Me ha dicho por teléfono que la lleve.

—Ah, claro, salsa para *yakiniku*, ¿verdad? —El padre, sin decir nada, se dio la vuelta y echó a andar hacia el pasillo. Katsuyuki se tranquilizó al comprobar que su vecino no se molestó al sorprenderlo fisgando sin permiso. Acto seguido, se fue tras él hablando en tono amistoso—: Claro, entonces, debe de ser duro no poder abrir ni la ventana. —Al oscilar la botella se oía el ruido del líquido negro y pegajoso en su interior—. Con una anciana y niños en casa debe de ser complicado. Por eso tiene la cristalera así, ¿verdad? En caso de que la polución ambiental les afecte podría demandar o pedir una compensación a la cementera, ¿verdad?

El padre, sin decir nada, descorrió el *fusuma* y entró en el dormitorio. Katsuyuki detectó nuevos excrementos de conejo por el pasillo; bajó la vista y de repente vio que habían lanzado al suelo dos futones doblados, tan finos que se diría que apenas había diferencia entre dormir con ellos o sobre el suelo.

—Ah, ¿esto? Los voy llevando, ¿verdad? —dijo Katsuyuki, dirigiendo su voz hacia la habitación.

Levantó en peso uno de los futones. Percibió que se le

adhería a las mucosas nasales aquella mezcla espesa de olor a moho, humanidad y animal y, tras poner cara de que podía con ello, con sus chanclas de material sintético llegó hasta la entrada pisando sin miramientos los zapatos de Banba. Le parecía muy comprensible que personas capaces de dormir en futones como ése fueran víctima de la polución y el ruido ambiental, además de las vibraciones. Katsuyuki, resoplando en busca de aire limpio, empezó a subir las escaleras.

Por fin logró llegar hasta el pasillo de su casa cargando con el húmedo y pegajoso futón. Lo tiró al suelo y, al percatarse del olor a arroz cocido que se colaba hasta la entrada, lo aspiró con avidez. Después, cuando ya se preparaba para ir a recoger un segundo futón, cambió de idea, se quitó las sandalias y entró como si tal cosa al lavabo. En caso de que le preguntasen, esta vez pretextaría dolor de vientre, pensó.

Sin embargo, en ese momento le pareció oír voces en el dormitorio, habitación en la que se suponía que no debería haber nadie; con paso sigiloso, se acercó y aferró el pomo de la puerta. Los ojos se le salieron de las orbitas al ver sobre la cama a los tres críos.

—Ah, ah —dijo en tono impropio para su edad y entrando sin previo aviso—. Niños, ¿es que no os he dicho que no molestarais al perro? ¡En qué estabais pensando, renacuajos! —Tras el grito, Katsuyuki tiró del hombro de los niños.

Allí estaba Goro, lamiendo la mano que le tendían los nenes. No sabía dónde la habrían encontrado, pero le habían puesto en el cuello la luz de silicona intermitente que usaba para los paseos. Miró al perro, que parecía muy alegre, y Katsuyuki, más indignado si cabe, gritó:

—¡Goro! —Bajó a la fuerza a los niños de la cama y los sacó a empujones del dormitorio—. ¡Será posible con los enanos estos!

Echó la llave desde dentro, le parpadeaban los ojos y refunfuñó por el ambiente polvoriento. Después pasó por encima del perro en la cama y rápidamente abrió la ventana que daba al pasillo comunitario para airear la habitación. Luego, para comprobar que no hubiesen robado nada, cotejó muy concentrado unas fotos que había tomado para

cerciorarse.

Una vez tranquilizado al comprobar que no faltaba nada, antes de volver al pasillo regañó al perro:

—Goro, no debiste dejarte amaestrar por esos pillos. Quédate aquí tranquilo en la cama de mamá.

En ese momento, Banba ya había terminado de traer los futones y estaba en la entrada quitándose el chubasquero. Al darse cuenta Katsuyuki, enseguida puso cara de víctima.

—Ah, ¿ya has terminado? Perdona que no haya podido echarte una mano. Es que tus hijos acababan de meterse en el dormitorio y los pillé molestando al perro. No entiendo qué pretendían chafardeando sin permiso en casa ajena, me he retrasado al llamarles la atención…

El padre enrolló diestramente el chubasquero mojado y lo dejó en una esquina del zaguán con baldosas; bajó un poco la cabeza para saludar y pasó a su lado, dirigiéndose hacia el salón.

Katsuyuki, tras relavarse las manos hasta la altura de las muñecas en el lavabo con jabón floral, fue más tarde al salón y al entrar comprobó que en la mesa del comedor ya estaba colocada la plancha para asar carne.

La mesa para cuatro tenía dos láminas laterales que al desplegarse daban espacio adicional hasta para ocho personas. Harimi se encaprichó y quiso comprarla a toda costa en una tienda en la tercera planta de un centro comercial. Cuando ella informó a Katsuyuki de que se salía del presupuesto y de que además habría que esperar tres meses hasta la entrega de fábrica, éste dijo, algo reacio: «¿No crees que con otra mesa sería suficiente?», pero ella insistió: «Es mejor comprar algo bueno que dure para siempre en lugar de estar reemplazando una y otra vez algo barato», y acabaron comprándola y él cuidando del mueble de manera exagerada. Últimamente siempre le ponía sin falta un mantel antes de comer y hasta usaba posavasos.

Sin embargo, hoy habían colocado sobre la mesa el plato de plancha de asar sin protección. Al darse cuenta, preguntó, sorprendido:

—Mamá, ¿y el mantel? ¿No lo pones?

Harimi, que pensaba sacar un táper de la nevera, repuso:

—No hace falta —contestó enseguida—. Los Banba dicen que les gustan las cosas más sencillas, sin esos manteles cursis. —Echó una mirada a la sala de estar.

Su marido miró en la misma dirección: la abuelita, la madre de la mujer, apretaba con una mueca los labios mientras observaba un álbum familiar de los anfitriones. Katsuyuki se fijó en dónde se encontraba la señora Banba: al lado de Harimi, frente a la mesa de cocinar, amasando una bola de arroz cocido. *Onigiris* bastante grandes a los que había echado *furikake* comprado se alienaban en cinco platos llanos. La mujer acababa de dejar uno; luego colocó otro grande, sirviéndose del cucharón de arroz, sobre la palma de la mano. El arroz abultado y cocido brillaba intensamente. Katsuyuki lo prefería con el grano bastante suelto, pero ella lo apretaba metiendo trozos de salchicha que parecían más bolas duras de arroz que otra cosa.

Los niños jugaban en un rincón del salón practicando llaves de lucha libre americana.

Katsuyuki se sentó como si tal cosa en la silla que hasta hacía poco había usado su vecino en el sitio en el que habitualmente se sentaba él y, mientras deslizaba la mirada por el empapelado de las paredes de un tono claro crema de aire puro que enlucía el amplio espacio del salón, el ventilador de aspas en el techo y la gran cristalera, se dijo para sus adentros: «Qué tranquilo se siente uno en esta casa…». Entonces aspiró a fondo la atmósfera del salón y se dio cuenta de que volvía a estar desconectado el purificador del aire.

—¿Y eso? —dijo mientras se acercaba al ventanal. Comprobó de nuevo, como en la otra ocasión, que el botón del modo rápido que había conectado antes con la luz intermitente verde estaba apagado—. Mamá, ¿lo has tocado tú?

Harimi, desde la cocina mientras con los palillos largos preparaba algún plato, contestó:

—¿El purificador? No, no, qué va.

—Ya, entonces, ¿por qué se ha apagado hace un rato?

Tras aquellas palabras enervadas, se oyó una voz.

—Perdona, he sido yo —dijo la vecina mientras se chupaba

la punta del dedo para comerse un grano de arroz, haciendo un gesto como si alzase la mano.

—Ah, entonces, ¿ha sido por eso?

—Sí, ¿no acabo de decirlo? Es que no me hacen bien los aires artificiales que salen de los aparatos eléctricos. El aire acondicionado, por ejemplo, me sienta muy mal, por eso en verano es un infierno para mí.

—Vaya, era eso. Debe de ser terrible.

—Y en invierno igual, aunque ya de por sí sea duro. Como no resisto el aire acondicionado, me quedo helada como un gran muñeco de nieve.

—Ya veo, qué duro será.

—Por eso tampoco soporto los purificadores de aire.

—Claro, qué duro, ¿verdad?

Sobre la mesa ya estaban dispuestos los palillos, los platillos para salsa, los platos llanos para el acompañamiento y vasos para cinco comensales. Al lado de la plancha, ya estaba el *toumyou,* los hongos secos de *shitake*, tofu frito remojado en salsa, también *zasai* de confección casera y la verdura *kinpira renkon* preparada previamente junto con la pechuga de pollo con *shiokouji*; en medio, los *onigiris* amarillos embadurnados de *furikake*, las salchichas de Viena con kétchup y tortillitas de *tamagoyaki*. En la mesilla del salón habían colocado cubiertos y platos para los tres niños, con las salchichas de Viena y los *onigiris* separados en recipientes individuales. Los críos, aposentados en el sofá, rivalizaban engullendo antes que nadie la carne asada que les iban sirviendo.

Katsuyuki de nuevo fue a lavarse las manos; desde el pasillo observó el humo grasiento procedente de la plancha en el salón con gesto deprimido. Le era inevitable pensar que desde que la familia había llegado a su casa el ambiente estaba enrarecido. Tras rociarse a sí mismo con un espray para quitar el olor de la ropa, se dispuso a prepararse un *highball,* pero al final decidió sentarse con las manos vacías. Harimi, que acababa de colocar una fuente de bambú muy vistosa con verduras en la barra de la cocina americana, al darse cuenta le preguntó mientras se quitaba el delantal:

—Papá, ¿es que hoy no vas a tomarte una copa?

—No.

—¿Por qué? ¿Por qué no?

—No me apetece —contestó él en voz baja, tratando de que no lo oyese su vecino, que estaba en un extremo de la mesa sentado sobre la escalera móvil con aspecto aburrido.

Harimi se levantó de la silla y dijo:

—Te traigo yo la bebida. El señor Banba también podría tomar algo, ¿verdad? ¿No quiere beber nada? —Tal como se había temido Katsuyuki, su mujer le preguntó cordialmente a Banba y, sin esperar su respuesta, ya estaba introduciendo unos cubitos de hielo en sendos vasos.

—Por cierto, ¿de verdad que no estaba por ningún lado? —La mujer, mientras asaba la carne sirviéndose de los palillos largos, repitió la pregunta.

—No —dijo el marido, a su vez repitiendo la respuesta ya dada antes.

—¿De verdad?

Ésta se había levantado de la silla y manejaba ajetreada los palillos largos; como tenía los brazos cortos, el borde de la ropa rozaba a menudo con la plancha de la carne. El hombre pareció responder algo a las insistentes preguntas de su mujer, pero, debido al ruido de la carne asándose y del giro de las aspas del ventilador para airear el salón, sumado a la tormenta y el traqueteo de las ventanas, apenas se oía nada. La mujer se quedó quieta con un corte fino de carne que había tomado con los palillos de una bandeja esmaltada para colocarlo en la plancha. El filetito que ya había sido adobado oscilaba en el aire colgado de los palillos. Harimi, mientras colocaba un vaso de cristal de *edo kiriko* ante su vecino, dijo:

—¿Tal vez se lo llevó alguien pensando que sería un objeto valioso? —contestó como si nada—. Con las prisas, quizá no revisó lo que había dentro, ¿no?

Harimi se dio cuenta de que la abuelita, sentada a su lado, soltaba por lo bajo imprecaciones, como maldiciendo. Se fijó en que Katsuyuki que ponía cara de estar en Babia; al poco, la anciana, por su parte, ya estaba dando cuenta de las pechugas, masticando a conciencia.

—Abuela, ¿no están duras? Tal vez debería haberlas adobado un poco más con el *shiokoji*. —La señora, obviando las atenciones de Harimi, alargó los palillos hacia el plato de *kinpira renkon*—. Ah, eso puede que sea un poco fuerte para una persona de su edad.

La señora mayor, sin hacer el menor caso, se llevó a la boca, todavía llena con la pechuga, un poco. Katsuyuki, al imaginarse la sensación de masticar la mezcla de alimentos duros y blandos en el interior de la boca de una señora mayor al mismo tiempo, pegó un repentino y largo trago a su *highball*. Le picaban los ojos debido, quizás, al humo de la carne a la brasa.

Cuando la mujer echaba un filete sobre la plancha, el agua de la carne chisporroteaba continuamente y crepitaba la grasa al asarse. Le daba vueltas a los filetes y le pedía a su marido que le llevase la carne a los nenes, ya con los platos llanos vacíos, y así procedía a echar filetes en la plancha.

—Se habrá sorprendido al ver el desorden en nuestra casa, ¿verdad? —le dijo de repente a Katsuyuki, que pestañeaba cada vez más cabreado al ver desaparecer la carne.

—Ah, bueno… —dijo él, al darse cuenta de que le estaba hablando—. ¿De veras? —Y ladeó el cuello, acordándose de la casa invadida de bolitas rodantes de excremento de conejo—. Bueno, la verdad es que me sorprendió aquella ventana, como era de esperar. Al principio no sabía qué era lo que había pegado a ella…

—¿Algo pegado en la ventana, dices? —dijo Harimi, metiéndose en la conversación mientras, sirviéndose de unas pinzas largas de barbacoa, colocaba habilidosamente pimientos con *shitake*, berenjena, calabaza y otras verduras entre los filetes sobre la plancha. La cebolla estaba colocada delante de Katsuyuki, en el lugar más alejado de Banba.

—Eran cajas de huevo.

—¿Cajas de huevo?

—Sí, ya sabes, no las transparentes, sino las de cartón, más resistentes, es decir, de más calidad.

—Sí, ya sé a qué te refieres. Pero ¿para qué estaban esas cajas en la ventana?

—Como medida de insonorización. ¿Verdad?

Cuando Katsuyuki se volvió hacia el padre, éste asintió en el preciso momento en que parecía a punto de despedazar una tortillita de *tamagoyaki*. Entre sus manos, los palillos con diseño grabado de laca procedentes de un obsequio parecían diminutos.

—Sí, eh, dígame que no es verdad. ¿Vio eso? —preguntó la mujer, apurada y quieta con los palillos largos en la mano.

—Bueno, pero… —dijo Katsuyuki mientras pegaba otro trago al whisky, adelantándose antes de que le pidiera explicaciones por haber entrado sin permiso al salón—. Ciertamente, debe de ser muy perjudicial el hecho de que los pisos de abajo no puedan tener aire limpio, ni siquiera abrir las ventanas; viviendo en este mismo edificio me hace replantearme muchas cosas o ser más humilde. Esa gente capaz de contaminar así la atmósfera y destruir el medioambiente, ¿es que no piensa ni por asomo en la vida de los demás? Seguro que jamás pensaron en otras personas ni en sus derechos humanos, sólo en sí mismos. Me resulta insoportable, además es vergonzoso.

Katsuyuki, mientras hablaba así, daba vueltas a los filetes ante sí. La carne que había adobado Harimi tenía un punto de cocción idóneo y fluía el jugo profusamente. La madre de la mujer, al ver que el anfitrión estaba a punto de sonreír, un poco cínico, se volvió hacia la ventana inesperadamente y dijo:

—¿En este piso no entra nada de polvo?

Por fin se oía articular una frase completa a la abuela, con un tono algo ronco, como si tuviera las cuerdas vocales cubiertas de harina.

—Pues no —contestaron Katsuyuki y Harimi como contagiados, al unísono, al mismo tiempo que miraban por la ventana. La cortina enrollable estaba subida para comprobar el estado del río.

—¿Tampoco llegan ruido ni vibraciones?

—No, la verdad es que no.

La anciana se quedó en silencio. Katsuyuki, al percatarse de que los niños estaban muy callados, miró qué hacían: habían cogido el mando a distancia y, sin decir nada, habían

cambiado de canal y puesto una serie de dibujos animados.

—Papá, está ya frita esa carne tuya, ¿no?

Advertido por Harimi, Katsuyuki expresó su malestar por el despiste escuetamente:

—Vaya… —Tomó la carne asada con los palillos. Cuando percibió el aroma llegando a sus aletas nasales, tuvo una convulsión estomacal y un poco de líquido gástrico le subió por la garganta. La dejó en el platillo cuando estaba a punto de llevarse un filetito a la boca.

—Ah, sí, espera —dijo la mujer, levantándose con ruido de la silla.

Harimi se volvió mientras masticaba los pequeños brotes de soja que había colocado directamente en su mano, que usaba a modo de platito.

—¿Y eso? ¿De repente? —preguntó.

Sin previo aviso, la mujer abrió la nevera.

—Se me ha olvidado por completo —dijo mientras volvía con algo en la mano.

—Ah, ¿la salsa barbacoa? —repuso Harimi, al ver la botella de plástico sin etiqueta, con voz algo perpleja mientras masticaba los brotes de soja—. Esta carne ya está muy sazonada. Creo que va a estar muy fuerte si encima le echas salsa, ¿no? —añadió, ladeando la cabeza; se había empleado bien en sazonarla, tratando de ocultar su disgusto.

Katsuyuki enseguida asintió e intervino:

—Además, es que estamos acostumbrados a sabores no muy condimentados. Creo que podríamos dejar esa salsa de los Banba para una ocasión en que no esté sazonada la carne, ¿verdad?

—No os preocupéis, es muy ligera, porque es casera —dijo la mujer, haciendo resonar por toda la mesa la salsa en la botella.

La abuelita, como de costumbre, seguía comiendo con gesto desabrido unos encurtidos de verdura. El padre no probaba más que las tortillitas de *tamagoyaki* y las salchichas de Viena preparadas por la mujer. Harimi, amante declarada de la gastronomía, aparentaba indiferencia y se limitó a expresar un sucinto interés.

—Ah, ¿sí? Nosotros en casa la verdad es que normalmente tampoco usamos salsas compradas, pero está bien. Bueno, ya que tenemos tu salsa casera, hoy la usaremos. Voy a traer unos platitos.

—No, no te preocupes, ya voy yo —dijo Katsuyuki.

—¿Tú? Vaya, qué raro en ti. Vale, hazme el favor. Los platitos esos que compramos en Vietnam.

Él, tras detener a Harimi cuando se iba hacia la cocina, dijo:

—Vale.

Se levantó con el cuerpo pesado, como impregnado de grasa por la barbacoa. Se llevó el vaso vacío a la cocina para servirse otro *highball* y abrió el cajón de los cubiertos al lado del lavavajillas. Los platitos de color que le había indicado Harimi estaban apilados en un lateral.

—Oye, como la mesa es estrecha, mejor echaré la salsa yo mismo en la cocina —dijo.

—¿Por qué? No, no te preocupes, aquí podemos hacerlo —repuso su mujer.

Haciendo caso omiso de ella, Katsuyuki se acercó y cogió rápidamente la botella y la dejó sobre la mesa de la cocina. Cerca de un octavo del contenido era una salsa negra pegajosa y densa. El fregadero estaba dividido en dos zonas; quitó el tapón y derramó, poco a poco, el líquido negruzco temiendo que obstruyera el desagüe. Katsuyuki aguzó la mirada y trató de ver mejor, pero desistió. Como ya de por sí no sabía qué líquido contenía, al abrir el tapón de la botella percibió un suave aroma de salsa. Con cuidado de no mancharse las manos, la echó en los platitos; había trocitos que no habían pasado bien por la trituradora y de vez en cuando salían a borbotones. Los pequeños grumos flotaban por toda la superficie grasienta de la salsa.

—¿Qué haces? Ya estás tardando —le dijo de repente Harimi, plantada a su lado—. ¿Por qué sólo has puesto salsa para cuatro? —añadió, sorprendida, y en un santiamén cogió otro platito, lo llenó y los repartió todos.

Al volver a la mesa, en el sitio de Katsuyuki ya había un platito con la carne asada bañada en salsa barbacoa.

—Se va a quemar, así que ve comiendo —le dijo la mujer,

que seguía añadiendo carne a su plato a pesar de que todavía no había empezado a comer.

La espesa y turbia salsa pegajosa se derramaba sobre la mesa sin mantel; sin embargo, a Harimi parecía no importarle en absoluto.

—Hum, tiene bastante aroma. Dulce y picante, ¿verdad? Debe llevar sake y azúcar, ¿no? Mmm, muy buena. —Katsuyuki, al ver a su mujer masticando la carne, se sintió mal y miró ante sí. La salsa flotaba como un agujero negro en el platillo—. Papá, ¿no comes?

Al darse cuenta, todos los comensales lo miraron a la vez.

—Ah. —Él alargó los palillos hacia el platillo y se comió un trocito de cebolla chamuscada. Después, tras llenarse a dos carrillos la boca de arroz, tomó un pedazo de carne y empezó a mirarla sin parar.

—¿Qué haces?

Al meterla en la boca, se extendió por ella el aroma del aceite y el sake. Envalentonado, se dispuso a masticarla con decisión cuando de repente notó que un grumo de salsa se deshacía entre sus diente. Le dolían los ojos y se los tocó con la mano con la que sujetaba los palillos.

—Vamos a ventilar un poco, hay demasiado humo —dijo Katsuyuki, poniéndose en pie.

—Todavía no hace falta. —Sin hacer caso a Harimi, se acercó a la terraza. Quitó el cierre y deslizó la ventana para abrirla; de golpe entró una fuerte racha de viento en el salón —. ¡Pero qué haces, papá!

Tras ponerse las sandalias húmedas Katsuyuki salió a la terraza y, agarrado a la barandilla mojada, inspiró profundamente. Aguzó la mirada; abajo el río era como una hendidura negra en el horizonte. Tan sólo se divisaba, brillante en la oscuridad, la iluminación nocturna de la hormigonera. Se agarró todavía más de la barandilla y apoyó la barbilla para asomarse al vacío y ver mejor el río. En esa posición, mirando hacia abajo, estaba a punto de escupir la carne sin que nadie se diese cuenta cuando se percató de la presencia de alguien a su espalda y se

dio la vuelta precipitadamente. A su lado estaba Banba en la misma posición que él, con las manos apoyadas en la barandilla. La doble puerta acristalada de la terraza estaba cerrada por completo.

—¿Éste es el piso más alto? —preguntó el hombre.

Katsuyuki, irguiéndose, dijo como si tal cosa:

—Sí, así es.

—Aquí, aunque se inundase el río, estarían a salvo. —A continuación, imitando al otro, se asomó a ver los pisos inferiores. La barandilla, que al anfitrión le quedaba bajo el pecho, a Banba le llegaba a la altura sólo del ombligo.

—La verdad es que sí, precisamente es lo que tuve en cuenta cuando compré el piso… ¿Ve la casa?

El invitado, como doblándose en dos, se asomó más por encima de la barandilla. Katsuyuki, al verlo, sintió pavor.

Además, aquella terraza era para él su lugar preferido de la casa.

Los días festivos de buen tiempo, comiendo a dos carrillos los sándwiches hechos a mano por Harimi, disfrutaba contemplando las vistas del monte Fuji y, sin falta, en esos momentos dirigía la mirada hacia los jardines privados en la planta baja del edificio.

—Guau, qué marranos son todos. ¿Hasta qué punto serán capaces de dejar crecer la mala hierba en sus jardines como si nada? Siendo vecinos de mi propio edificio me parece lamentable. *Unbelievable*. —Y tiraba el pinchito clavado en el sándwich y la servilleta hecha una bolita por la terraza.

En esas ocasiones, Harimi, sin falta, lo reprendía:

—Papá, no hagas eso, que el niño te imitará.

Katsuyuki seguía metiendo baza y decía, tan pancho:

—Lo más natural es tirar la basura en los jardines de gentuza como ésa. Hay que hacerlo así. Y, si les disgusta, que se apañen y se apliquen a limpiar más a menudo. Tirando la basura contribuyo a que tengan ocasión de hacer limpieza. Deberían darme las gracias.

En ese momento, debido a la oscuridad apenas se veía el jardín del piso de Banba, pero seguro que estaba lleno de zarzas, además de los restos de basura lanzados desde su

terraza.

De repente, percibió que éste lo miraba fijamente, con los ojos inyectados en sangre. Katsuyuki, como si nada, trató de evitar dicha mirada.

—Está claro que es eso. ¿Con medicina para los ojos no se le mejora? —dijo, preocupado.

El padre, tras un breve silencio, contestó:

—Con el polvo no hay manera. Me acostumbré al ruido y las vibraciones de la fábrica, pero con el polvo no puedo —repuso sin apenas mover los labios al hablar.

En cierto momento, la carne que seguía masticando secretamente pasó a convertirse en algo que no parecía carne ya.

—Bueno, ¿qué le parece si volvemos adentro? —dijo Katsuyuki con voz cordial.

Mientras se alejaba de la barandilla y se encaminaba hacia dentro, oyó a su espalda las siguientes palabras, dichas como si nada:

—Está claro que ha sido alguien de este edificio.

—¿Cómo? ¿Se refiere al conejo? —dijo él, deteniéndose cuando estaba a punto de abrir la doble puerta de la terraza. Ciertamente, los enrojecidos ojos de Banba estaban clavados en él. Con el entrecejo muy fruncido y poniendo cara de sufrimiento como nunca antes, añadió—: De verdad, no puedo con esa gente que disfruta haciendo daño a los demás, me parece imperdonable. Me enerva tanto que, si pudiese, quisiera compartir en carne propia un poco del dolor que deben de estar padeciendo ustedes. Pero, bueno, eso es imposible. En cualquier caso, volvamos adentro a seguir comiendo *yakiniku*. Lo último que hay que perder es la esperanza.

Mientras Katsuyuki hablaba sonriente, Banba no le quitaba ojo de encima.

—Entonces, compartiremos un poco, como dice —dijo el hombre modulando la frase, dejándola escapar apenas entre los labios.

—¿Compartir?… ¿Se refiere a la salsa barbacoa? —preguntó él, sonriendo.

El hombre no sonreía. Las venillas rojas de los ojos parecían

hinchársele por momentos.

Tras despedir a toda la familia, Katsuyuki cerró la cancela del portal de casa y ya dentro echó el pestillo; seguidamente, puso el purificador de aire.

—Papá, ¿qué te pasa?

—Pues nada. ¿Crees que puedo soportar seguir respirando más el mismo ambiente que esta gente?

—¿Por eso mentiste y dijiste que habías visto al conejo?

—Qué remedio. Si no digo eso, no se habrían marchado aún.

—Desde la planta once cómo vas a ver un conejo en el aparcamiento. Cuando descubran que es mentira, enseguida volverán.

—Yo qué sé. En ese caso, lo que hay que hacer es cerrar con llave y no abrirles.

Katsuyuki cogió la botella de plástico que había sobre la tarima de la cocina, le quitó el tapón, la puso del revés y la vació en el fregadero; después la pisoteó con fuerza. Acto seguido, con mirada afilada, observó el salón y empezó a rociar con desinfectante todos los sitios susceptibles de haber sido tocados por Banba. Una vez embadurnado el sofá, se abalanzó al pasillo y fue directo a su habitación; mientras dejaba escapar ruidosos suspiros de lamento, se acuclilló frente a la puerta.

—Pero, bueno, ¿y ahora qué haces?

—Mira, ¡aquellos enanos, por más que los regañé, intentaron entrar de nuevo! —dijo muy enfadado Katsuyuki; ciertamente, en la hendidura inferior del pomo de la puerta, que sujetaba con las manos, había numerosas marcas y rasgaduras hechas con un objeto duro—. ¿Ves como tenía razón? Esto es lo que pasa cuando confías en gente de esa ralea.

La mujer, que miraba, a su lado, los desperfectos causados a la puerta, dijo:

—Pero eso es otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Eso son las rayaduras que hiciste tú con la moneda de

diez yenes.

—¿Cómo iba a ser tan tonto?

—Estoy segura. ¿Antes no estabas dándole sin parar a la puerta, diciendo que no se abría? —Harimi volvió a mirar una vez más los desperfectos; al poco se puso en pie, enfadada.

—En ese caso, era cuestión de tiempo que entrasen sin permiso en esta habitación. Entonces, esos enanos pudieron también acceder a nuestro dormitorio —dijo él, sacando impacientemente la moneda de diez yenes de su bolsillo trasero del pantalón.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Katsuyuki abrió la puerta con ayuda de la moneda y entró como una exhalación. Después dobló la toalla de baño que había junto a la mochila para emergencias y sacó el bolso; al otro lado de la redecilla de nuevo había varias bolitas de excremento medio deshechas.

—Papá, ¿qué piensas hacer con el conejo?

—Pues está claro. Habrá que hacer algo antes de que esa gente vuelva.

—¿Algo? ¿No dijiste que lo mejor era tenerlo escondido como si nada hasta que regresen?

—Eso pensaba, pero ya no aguanto más. Si lo escondemos aquí y tarde o temprano lo encuentran, nos tendrían cogidos; antes de que eso pase, conviene hacer algo. Mamá, tráeme el chubasquero.

—Vale, pero ¿qué vas a hacer? ¿Tirarlo al río? —le preguntó Harimi, cogiendo rápidamente el chubasquero del armario empotrado.

—Qué faena; como están ya abajo, la opción del río es imposible.

—Entonces, ¿dónde piensas tirarlo?

—Creo que tengo una buena idea.

—¿Una buena idea?

—Sí —asintió Katsuyuki mientras dejaba que la mujer le pusiese el chubasquero.

Goro se acercó desde le dormitorio, creyendo que salía de paseo, y dirigió una mirada inocente a su dueño; el collar con la luz que había olvidado quitarle centelleaba como una

iluminación navideña.

Al salir afuera, el vendaval arreciaba con más fuerza.

Katsuyuki llegó al descansillo de la escalera exterior; como precaución, se asomó a la barandilla y echó una rápida ojeada hacia abajo. No había rastro de los Banba; sobre el tejado de cinc del aparcamiento de coches y de bicicletas la lluvia caía fuertemente. A los lados del tejado descargaba en chorros como una cascada y las ramas de los árboles grandes se inclinaban con violencia por la ventisca.

Se dio la vuelta y empezó a subir rápido los peldaños de una escalera a la intemperie. Un rato antes, cuando vio la ropa tendida en casa de los Banba, se acordó de que en el edificio sólo dejaban abierta la azotea para los vecinos a mediodía para evitar el polvo ambiental. Por supuesto, en un día como ése era impensable que estuviera abierta. Ahora, mientras se dirigía a la azotea, aferraba con firmeza una copia de la llave.

Hacía aproximadamente un año y medio, cuando Harimi fue a colgar el cobertor del futón a la azotea, se encontró, olvidada en la cerradura, la llave de la que después él sacaría una copia. En aquella ocasión ella le dijo:

—Papá, cuando vayas a Nakamuro de paso le das la llave al administrador del edificio.

Katsuyuki, que en ese momento veía un encuentro deportivo retransmitido en directo por la televisión, asintió distraídamente.

—Sí… —respondió mientras se la guardaba en el bolsillo trasero del pantalón.

Un día que Katsuyuki fue, como de costumbre, a dar una vuelta por Nakamuro, se acordó del encargo de su mujer justo al pasar cerca de la oficina del administrador; fue en ese instante cuando se le ocurrió entrar en una tienda de llaves.

A Harimi no le dijo que había hecho una copia. Él aprovechaba cualquier buena ocasión, cuando ella salía con sus amigas y volvía tarde por la noche o cuando llevaba al niño a casa de su familia, para subir a la azotea solitaria con una tumbona plegable de terraza y disfrutar del paisaje del río tomando una copa.

Introdujo la llave en la cerradura; al otro lado de la puerta de emergencia de la azotea, la lluvia torrencial y el vendaval retumbaban en todo su apogeo.

Katsuyuki se quedó unos instantes inmóvil ante ese panorama tormentoso; después, con decisión, se reajustó el bolso para mascotas en el hombro y, cubriéndose la cara con el brazo, salió.

Tuvo la impresión de que las gotas de lluvia chocaban contra todo su cuerpo, aplastándose en él. Cuando él iba a un baño público del barrio, solía ponerse debajo de un gran chorro de agua que caía del techo sobre su cabeza, pero esto no tenía punto de comparación.

El ruido era horrible. Nada más dar un primer paso en la azotea, como si llevase auriculares, notó el retumbar furioso de la lluvia descargando contra su chubasquero. No oía más que aquel ruido atronador. Inclinó el tronco superior unos sesenta grados y fue avanzando guiándose por la luz que despedía la linterna resistente al agua que llevaba colgada al cuello. Las gotas de lluvia alcanzadas por el haz luminoso flotaban como suspendidas en el aire.

Habían quitado todos los tendederos. Sólo lo que semejaban unos soportes de cemento estaban colocados en una esquina de la azotea. Escrutando a su alrededor para afianzar el paso, con el viento huracanado rompiendo contra su espalda, llegó hasta una valla metálica.

Le pareció por lo menos tres cabezas más alta de lo que recordaba y circundaba perfectamente el perímetro de la azotea.

Katsuyuki se cercioró de su altura levantando el brazo y trató también de fijar la linterna sobre el suelo de hormigón, pero al parecer se dio por vencido, volvió hacia la escalera de la azotea, cerró la puerta de emergencias a sus espaldas y, después de secarse las manos con la toalla que llevaba en torno al cuello, empezó a manipular el smartphone.

Al cabo de unos minutos, apareció Harimi bajo un chubasquero rojo oscuro de Nakamuro. Ella, al verlo sentado en el tramo superior de la escalera fumando un cigarro, le preguntó, extrañada:

—¿Por qué está abierta la azotea?

Katsuyuki tosió un poco, pues se había atragantado con el humo del cigarrillo, y dijo:

—Quizás el administrador volvió a olvidarse la llave. Realmente es un hombre muy dejado. Ya decía yo hace tiempo que era un incompetente. Por eso, como ya me imaginaba encontrar la puerta abierta, vine dando por hecho un nuevo olvido del tipo.

—Vaya. ¿Y el conejo?

Katsuyuki, tranquilizado tras haber convencido a Harimi, miró de refilón el bolso con el animal, que tenía oculto a la espalda, y dijo:

—Pensaba lanzarlo desde la azotea, pero la valla es más alta de lo que creía.

Harimi, como si dudase de lo oído, volvió a preguntarle:

—¿Que ibas a lanzarlo? ¿Al conejo?

—Sí; como no puedo bajar al río, creo que es la única opción.

—¿Ésa era la buena idea que tenías?

—Sí, lo que pasa es que solo no puedo. Mamá, ¿me ayudarás?

Ella se quedó perpleja, mirando a Katsuyuki echar una calada de humo.

—Pero, si tiras el bolso también, ¿no quedarán pruebas? Además, supondrá un delito y todo el alboroto que creará.

—Ése es precisamente el objetivo —dijo él, aplastando el cigarrillo en el suelo de la escalera.

—¿Crear un gran escándalo en el vecindario? ¿Para qué?

—Siempre te lo digo. No puedo soportar lo más mínimo situaciones que me perjudiquen. Por ejemplo, aunque no se descubra que soy el culpable, que corra por el edificio el rumor de que fui yo es insoportable. Eso me perjudicaría.

—Entonces, si cometes adrede este delito, ¿no crees que dará lugar precisamente a esas habladurías?

—Claro, por eso la clave es hacer ver que es un delito execrable, de alguien que quiere llamar la atención, algo que sólo podría hacer un verdadero loco.

Al quedarse callado Katsuyuki, ella volvió a preguntarle:

—¿Y de esa manera piensas eliminar las sospechas que puede haber en torno a nosotros?

—Así es.

—¿Cómo?

—Toma, pues porque nadie pensará que un hombre casado y con una apacible vida familiar sería capaz de semejante salvajada. —Katsuyuki, como si hubiera dicho lo más normal del mundo, tiró la colilla del cigarro.

Harimi, que lo observaba en silencio, al poco susurró, fascinada:

—Papá, admirable. Es increíble que se te ocurriera algo así.

—Qué va, no es para tanto. —Al recibir los halagos de su mujer, admiradora de series de suspense, Katsuyuki, con una pose ridícula, aparentando ser un hombre resolutivo, continuó —: Mira, dicho sin rodeos, no estoy dispuesto a malgastar más mi valioso tiempo por Banba. Yo ahora mismo tendría que estar en mi salón disfrutando tranquilamente de mi sofá, de un buen whisky reserva con hielo y pasando un buen rato presenciando en directo los destrozos del tifón por la tele. En cambio, aquí me hallo, subiendo y bajando escaleras, teniendo que comer carne asada con una repugnante salsa barbacoa o que ir hasta el río por culpa de los Banba. Es suficiente, ya basta.

Harimi lo escuchaba con las manos en las mejillas; tras mirar el bolso, le dijo:

—Sí, es cierto. Aunque pobre conejito. De acuerdo, está bien. —Asintió sin más—. Pues, de hacerlo, mejor ya, antes de que vuelvan los Banba. —Se puso en pie, apremiando a Katsuyuki.

—Así es. Estas cosas fastidiosas es mejor acabarlas cuanto antes. Ah, mamá, ¿has traído barra de labios?

—Sí, pero ¿para qué la quieres?

—Verás, yo siempre hago bien las cosas.

Katsuyuki cogió el pintalabios, abrió el cierre del bolso, sacó al conejo acurrucado y rápidamente lo pintarrajeó de arriba abajo con carmín.

—Increíble, papá, parece de verdad obra de un auténtico loco.

—¡¿A que sí?! —Una vez transfigurado con aquella macabra apariencia, metió de nuevo al animal en el bolso—. Bien —dijo en voz baja mientras se levantaba—. Además, cuando regrese esa gente, ¿qué te parece si decimos que nos han robado el dinero en efectivo y les damos con la puerta en las narices?

—¿Qué cantidad?

—Unos treinta mil yenes, ¿qué te parece?

—O sea, ¿como que ha desaparecido de la cartera?

—Así es, diremos que la dejamos en el dormitorio.

—Papá, eres increíble —dijo Harimi, con ojos de admiración —. Parece de auténtico guion.

—Ya, pero decir eso sería una descortesía respecto a los profesionales del sector.

—No, qué va. Últimamente las series de la tele son mortales de aburridas…

Mientras hablaban así, los dos caminaban uno junto a otro de manera amistosa hacia la azotea.

Harimi avanzaba tras el haz de luz de la linterna; debido a la fuerza del viento apenas se podía mantener en pie. En más de una ocasión estuvo a punto de caerse; bajo el potente foco de la linterna de noventa mil lúmenes de luz, iba asegurando el paso; Katsuyuki, que llevaba al hombro el bolso con el conejo, a su vez, avanzó echado hacia delante, casi rozando el suelo, hasta llegar, poco a poco, a la azotea.

Harimi, una y otra vez, daba voces como si fuese una jovencita. Él estaba muy nervioso, cosa que, a la vista del temporal, era comprensible. Los ojos brillantes. Tropiezos continuos.

—¡Papá, ánimo!

Finalmente, al llegar junto a la valla metálica, ella, conteniendo el aliento, se dirigió al marido alumbrando más allá de la valla. Reinaba la oscuridad, agujereada tan sólo por un rayo de luz.

Katsuyuki asintió, tenaz, se quitó la correa pasándola por la cabeza y alzó el bolso con el conejito por encima de la testa. Después, rugiendo como una bestia, se dirigió hacia el haz luminoso y se dispuso a lanzar el bolso con todas sus fuerzas al aire.

Sin embargo, justo antes de hacerlo, tropezó y no pudo usar la energía deseada. El bolso cayó blandamente demasiado cerca, justo ante él, al otro lado de la valla; había quedado encajado en una canaleta al borde de la azotea.

—¡Papá, cuidado!

Harimi llevaba un rato gritando así, pero el sonido no llegaba a los oídos de él, agarrado a la valla metálica.

Katsuyuki, con los ojos bien abiertos, intentaba clavar la punta de sus botas en un intersticio de la valla, que chirriaba.

Tambaleándose, trató de asegurar los pies escalando hasta que logró encaramarse en aquélla; por su postura encorvada mientras subía parecía como si Harimi lo hubiera empujado desde abajo en el trasero. Ella sujetaba la cadena del perro; al otro extremo estaba enganchado firmemente el culo de Katsuyuki a modo de correa de seguridad. Preocupada de que se quedase el conejo en la canaleta y no pareciese todo obra de un loco criminal, se sacó la cadena del bolsillo y, diciéndose que así no habría problema, se la colocó a Katsuyuki en la cintura a modo de cuerda de seguridad.

Cuando la base de la valla metálica se inclinó, tambaleante, todas las células del marido se estremecieron, como comprimiéndole todo el cuerpo.

Tal vez porque se agarraba demasiado fuerte, apenas sentía tacto en los dedos y las piernas, doloridas por la gota, parecían como de otra persona.

Al llegar como pudo al punto más alto, se puso en posición de pasar un pie al otro lado y sintió un pavor indescriptible golpeándole el pecho, pero duró un instante. Katsuyuki, sentado sobre la valla en inestable posición, miró al suelo y del fondo de la garganta se le escapó un gemido indescriptible, mezcla de risa y llanto. Notó que se aguzaban sus cinco sentidos; estaba mentalmente al límite, como si hubiera perdido por completo la noción de la realidad.

Con los ojos inyectados en fuego, escrutó la fábrica cementera al otro lado del río. Como antes, apenas se veía una profunda hendidura oscura; sin embargo, cogió el smartphone, que llevaba colgado en el cuello, y abrió la aplicación de

cámara como si tal cosa. Hasta el momento de seleccionar el modo vídeo y erguirse un poco Katsuyuki no se percató del agudo dolor en la cintura.

Al girarse, vio a Harimi con los ojos desorbitados tirando con fuerza de la cadena hacia el lado de la valla en el que ella se encontraba. Impresionado al verla tan inquieta, él mismo por fin se dio cuenta de que estaba a punto de perder el equilibrio; su cuerpo pendía totalmente inclinado sobre el vacío. Se aferró muy fuerte a la cadena tensa y, con una energía fuera de lo común, logró recuperar la posición agarrando el borde de la valla metálica.

El cierre de la capucha se le había desprendido y el pelo mojado se le pegaba, aplastado contra la cara. De los dedos le goteaba sangre, pero no notaba apenas dolor.

Con la respiración desbocada, Katsuyuki abrió la boca e inhaló bocanadas de aire mientras seguía las instrucciones de Harimi. Asintiendo con cortos monosílabos como un niño, empezó a bajar despacio de la valla. Al igual que cuando trepó, al asegurar el apoyo de los pies, imprimiendo toda la fuerza de su cuerpo en los dedos, dejó caer las puntas al suelo. Era como si el corazón de una persona desconocida totalmente le retumbase en las entrañas.

Por fin, ya todo su cuerpo estaba al otro lado de la valla.

Katsuyuki metió los pies en la canaleta, de unos veinte centímetros de anchura, con las manos aferradas a la valla y, guiado por el foco de la linterna de Harimi, empezó a moverse lateralmente. El agua corría fuerte por la canaleta y chocaba haciendo ruido contra sus botas de lluvia, formando un caudal que se bifurcaba. El bolso estaba encajado en la canaleta, como si fuera parte de su instalación.

Katsuyuki se agachó y alargó un brazo para agarrar la correa empapada de la canaleta de extracción de agua. En el momento en que rozó la correa y echó un vistazo al lado interno de la valla, vio a Harimi pegada, completamente pendiente y nerviosa por sus progresos. Él, a punto de alcanzar la correa, se detuvo de golpe y entonces, con la cara atenazada por el miedo y extraños espasmos, se volvió hacia Harimi.

—¿A que sí? Tal como te dije, ¿verdad?

Al decirle eso de repente, ella, muy sorprendida, le preguntó:

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—¡El río! Te dije que se desbordaría, ¿a que sí? —repuso él con la cara sepulcral mientras señalaba la orilla, envuelta en tonos rojos oscuros.

—Es verdad. Pero todavía no sabemos si se desbordará o no…

Harimi, sujetando con fuerza la capucha del chubasquero agarrada a la valla, miraba alternativamente la orilla del río y a Katsuyuki.

—Sí, bueno, es cuestión de tiempo —contestó él, tajante, desde el lado exterior de la valla. Le temblaban las mejillas; después, a voz en cuello, añadió—: Pronto emitirán la alerta por inundación en esta zona, creo. Entonces empezará aquí y allí el alboroto, ¿no? Casas inundadas, pertenencias importantes llevadas por la corriente, gente durmiendo en cubículos de cartón en la escuela, pasando hambre y sin poder ir en condiciones al retrete, sin más opción que esperar miserablemente a recibir ayuda ajena. Los ronquidos del vecino de al lado o, por ejemplo, peleas por una manta, verse envueltos en problemas con la gente. Pero todo eso es algo irremediable. Ellos son gentuza, víctimas de desgracias obligadas a compartir con los demás el sufrimiento. Lo mismo pasa con la contaminación ambiental, el ruido o las vibraciones. Sólo los que son víctimas naturalmente quieren compartir con otras víctimas su dolor. Es un sistema orgánico.

Katsuyuki se puso en pie de golpe, con la cara tensa y, otra vez, al límite de sus fuerzas.

—Sí, es cierto; la verdad es que es una suerte vivir en un piso tan alto —asintió Harimi, sujetando su capucha; después, de repente, le tembló la cara de miedo—. Pero ¿seguro que no pasará nada…?

—¿Qué va a pasar? —dijo Katsuyuki en alta voz.

—Podría derrumbarse el edificio…

Mientras su esposa miraba temerosa el río, él estalló en carcajadas.

—Imposible. Si pasase eso, no habría refugio posible. De

todos modos, tengo la seguridad de que yo sobreviviría a esa situación.

Katsuyuki, como si se hubiera acordado de golpe, agarró el bolso para mascotas de la canaleta. El agua salía a borbotones de él. Le echó una ojeada; estaba a punto de que lo arrancara el vendaval.

—Bueno, con tantos preparativos para el tifón, como no haya que lamentar desgracias será desalentador. Vaya faena, con todo el material para casos de emergencia que he comprado —susurró mientras alargaba la mano.

La bolsa con el conejito fue absorbida en silencio por el vacío negro circundante.

Katsuyuki, tras escalar la valla y bajar de la azotea, se quitó el chubasquero y empezó a descender las escaleras.

Entró satisfecho en casa y con pasos ruidosos fue al salón. En ese momento, se oyó un grito: «¡Ah!». Su voz, como encasquillada, sonó como si aplastasen una rana.

—¿Qué pasa?

A sus espaldas andaba en zapatillas Harimi y al asomarse al salón dio el mismo grito de sorpresa que Katsuyuki. La casa estaba destrozada, como arrasada por un tifón.

Las ventanas estaba abiertas de par en par y el vendaval lluvioso había penetrado. Las macetas de las plantas, volcadas. Todos los platos rotos por el suelo; la pequeña cubertería y las tazas preferidas de Harimi, destrozadas; el sofá y la mesita, rasgados por un objeto punzante; las paredes, embadurnadas de algo muy similar a excrementos. La esquina con las fotos familiares estaba vacía; quedaban restos de ellas y del álbum reducidos a cenizas en el fregadero.

—Mamá, ¿la llave?

Harimi no parecía en condiciones de decir nada por el momento. Katsuyuki, durante unos instantes, se quedó también boquiabierto, observando el salón completamente transformado; de repente, se puso muy tenso y, apartando a Harimi, salió corriendo por el pasillo. Medio tropezándose, giró el pomo de la puerta de su habitación; debía de haber estado cerrada, pero se abrió sin resistencia. Su cuarto estaba más

destrozado si cabe que el salón. A Katsuyuki le restañaban los dientes, como a punto de reventarle en la boca. Habían roto todo. Levantó la tarima de tatami desordenada en busca de la caja de caudales para objetos valiosos. No había rastro de ella. Habían desaparecido también las existencias para emergencias y la hucha del nene. Al lado del ordenador portátil destrozado, Katsuyuki encontró su caja de herramientas y alicates; después miró en el interior del cajón de la mesa de trabajo, que habían forzado. No quedaba intacta ni una sola de las memorias etiquetadas como «Mi colección», guardadas en una caja de hojalata, todas machacadas.

—Esa gentuza…

—¡Papá, es horroroso!

Temblando de rabia de pies a cabeza, Kastuyuki se volvió al oír un grito que sugería algo más grave que un mero percance. Abrió la puerta del dormitorio y vio a Harimi desolada, de pie en el pasillo.

—Mamá, ¿qué ocurre?

Ella estaba temblando, mirándolo, y señaló la cama.

—Goro… Goro…

—¿Qué le pasa a Goro? —preguntó él y entró en el dormitorio.

Sucedió en ese momento.

A través de las ventanas abiertas del salón llegaba un ruido atronador del que hasta ahora no se había percatado, un extraño retumbar sonoro.

El sonido se adentraba serpenteado por los tímpanos; era la bocina de emergencia, que alertaba de la inundación del río.

Katsuyuki, de pie, notó el ruido acribillándole los oídos. Como hacía rato que le escocían los ojos, no podía hacer nada, tan sólo mantener los párpados abiertos con todas sus fuerzas. La sirena de emergencia retumbaba cada vez más y los ojos se le tiñeron de sangre. En el zaguán había excrementos de conejo. El polvo, el ruido y los temblores pronto llegarían en tropel.

Título original: あなたにオススメの *(Anata ni osusume no)*

First published in Japan in 2021 by Kodansha Ltd., Tokyo.
Publication rights for this Spanish edition arranged through Kodansha Ltd., Tokyo.

Edición en formato digital: 2023

Anata ni osusume no © 2021 Yukiko Motoya
All rights reserved
© de la traducción: Emilio Masiá López, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-398-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

ÍNDICE

Selección automática
Mis eventos
Créditos